

Maelström
Agujero negro



MARCO TULIO AGUILERA



FICCIÓN

Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

MAELSTRÖM
AGUJERO NEGRO

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Raúl Arias Lovillo

Rector

Ricardo Corzo Ramírez

Secretario Académico

Victor Aguilar Pizarro

Secretario de Administración y Finanzas

Agustín del Moral Tejeda

Director General Editorial

Marco Tulio Aguilera

MAELSTRÖM
AGUJERO NEGRO

FICCIÓN
Universidad Veracruzana

Portada: Edith López Salazar

Clasificación LC: PQ8180.1 G824 M3 2009

Clasif. Dewey: Co863.5

Autor personal: Aguilera Garramuño, Marco Tulio.

Título: Maelström. Agujero negro / Marco Tulio Aguilera.

Edición: 1a ed.

Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, 2009.

Descripción física: 204 p. ; 21 cm.

Serie: (Ficción)

ISBN: 9786077605508

Materias: Cuentos colombianos--Siglo XXI.

DGBUV 2009 / 23

Primera edición, 28 de agosto de 2009

© Universidad Veracruzana

Dirección General Editorial

Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz, México

Apartado postal 97, CP 91000

diredit@uv.mx

Tel/fax (228) 818 59 80; 818 13 88

ISBN: 978-607-7605-50-8

Impreso en México

Printed in Mexico

Puede parecer extraño, pero ahora, cuando estábamos sumidos en las fauces del abismo, me sentí más tranquilo que cuando veníamos acercándonos a él.

“Un descenso al Maelström”,
Cuentos, EDGAR ALLAN POE,
traducción de Julio Cortázar

Es preciso aprender a contemplar el abismo sin la menor emoción.

Viaje al centro de la Tierra,
JULIO VERNE

Prólogo

La idea de que todo debe tener un sitio en este mundo, incluso lo que aparentemente no entra en ninguna casilla preasignada, en un rincón de la más tolerante bodega, en el inconsciente o en el archivo de las cosas inútiles y sin clasificación, guía este volumen que quiere ser una especie de cajón de sastre o hueco negro que termina por tragárselo todo. En general cuando abrimos un libro sabemos qué vamos a encontrar. El nombre de su autor, su filiación o su nacionalidad nos dan las pistas. La intención de este libro es someter al lector a las leyes de lo confuso y dispar, de los caprichos del azar o del tiempo, que de alguna manera todo lo mudan. En general suponemos lo que ha de suceder —lo que se llama rutina— pero en realidad no lo sabemos. Así mi lector —el lector de este libro— no tendrá carriles o huellas que seguir: hallará los más dispares textos, a veces los más descabellados: junto a sesudos estudios, fábulas, capítulos o resúmenes de novelas, indagaciones en las obras de Shakespeare —siempre con espíritu leve, en busca más del placer que del regodeo académico—, artículos casi periodísticos, crónicas de viajes, cuentos de alguna manera extravagantes (que por alguna razón que espero aclarar más adelante no pudieron entrar en mis libros *Cuentos para antes de hacer el amor*, *Cuentos para después de hacer el amor* y *El imperio de las mujeres*. *Cuentos en lugar de hacer el amor*. También incluyo un cuento de ciencia ficción, dos cuentos con personajes excesivamente heterodoxos para figurar al lado de mis personajes “normales”. En fin, en este libro he incluido todo lo que no pude incluir en los “convencionales”: no por falta de

calidad, sino por exceso de excentricidad. No oculto que alguno de estos textos fue rechazado arguyendo superficialidad (me refero al que llamé “El amor en Shakespeare”, especie de crónica de lectura y glosa de las obras teatrales del genio de Stratford. Me atrevo a suponer que tiene mérito y por eso lo incluyo. La idea de este texto era reunir en un solo cuerpo lo que Shakespeare escribió sobre el amor. Mis glosas son sin duda prescindibles. No las palabras de Shakespeare, o de los personajes de sus obras, que reunidas han de servir a algún lector sin ansiedades académicas).

A lo largo de mi vida he incurrido —diría Borges— en la osadía de escribir novelas extensas, cuentos que algunos lectores benignos han considerado legibles, obras de teatro, artículos, ensayos. Algunos de estos textos han recibido el espaldarazo o la tumba, el olvido o la memoria generosa que pueden suministrar los libros, las revistas o las escenificaciones que se han hecho públicas. Otros, a los que considero suficientemente dignos para alcanzar la atención o el vituperio del lector, han permanecido inéditos o fueron publicados en medios efímeros: algunas fábulas que han sido reproducidas una y otra vez sin mi autorización, una crónica de un viaje a la Amazonia colombiana —altamente encomiada por mi amigo el cubano Antón Arrufat— en la que he incluido no sólo lo que viví, o lo que vivió mi protagonista, sino apartes de mis lecturas. En verdad uno no guarda de los libros en la memoria sino paisajes difusos y ciertas escenas o citas. Esas escenas o citas aparecen sin anotar fuentes para no convertir la relación del viaje, eminentemente narrativa, en un texto académico. El texto surgió de un viaje a la selva amazónica. Lo que allí viví me habitará el resto de la vida. Escribí seis o siete versiones, algunas a manera de crónica de viaje, otras medio noveladas, otras como cuentos de quince o treinta páginas, otras como estudios formales que se apoyan en viajes de botánicos, aventureros, etnólogos o teólogos. La más larga de las versiones, novela o intento de novela, alcanzó las 400 páginas y luego fue desmembrada por su insatisfecho autor. Para escribir la novela del Amazonas leí bibliotecas enteras, desde la crónica del primer recorrido por el Amazonas que hizo Gaspar

de Carvajal hasta relatos de excursiones recientes. Casi cinco años abrumé a mi esposa y a mis amigos con mis obsesiones amazónicas y creo que todavía no terminan.

“Arte combinatoria” es un relato salido de mis límites. Hay allí temas que no entiendo ahora. Nació de diez años de comercio algo irresponsable con la ciencia, con las ciencias, durante el tiempo que fui editor de *La Ciencia y el Hombre*, revista de la Universidad Veracruzana que ayudé a fundar y que dirigí por capricho de quienes creyeron en mí: suponían que por tener nociones de cuatro o cinco idiomas y por saber redactar en castellano ya podía estar al frente de una empresa tan diversa y complicada. Este relato, el único de ciencia ficción que escribí, y conjeturo escribiré, fue premiado en el concurso “Bogotá, una Ciudad que Sueña”. Ello me hizo pensar que tenía algún mérito. He de decir que no me alegro de que la historia de la Tierra esté dejando pálidas las predicciones que hice en este relato en 1999.

Al revisar por última vez el texto llamado “El sentido de la melancolía” me dije lo siguiente: el lector de entrada se va a preguntar: qué estoy leyendo: ¿la síntesis de una novela? ¿Un ensayo sobre la depresión? ¿La crónica del derrumbe de un hombre? Cada lector ha de llegar a sus conclusiones.

“Un muerto sin estatua”, “La farsa y la gloria”, “El tratamiento de Aladino”, “El caso Passeiro” son relatos o cuentos que se marginaron por su propia excentricidad de mis libros *Cuentos para después...*, *Cuentos para antes...* y *El imperio de las mujeres. Cuentos en lugar de hacer el amor*. Tengo la idea de que preferí excluir los anteriores cuentos de mis libros *formales y reconocidos* porque son inferiores a los incluidos en volúmenes publicados por editoriales de amplia difusión. Pero una oscura conciencia me dice que los excluí meramente por razones temáticas o por prejuicios morales o estéticos. De alguna manera estos cuentos son *demasiado algo*: peligrosos como “Un muerto sin estatua” y “El caso Passeiro”; grotescos como “El tratamiento de Aladino”; farsescos o ridículos como “La farsa y la gloria”. Hay otra consideración que me impulsa a publicar estos cuentos y los demás textos: es difícil que el autor

logre un juicio equilibrado sobre sus obras. Por otra parte, si hay algo que abomino es que un buen autor publique textos delezna-
bles. Espero que ese no sea mi caso. Cierro el volumen con la narra-
ción de una experiencia en el fondo del mar y con la crónica de
un encuentro reciente con Gabriel García Márquez, que guarda
una sorpresa precisamente en la nota de pie de página con la que se
cierra este volumen. No me arrepiento de nada y tampoco espero
aplausos. Soy el que soy a pesar de mí mismo.

Xalapa, 20 de agosto de 2008

Fábula del mar en los ojos

Un hombre que era extranjero hasta de sí mismo se enamoró de una mujer extraña. Y se lo dijo. Pero ella era una mujer extraña, muy solitaria, indiferente, con pájaros en la cabeza.

—Si tú me quieres —le dijo—, yo no sé si pueda quererte.

—Y ¿cómo podré convencerte de que me quieras? —preguntó el hombre.

—Yo no conozco el mar —dijo la mujer—, no conozco el bosque ni la selva. Sueño con orquídeas desde que las oí mencionar. He vivido en mi casa desde que nací. No he ido más allá de los límites de mi jardín.

En los ojos de la mujer había algo semejante a una tristeza serena, a un aburrimiento domesticado, a una desesperanza ya vieja y sin solución. Y, sin embargo, como quien trata de pescar ballenas en el manantial del traspatio, se atrevió a pedir:

—Llévame a ver el mar.

—De acuerdo —dijo el hombre—. Empaca y nos vamos.

—Pero quiero ir a pie, desnuda y con una venda sobre los ojos.

—No verás el camino.

—Tú me guiarás.

—Pero entonces no podrás ver el bosque y las selvas, no conocerás las orquídeas. No gozarás al contemplar por primera vez el mar.

—Quizás sí pueda verlos y conocerlos a través de tus ojos.

—Y entonces, ¿me amarás?

—Antes de quitarme la venda me describirás el mar. Luego, cuando yo lo vea con mis propios ojos, sabré si puedo amarte o no.

La mujer y el pintor

Habiendo llegado a la madurez de su vida y a la plenitud de su arte, un pintor quiso pintar cuadros que sabía estaban en sus manos y en su imaginación. Serían cuadros diferentes a todos los anteriores, semejantes sólo a sí mismos, sorprendentes de tan sencillos y con profundidades que dejarían pasmados a los espectadores. Como si en esos cuadros no estuviera representada la vida, sino el significado mismo de la vida, como si esos cuadros no fueran la representación del mundo, sino el origen mismo de todo. El pintor estuvo toda una semana ante el lienzo, con el pincel en ristre y la paleta de los colores en la mano derecha. Durante siete días llegó el anochecer sin que el pintor se atreviera a seleccionar un solo color o a aventurar un triste trazo. Finalmente decidió abandonar la empresa y consolarse con las figuraciones de la noche.

Los cuadros que habían salido de sus manos eran agradables y a todo el mundo gustaban discretamente. Pero a él no. Reconocía que en ellos faltaba algo. Llegó un momento en que comenzó a aborrecerlos. Y tomó la decisión de destruirlos. Uno a uno fue cortando paisajes como espejismos, criaturas delicadas, cielos de colores insólitos, aguas que de tan prístinas invitaban a la santidad. Pero, ay, al pintor todo aquel espectáculo de colores y formas le causaba repugnancia. Le parecía vacío e inútil. Todo lo rompió, lo hizo trizas con silenciosa indiferencia.

Después de destruir sus cuadros y de permanecer otro mes ante el lienzo vacío decidió hacer un viaje. Llevaría consigo apenas lo básico para sobrevivir y la tranquila certeza de que en el camino

encontraría la respuesta a sus angustias. Tras varios meses de recorrer el país le tocó alojarse en un hotel en medio del bosque y del silencio más impresionante. Se acostó cansado, dispuesto a dormir. Apenas estaba vislumbrando los primeros bordes del sueño cuando comenzó a escuchar suspiros. Ay, ay, ay, suspiraba una mujer en la habitación vecina. Conocedor del mundo, el pintor no le prestó atención al asunto. Se metió bajo las cobijas y cerró los ojos. Durmió unos instantes y luego volvió a escuchar Ay, ay, ay. Se removió inquieto y regresó al sueño.

A media noche volvió a despertar. Los suspiros continuaban. Ay, ay, ay.

El pintor se sentó en la cama y meditó. Aquello era algo poco usual. No había sufrimiento en aquellos suspiros, tampoco pena, sino algo como un suave gozo, como una añoranza o resignación por lo que no llegaba y un doloroso deleite de sospechar que quizás llegara o quizás no.

El pintor sonrió y volvió a la cama. La vida tiene sus pequeños misterios y hay que saber respetarlos. La curiosidad puede matar el cuadro, pensó.

A las cinco de la mañana de nuevo estuvo despierto. Los suspiros seguían. Ay, ay, ay.

El pintor, casi feliz, sabiéndose irresponsable y con una arista de culpa, decidió develar el misterio. Buscó la forma de observar lo que sucedía en el cuarto vecino. Con una navajita comenzó a rascar suavemente la leve pared al mismo tiempo que los suspiros acompañados como un batallón en marcha retumbaban en la catedral del bosque. Ay, ay, ay, ráscale, ráscale, ráscale. Hasta que al fin pudo ver lo que ya había imaginado, pero no comprendido.

Tendida sobre la cama había una mujer, una mujer como cualquier otra, con sus bellezas inobjetables y sus nimios defectos, pero que tenía en su rostro una expresión de espléndida felicidad, de paz, de gozo.

Al lado de ella estaba un hombre que la acariciaba con la lengua (el hombre tenía las manos unidas tras su cuerpo, mas no atadas, en un acto de voluntad que se le antojó heroico al observador). La

acariciaba con una paciencia de gota sobre la piedra de los siglos, de ola sobre la arena, de sombra bajo el árbol, la acariciaba con trazos levísimos y lo hacía con tal minucia, que uno pensaría que no deseaba dejar nada al azar y que del trabajo de aquel hombre dependía no sólo el placer, sino la belleza y la vida de aquella criatura que yacía sobre la cama suspirando.

A la mañana siguiente el pintor decidió abandonar sus vacaciones y regresar al trabajo. Volvió a su estudio y comenzó a pintar. Pintó exactamente lo mismo que había pintado antes del paseo, pero ahora lo hizo con un esplendor asombroso.

Cuando le preguntaron su secreto, el pintor no dijo ni una sola palabra. Solamente sonrió, mientras pensaba que la vida tiene sus secretos y que hay que saber respetarlos.

El señor de los sueños

No le rinde cuentas a nadie. Es caprichoso. Puede ser complaciente si está de buen humor o malvado por llevarle la contraria a su propio estado de ánimo. A veces es ligeramente razonable y le da por sopesar los actos diurnos de los hombres. Entonces juega a las recompensas y castigos. Puede ser bondadoso —y se inclina a serlo— con los miserables. A un mendigo que duerme cobijado con periódicos, le puede suministrar sábanas de seda china y pieles de armiño. En asuntos de amor se inclina a favorecer a los solitarios o a los que tienen a sus amadas lejos. Reparte noche a noche hombres magníficos a damas pesarosas y mujeres espléndidas a los más extravagantes engendros. No escatima. Al fin y al cabo tiene a su disposición todas las razas, todas las variedades, todos los sexos, todas las texturas de piel, todos los labios, todas las manos gentiles y amorosas. No existe nada que se le niegue. También puede ser un eximio torturador. A veces le basta una sombra para hacer delirar a un soñador, pero en ocasiones recurre a maquinarias infernales. Puede hacer que un hombre, con toda frialdad, rebane sus dedos, sus manos, sus muñecas, sus brazos en delgadísimas tajadas con una cortadora de jamón. A veces, por simple descuido o capricho, reparte sueños equivocados. Convierte a un hombre sano y orgulloso de su virilidad, en una prostituta de lo más vulgar y vulnerable. O transforma a un anciano en una bicicleta nueva que vuela cuesta abajo. También suministra placidez a los que están al borde del suicidio. A éste le retorna una sonrisa que perdió entre mil rostros anónimos, a aquél un paisaje que extravió en

sus peregrinaciones, al de más allá, le devuelve un amor perdido, quizá el único que tuvo en la vida. Visita a todos los durmientes, pero son pocos los que recuerdan su rostro. La verdad es que nadie lo puede reconstruir en la existencia vigil. Para lograrlo sería necesario vivir exclusivamente para atisbar los deslices del sueño. De todos modos está ahí, sentado al lado de las camas desde el instante en que las personas cierran los ojos. Entonces les pone sus dedos sutiles sobre los párpados y espera a través de ellos sentir las pupilas fijas, dispuestas a contemplar los paisajes de la noche. Es un viejo caprichoso que no obedece a nadie. Se divierte mucho. Pero eso solamente sucede durante la noche, cuando la mayoría duerme. El resto del tiempo lo pasa maquinando las fantasías que ofrecerá a sus protegidos en cuanto les llegue el sueño. El hombre de los sueños es el eterno insomne. No tiene tiempo para dormir. Si durmiera, los hombres carecerían de sueños. Y si los hombres carecieran de sueños, sin duda, habría más catástrofes y crímenes de los que agobian al mundo. Hay quienes piensan que cada persona tiene su propio hombre o mujer de sueños. Algunos osados se atreven a pensar que el hombre de los sueños es la única divinidad auténtica a la que pueden tener acceso los seres humanos.

Fábula del periodista que se convirtió en perro

Esta, amigos, es la extraña historia de un periodista que se convirtió en perro. Aclaremos que no quiero ofender a los perros, y que si uso a este animal para ejemplificar una situación eminentemente humana —la de la degradación de un ser humano— es solamente por el hecho de que el perro, desgraciadamente, se ha convertido en símbolo de varias virtudes y de varios defectos: la humildad o el servilismo, la fidelidad, son algunas de esas características.

Comencemos: José K —permítaseme utilizar este nombre de prosapia literaria— estudió en una facultad de periodismo, digamos la de la Universidad Veracruzana, para no ir muy lejos. Cuando salió al mundo estaba dispuesto a cumplir con algunos ideales como defender la justicia, no transigir, escribir lo que sinceramente creía, no bajar la cabeza ante los poderosos, no estar dispuesto a venderse a ningún precio, no bailar el baile que todos han bailado ni tender la mano indigna para recibir dinero que no se hubiera ganado honestamente. Mientras fue joven y soltero cumplió con sus objetivos: había que ver sus artículos, sus entrevistas, observar sus ojos fulgurantes y su pluma veloz. La verdad es que no tenía ni coche pero aun así cumplía con sus citas. (Hoy tiene un Cutlass último modelo y no sólo no cumple sus citas, sino que casi por principio se queda en su oficina, mirando la televisión, dando órdenes a sus subalternos, chismorreando con sus amigos y sacando de vez en cuando su pomito de brandy para echarse un trago veloz, de modo

que pueda soportar alegremente las tres horas que permanece en su puesto de trabajo.)

Antes, cuando aparecía la firma de José K en un artículo, los lectores se relamían el bigote o parpadeaban para aclararse la conciencia antes de emprender la lectura. Porque José K siempre esgrimía verdades. Era temible nuestro José K en aquel tiempo (hoy es risible: tiene una pancita cervecera y no se atreve a emitir juicio alguno si no hay un poder dictándole al oído).

Pues resulta que José K se casó y le fue necesario tener un poco más de billetes. Entonces aceptó un consejo de otro viejo periodista: “No sé por qué te complicas la vida, si es tan fácil cerrar los ojos y dejarse ir con la corriente.” Por primera vez escribió por consigna y desacreditó a un líder político. El resultado fue que le comenzó a ir bien.

Pronto se supo en los círculos del poder que José K rentaba su pluma y comenzaron a lloverle trabajitos. “Mira que el alcalde es de la oposición y necesitamos recuperar la alcaldía; fíjate si hay algo por ahí, si tiene algún trapito sucio que le podamos sacar al sol, dicen que le gusta entrarle al polvito fino.” Y ahí iba nuestro José K a escribir el chisme, sin molestarse en investigar. Al fin y al cabo era más fácil permanecer en la oficina, desarrollar la imaginación y tender la mano.

Pues sí, la pluma de José K comenzó a ser poderosa al tiempo que José K se hacía menos insolente, más dócil, más perezoso e indolente. Ya no pensaba por sí mismo, ya no le interesaba ver el mundo —además con el crecimiento de su poder, ya no necesitaba mojarse el trasero para ganar la nota: ahí estaban los esclavos, pero aun a ellos les inculcaba su filosofía: “No hay que tocar a éste ni a este otro, al de más allá hay que buscarle las pulgas, hay que escribir siempre de modo mesurado y no aventurar opiniones personales, jóvenes, somos asalariados y debemos fidelidad al patrón; la disciplina es fundamental”.

Y así fueron creciendo la cuenta y la panza a José K. Su mujer comenzó a ir al club y a comprar en Fábricas de Francia y sus hijos estudiaban en colegios privados y hablaban inglés a la hora de

la comida y todo iba bien, y él se codeaba con los poderosos y el mundo pintaba de maravilla, hasta que una mañana, al mirarse al espejo, descubrió que le estaban creciendo pelos más robustos que de costumbre y que le salían en sitios insospechados, y que cada vez le era más difícil afeitarse. El crecimiento de esa pelambre con el curso de los días se hizo tan desproporcionado que José K ya no pudo salir a la calle. Todo ello se vio agravado por el hecho de que una mañana no pudo ponerse en pie sino que descubrió que sólo podía andar en cuatro patas. Se paró como pudo poniendo sus dos patas delanteras en el lavamanos y descubrió frente al espejo, con enorme horror, que ya no tenía cara, sino un feo hocico de perro.

El cielo de Rafaelli

Rafaelli no pasaba del metro cincuenta y siete. Era, a juicio universal, un hombre encantador. Además, una eminencia irrefutable en su campo, la física cuántica. Jessica, de un metro ochenta, era un espectáculo las 24 horas del día. Una pareja asimétrica y por ello inevitablemente llamativa. Uruguayo y argentina. Algunos vecinos consideraban casi un pecado la diferencia de edades: 25 años. Dios mío, qué hacía semejante tronco de mujer con el buenazo de Rafaelli. Cuando el hombre cumplió los 60, ella comenzaba a desplegar unos 35 años de exposición. Eso fue el 31 de diciembre de 1988, lo recuerdo. Yo estuve, como único colombiano, en la reunión —el asado— con todos los compatriotas del Cono Sur residentes en el pueblo. Rafaelli dijo, justo antes del brindis de Año Nuevo: “Este es el último brindis que hago aquí”. Nadie le creyó. Era bromista el tipo, parte grande de su encanto. Insistió: “Este es el último brindis que hago en esta casa, porque me voy”. Y aclaró: “Me voy a vivir con Magdalena Ruiz”.

Eso dijo. Brindó y se fue.

Tenía la maleta hecha y una lista exhaustiva de disposiciones domésticas que entregó a su mujer antes de salir. Se fue a vivir con Magdalena Ruiz, alumna de Termodinámica, evidentemente mucho más joven que Jéssica e infinitamente más joven que el científico. Habitaron una casita, aunque más modesta, no muy lejos del hogar conyugal legítimo.

Jéssica cayó en un estupor que la mantuvo lejos de su trabajo en rectoría durante una semana. Luego regresó con una pálida

sonrisa en un rostro demacrado y aquellas carnes que eran una gloria del Señor colgadas de unos huesos grandes que asomaban por todos los ángulos de su cuerpo.

Rafaelli pregonó en juntas de maestros que estaba viviendo los mejores años de su vida. Durante dos meses llevó cuenta pública de sus actos amorosos, que rebasaban con mucho el rendimiento de un atleta del amor en sus tiempos de gloria.

Al inicio del tercer mes Rafaelli comenzó a secarse. Con dificultad podía bajarse del Datsun y subir las escaleras de la facultad. Con sus manos debía auxiliar a sus rodillas en los movimientos complicados. Un día cayó en una especie de estupor que lo obligó a permanecer inmóvil, con las pupilas dilatadas, mirando el techo.

Magdalena Ruiz fue perdiendo toda la afición que le tenía al profesor. Hasta que se hartó. Hizo que el viejo Rafaelli firmara testamento universal a su favor. Lo empujó dentro del Datsun y lo llevó de regreso al hogar conyugal.

Jéssica cuidó al viejo. A lo que quedaba del viejo. Dos semanas lo tuvo en sus brazos hasta que murió. Rafaelli pasó los últimos instantes de su vida delirando de amor por su alumna y escenificando entre sueños las sesenta noches de amor que tuvo con ella.

Una semana en el Amazonas

Uno

Después de varios días de conversaciones con Pedro Botero en su finca de Villavicencio, regresé a Bogotá y decidí seguir sus consejos. Araracuara no era para mí ni para nadie en su sano juicio, sólo para los mosquitos, las alimañas, los guerrilleros y los paramilitares. Entre la barbarie y la civilización opté por lo más cómodo, al fin y al cabo sé quién soy, conozco mis limitaciones y dentro de mi irresponsabilidad hay una luz hogareña. Leticia era un destino seguro. Pronto estamos sobre la selva, grandes ríos se ven, el viaje dura una hora cuarenta y cinco minutos en *jet* desde Bogotá. La meta inicial del viaje es la capital del departamento de Amazonas, el más meridional de Colombia, luego remontaré el gran río, la señora de todos los ríos, la madre de todos los ríos, en busca de la más empecinada de mis fantasías: la persecución del territorio salvaje, de las aguas originales, las aguas de mis sueños. Tal vez también vaya en busca de otra cosa, de otras cosas: la aventura, la destrucción de la rutina que me tiene amarrado voluntariamente y con placer a esta ciudad de Xalapa, donde de alguna manera desembocaron tantos años de correrías. Debo decir que para lograr esta ruptura de mi rutina tuve que recurrir a la transgresión: incumplí un compromiso en Bogotá. Debía presentar la revista de arte latinoamericano *La casa grande* en el Museo del Oro. Me disculpé con mi amigo Mario Rey —el gordo y espectacular poeta Rey que lo ha conocido todo, *todo*, dice abriendo inmensos y ecuménicos

brazos— y me lancé a la selva. La casualidad había hecho que dispusiera de unos cuantos dólares de sobra: el adelanto de la novela que me publicaría Alfaguara y el correspondiente a los derechos totales de *El amor y la muerte* sumaban lo suficiente para pagar los pasajes de ida y vuelta a Leticia y lo que pudiera cobrarme un guía para internarme en la selva solo o uniéndome a una excursión, como me lo había aconsejado Botero. El *jet* vuelve a subir y no me explico por qué si el terreno es llano. Abajo veo un gran territorio verde con todo un sistema circulatorio de ríos increíble. No, no son ríos, sino macizos de árboles que ocultan los cauces de los ríos. Y al frente, abajo, súbitamente, un curso de agua inmenso, ancho, largo, interminable, un dragón chino que se pierde en el horizonte. Pregunto a las azafatas y ellas al piloto, gente poco acostumbrada a las veleidades de los turistas, se trata de un vuelo comercial, no hay devaneos ni tiempo para disfrutar barroquismos turísticos. Desde hace muchos años no existe el turismo en el Amazonas colombiano. Las razones no hay ni que preguntarlas. Dicen que el río que estamos viendo es el Guaviare. Me recrimino por no haber comprado un mapa. El río serpentea, forma nudos, moños, desarrolla brazos. Se inicia la selva. Una capa verde oscuro oculta la tierra. Increíble cantidad de territorio inexplorado. Sólo las orillas de los ríos y algunos claros tierra adentro han visto seres humanos. Desde el avión en la inmensidad umbría y perpetua de la selva se ven ocasionalmente puntos de luz. Son los techos de zinc de casas enclavadas en una espesura imposible, a semanas de navegación del poblado más cercano. El interior de la selva es el reino de lo intacto. El misterio permanece tan casto como hace cinco o diez mil años. (*¿Alguien conocerá alguna vez, realmente, a los indios a quienes se llama salvajes?*) Aparece una destellante cinta plateada que serpentea creando arabescos, otro gran río, un río anchísimo, un mar en movimiento. Árboles, selva, ríos, lagos, nada más. De nuevo un claro diminuto y un techo de zinc. La mitad de Colombia no ha sido tocada por el hombre. Por kilómetros y kilómetros sólo árboles. El sol deslumbra. Parece que vamos a desembocar en un enorme abismo de luz. Parece que el sol es nuestro destino.

(Aquellos otros amores, que van en torno a ellos, se llaman Tronos de la presencia divina, en los cuales termina el primer ternario, y debes saber que es tanto mayor su gozo, cuanto más penetra su vista en la verdad, en que se calma toda inteligencia. Aquí puede conocerse que la beatitud se funda en el acto de ver, y no en el de amar a Dios, lo cual viene después...) El sol sale por el Oriente. Un vecino de asiento dice que el *jet* va por mal camino. Eso en Colombia no es tan extraño. Mi vecino sospecha que el piloto ya no gobierna el derrotero de la nave. No me preocupa demasiado. Cuando salgo de casa estoy dispuesto a vivir. Voy a la ventura, a la aventura. Otro gran río. ¿El Atrato? Imposible, el Atrato desemboca en el Pacífico y todos los que vemos aquí deben desembocar en el Orinoco o el Amazonas. A mi lado va un santandereano entusiasmado con todo lo que ve. Parece un ostión pegado a su ventanilla. Me va anunciando lo que imagina va a encontrar. Los ríos trazan lenguajes, caracteres indescifrables, sobre el lienzo de la fronda. Anoche tuve un sueño. Le dije a una doncella mediterránea: “Yo te respeto. No te tocaré ni un pelo”. Quise darle un castísimo beso en la frente y caímos en un abrazo apasionado. Quizá el sueño sea un mensaje o una especie de autoanálisis: soy incapaz de sutileza, voy directamente al lugar asignado. Defecto de fábrica. De repente me veo en el sueño con el corazón en la mano, destilando humor de vida, y me siento agradecido por la compañía que el Señor de los Sueños le manda a este solitario. Una semana separado de mi mujer basta para que mi cuerpo comience a ser dominado por la cabecita menos pensante. Mi compañero exclama, ¡Es increíble!, estamos descendiendo, aquí hay algo raro. El paisaje de árboles, árboles, árboles, se aclara, se va individualizando. No hay otra cosa que millones, billones de árboles, el panorama más extraordinario y singular. Es increíble que los pilotos no queden cegados por tanto resplandor. Atardece, alucina el espectáculo. Cinco minutos más tarde otro gran río. El río Amazonas. Primera definición de la palabra: grupo de mujeres a las que se le ha amputado un seno. El fraile Gaspar de Carvajal relata que estuvo frente a los vestigios de la existencia de las amazonas durante el viaje de descubrimiento que dirigió Francisco

de Orellana. Fray Gaspar de Carvajal era el confesor de Orellana y en las pausas del fragoroso ajeteo contra la naturaleza hizo las funciones de cronista. Escribió *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande de Las Amazonas*. Narra los testimonios que recabó sobre la existencia de las Amazonas con una verosimilitud sorprendente, como si efectivamente la expedición de Orellana se hubiera topado con las hembras bragadas de un solo pecho. He aquí la descripción que hace fray Gaspar del primer indicio de la existencia de las hembras aguerridas al llegar a un asentamiento indígena:

En este pueblo estaba una plaza muy grande y en medio de la plaza estaba un tablón muy grande, de diez pies en cuadra, con figuras labradas en relieve; había una ciudad amurallada con su cerca y con una puerta: al lado de esta puerta había dos torres muy altas con sus ventanas y cada torre tenía una puerta al frente y al lado de cada puerta había dos columnas, y éstas estaban coronadas por dos leones muy feroces que miraban hacia atrás como ocultándose el uno del otro. Y con sus brazos parecían abarcar el interior donde había una gran plaza redonda; en medio de esta plaza había un agujero por donde echaban y ofrecían la chicha para el sol, y en fin, el edificio era cosa de mucho ver y el capitán y todos nosotros, espantados de tan grande cosa, preguntamos a un indio qué era aquello. El indio respondió que ellos eran vasallos y tributarios de las Amazonas y que las abastecían de plumas de papagayos y guacamayas para arreglar los techos de sus adoratorios y que los pueblos que ellas tenían eran de aquella manera representada en el tablón y que los indios tenían esa puerta labrada para acordarse de las Amazonas y para adorarlo como representación de La Señora, que es la que manda toda la tierra de dichas mujeres.

¿Sería fray Gaspar de Carvajal un mentiroso, un fabulador enfermizo, que quiso novelar sus hallazgos y torcer la historia de América para hacerla atractiva a sus contemporáneos y cercana a las mitologías conocidas por entonces en la Península Ibérica? No se sabe a ciencia cierta. Lo indudable es que aunque no se tomó como cosa verdadera y probada la existencia de pueblos imperiales de mujeres en esa selva sin fin e intacta, aunque se dudó de la veracidad de que hubiese habido una organización impensable, extensos territorios roturados, sistemas de comunicación pasmosos, vastísimas redes

de caminos protegidos por vallas de madera que desembocaban en grandes ciudades con portones que envidiarían los castillos medievales... aunque nadie verdaderamente tomó en serio los escritos de fray Gaspar, sí quedó para la historia el nombre del gran río: Amazonas. Y quedaron varios enigmas por resolver, incógnitas que murieron con la muerte de los expedicionarios de Orellana. Tenemos de testimonio la crónica de fray Gaspar. ¿Cómo afirmar con certeza que fue un falsario? Su vida ejemplar hace sospechar que era hombre sensato. Subsiste la posibilidad de que en tierras americanas se hubiera repetido el más grande sueño del género femenino: el imperio absoluto de las mujeres. Aunque, he de decirlo: la descripción de aquella enorme pieza de madera con la fortaleza labrada y sus leones sigilosos cobijando entre sus manos toda una población en mucho me recuerda a las descripciones bíblicas del templo de Salomón.

Estamos a punto de llegar al Aeropuerto Vázquez Cobo en la ciudad de Leticia. Mi esposa estaría extasiada en este momento. Aplaudiría como niña. Pronto comenzaría a ponerle peros a la realidad. ¿Por qué no trajimos a los niños? ¿Crees que vamos a salir bien librados de esta locura? Y, mejor, sí —diría reflexiva, con ese gracioso gesto suyo de arrugar la naricilla de Cleopatra—, mejor que no vinieron. Imagínate que nos secuestraran. Además no creo que en este pueblo de indios haya un hotel decente.

Predomina el verde oscuro, pero la vegetación es variada. Se comienzan a ver zonas taladas, sembradíos.

El hotel Los Delfines, que me recomendó mi amigo Pedro Botero, es un sitio sencillo, limpio, situado frente al cuartel de policía de Leticia. En Colombia la cercanía con el cuartel de policía no representa seguridad alguna, más bien peligro. Práctica frecuente de los guerrilleros y los paramilitares es tomar por asalto pueblos y ciudades y destruir los cuarteles, robar los bancos, volar en pedazos los edificios públicos. Pero Leticia es la excepción: allí hay paz porque está lejos, muy lejos del centro de Colombia, y sería una chifladura que los guerrilleros o los paras la atacaran e intentaran huir selva adentro por la Amazonia. No avanzarían ni tres días antes de quedar convertidos en carne de alimañas.

En el hotel Los Delfines una señora que podría ser profesora de alemán o griego plantea los términos de la excursión. Una indígena de origen tikuna, vestida a la manera de los blancos, se ocupa de los huéspedes. Es cariñosa y servicial, resulta fácil sentir que es parte de la familia. Por el hotel deambulan otros personajes, visiblemente ciudadanos, que esperan también que se termine de organizar la excursión. Se planea la salida para el día siguiente, temprano.

Mañana ya es hoy. Allí estamos, en la entrada del hotel, bajo un parasol, los que hemos de viajar. Esperamos al guía. Nos dirigimos caminando al río Amazonas, apenas a cien metros del hotel. El guía no aparece. Pasa una hora y finalmente llega un individuo con sombrero de cazador, sentado en la parte trasera de una moto que maneja un gordo sudado como un marrano en la paila. El guía viene alegre, junta las manos formando un cuenco y las golpea, frente a su boca entreabierta, lo que produce un sonido grave, una especie de eco, que andando los días se transformará en una forma de complicidad: el llamado de Chirri-Chirri. Chirri-Chirri es el apodo del guía, un hombre de baja estatura, correoso, blanco, cordial, cuya vida parece ser una apoteosis permanente.

En una lancha con motor fuera de borda y capacidad para diez personas viajamos por el Amazonas. Vamos bordeando el río, que frente a Leticia tiene una anchura de siete kilómetros. El motorista luce un overol de mecánico de color solferino desteñido y un sombrero de lona deshilachado. Esquiva los troncos de los árboles que bajan. Llegamos a Puerto Nariño, “El jardín de América”. Están prohibidos los coches y todos los vehículos de motor. No hay calles sino aceras. La población es mayoritariamente indígena. Después de Puerto Nariño, nos dirigimos al Alto del Águila, donde hay un hotel en la cima, un espléndido mirador, dos enormes y coloridas guacamayas peleando sobre una palma, *bungalows* sin aire acondicionado y sin ventiladores. Temperatura: 38 grados a la sombra. Un mono fraile haciendo travesuras, tan confanzudo como un gato doméstico. Si uno se descuida roba las

gafas, el reloj, la billetera. Se las lleva a la selva. Nunca más volverás a verlas.

Bajamos de la lancha y subimos por unas escaleras bastante empinadas. Sobre el barro se han colocado escalones de madera y barandales que ya están deteriorados, testimonio de que el sitio vivió tiempos mejores. El hotel es atendido por su propietario. Me obsequia una de sus tarjetas. Allí se lee: “El Fray Rebelde”.

Dos

El Chirri, todo sonrisas y cejas de muñeco de ventrílocuo. Un optimista fundamental. Los miembros de la excursión –gente del todo disímil, que ya habrá tiempo para detallar; por ahora quiero recordar a una familia de mormones, pálidos como si acabaran de salir de una reclusión de siglos: el padre, un rubio barbado, sólido e insolente como un rey vikingo, maneja a su familia de manera despótica y se dirige a los demás miembros de la excursión con visible y a veces insultante superioridad–. Los demás integrantes de la familia son dos niñas apenas comenzando sus adolescencias de criaturas sobreprotegidas, un muchacho flaco, pálido y lleno de espinillas, y la madre, que camina encorvada como si llevara un yugo invisible. Detalle curioso: todos los miembros de la familia portan espantosos aparatajes metálicos en los dientes.

Nos aprestamos a viajar rumbo a los Lagos de Tarapoto. Allí se puede nadar bajo el propio riesgo, dice Chirri-Chirri. El caso es que está infestado de caimanes. Lo bueno, dice sonriente, es que los caimanes les tienen miedo a los seres humanos. Luego iremos a San Antonio, comenta Chirri, allí hay artesanías de palo de sangre, una madera muy dura. Tal vez visitemos Santa Rosa, caserío peruano al otro lado del Amazonas. Pregunto por el pez que dicen se mete por todos los orificios del cuerpo y se come a los cristianos de dentro hacia afuera, dejándolos reducidos al pellejo. Peces chupones, se llaman, dice Chirri-Chirri. Sólo se meten en los cuerpos muertos. Son como los buitres del agua. ¿Las pirañas?, interroga

el adolescente mormón fingiendo susto, mientras busca con ojos huidizos la aprobación de su padre. Sólo atacan en presencia de sangre, aclara Chirri. En el Amazonas hay dos mil especies de peces ornamentales. El más grande es el valentón o pirarucu, que llega a medir cuatro metros y a pesar ciento cincuenta kilos.

Zancudos de tamaño descomunal nos asedian. La gran tortura del Amazonas no es el calor ni la humedad ni las caminatas extenuantes, sino los mosquitos y los zancudos. Los excursionistas se han aprovisionado con repelentes y se untan las partes expuestas del cuerpo. Ningún remedio basta. Nubes de insectos invisibles acosan constantemente. En tiempo seco no se aparecen los zancudos, dice Chirri. *(Con el día los anófeles van a acostarse, pero no se trata sino de un cambio de cuarto para la nación de los mosquitos, pues entonces aparece un nuevo personaje: el jején. Es más pequeño, pero abunda diez veces más y es más horripilante que el anófeles. Nos damos cachete tras cachete mientras soplamos nuestro café.)*

Chirri agrega, consciente de su misión de narrador, de mago, de presentador del gran espectáculo del Amazonas: una vez capturaron a una enorme serpiente, que tenía una protuberancia en el vientre. La abrieron y encontraron el cuerpo de un hombre acurrucado dentro, pero lo más increíble es que estaba vivo.

Es fácil perderse en la Amazonia. Basta entrar diez metros en la selva para perder el sentido de la orientación. Los árboles son iguales, se repiten incansablemente las lianas, las parásitas, los pájaros. Ya casi es imposible ver fieras. El hombre las ha hecho retroceder selva adentro. Dice Wade Davies en su libro *El río* —quizás lo más interesante que se ha escrito sobre la Amazonia recientemente— que uno puede caminar horas enteras y seguir convencido de que no ha avanzado nada. Vale la pena reproducir un párrafo completo:

En esos días viví por primera vez la grandeza sobrecogedora de la selva pluvial tropical. Es algo sutil. No había manadas de ungulados, como en la llanura de Serengeti, ni tampoco había cascadas de orquídeas: sólo mil matices de verde y esa infinidad de contornos, formas y texturas que desde-

ña tan a las claras la terminología de la botánica de las zonas templadas. Es casi como si uno tuviera que cerrar los ojos para contemplar el constante murmullo de la actividad biológica —la evolución, si se quiere— trabajando a toda marcha. Desde el mismo borde de las trochas las enredaderas se aferran a la base de los árboles, y las heliconias y calatheas herbáceas ceden ante los aroideos de hojas anchas que trepan en las sombras. En lo alto, los bejucos cubren los inmensos árboles uniendo el dosel del bosque en una única y entretejida tela viviente. No hay flores, o por lo menos pocas que se puedan ver a primera vista, y bajo el deslumbrante sol del mediodía, inmóvil en el cielo, hay pocos sonidos. La atmósfera se carga de una pesadez fluida, del peso abrumador de los siglos, de años sin estaciones, de la vida sin renacimiento. Uno puede caminar horas enteras y seguir convencido de que no ha avanzado.

El silencio de la selva es otro tema intrigante, que es captado magistralmente por Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas*. En el viaje en vapor remontando el río de Conrad hay un aire de alucinación: la naturaleza es de tal manera abrumadora, que el hombre no puede sino sentirse pequeño, víctima indefensa en manos de un destino monstruoso. Así describe un tramo del viaje en el que la extrañeza está más presente que de costumbre:

El tramo era angosto, recto, con altos árboles, como terraplenes de ferrocarril. El crepúsculo fue deslizándose sobre él antes de que el sol se hubiera puesto. La corriente fluía mansa y rápidamente, pero una muda inmovilidad cubría las márgenes. Los árboles vivientes, aprisionados por las enredaderas y por cada uno de los arbustos vivientes de la maleza, podrían haber sido convertidos en piedra, hasta la rama más delgada, hasta la hoja más liviana. No era un sueño; aquello parecía innatural, como un estado de trance. No podía oírse ninguna clase de ruido, ni aun el más débil. Uno miraba pasmado y empezaba a sospechar si no estaría sordo. En esto se hizo la noche, repentinamente, y nos dejó también ciegos.

Extraviarse en el Amazonas resulta fácil: basta alejarse veinte metros del campamento para perder toda orientación. Ni siquiera el sol sirve, pues se halla oculto por un dosel, una techumbre verde, que en ocasiones crea zonas de penumbra casi nocturna en pleno día. Hay algunos trucos para salir airoso del trance, dice Chirri: el más elemental es subirse a una ceiba, que puede alcanzar treinta metros de altura por encima de las copas de los demás árboles.

Queda el problema, nada elemental, de trepar por un tronco que no tiene ramas sino veinte metros más arriba de las raíces. El mismo árbol, golpeado en sus raíces, produce un sonido grave y profundo que puede escucharse a kilómetros de distancia. No es fácil sobrevivir en la selva, dice Chirri, pero conociendo unos cuantos secretos es posible.

Un hombre se aventuró a entrar a la Amazonia sin guía, dice Chirri. Desapareció cuarenta días. Reapareció por El Calderón. Venía casi loco y con pies de elefante. Chirri sigue contando: “En el 84 hubo un accidente de aviación. Un avión militar. Tenía una falla. Iban 184 personas. Alcanzó a salir del aeropuerto. A menos de cinco minutos de viaje se descubrió que el combustible se había acabado. Fue un misterio que nunca tuvo solución. Cayó en picada, quedó clavado en la tierra, después de desgajar muchos árboles. Llegar allí fue una odisea. Los helicópteros sobrevolaron la zona. Hombres descendieron en cuerdas con motosierras. No había acceso por ninguna parte a excepción del cielo. Por fortuna el avión rompió el dosel superior del bosque y creó un pequeño claro”.

Chirri golpea las palmas de sus manos formando un hueco y coloca su boca entreabierta frente al hueco que dejan ver sus dos pulgares, ligeramente apartados. Ha sonado el grito de Chirri, conocido en gran parte de la Amazonia colombiana.

Es hora de partir.

Chirri sigue hablando mientras los viajeros terminan de acomodarse.

La regla general es usar salvavidas. Yo me resisto a ponérmelo. Chirri no insiste. “En esta excursión yo doy consejos, no órdenes. Me responsabilizo por los que siguen mis consejos. A los demás los dejo que se encomienden a Dios”.

Continúa Chirri contando: “También cayó una avioneta en la selva. A las dos de la mañana llegaron indígenas tikunas a Leticia. Decían tener idea de dónde había caído el aparato. El piloto por cargar caucho había sacado varios bidones de gasolina de la avioneta. Fue un caso parecido al anterior. Faltando diez minutos para

llegar al aeropuerto se le acabó el combustible. El capitán quedó prensado entre las latas, sangrante. Hormigas, abejas, todo tipo de bichos se ensañaron con el hombre. Cuando lo encontraron estaba vivo pero medio loco, con gran parte de los huesos del rostro expuestos. Hoy el piloto se dedica a recoger basura en las calles de Leticia”.

En el vuelo de Bogotá a Leticia –en *jet* no precisamente de primera, pero tampoco marranero, con buena comida y servicio de bar– habíamos pasado sobre los ríos Caquetá y Putumayo, luego sobre el Apaporis. Eso dijo El Chirri.

En el Amazonas no hay piedras ni arena, sólo barro. Negativo que uno se pueda parar sobre una victoria regia, agrega Chirri. Dicen por ahí que una quinceañera se paró sobre una victoria regia a tres horas de Manaos. Luego se subió a una lancha y siguió.

La victoria regia es una gran hoja que flota sobre las aguas quietas, muy abundantes en la selva. Por la mañana es blanca, a las once, amarilla, por la tarde rosada. Tiene espinas por debajo, que la protegen de los peces. Los diámetros varían, pueden ser de metro y medio o más.

En el Amazonas hay una paradoja extraña: el gran río lleva aguas blancas, estas son aguas sucias, llenas de barro. Las quebradas, los ríos y los caños que desembocan en el gran río son de aguas negras, muy limpias, que reflejan el cielo en castísimos mirajes y duplican el paisaje de árboles formando espectáculos incomparables.

Diez minutos después de salir en lancha de Puerto Nariño nos encontramos en el lago Tarapacá. Agua muy limpia. Allí hay del-fines grises y rosados. Chirri tiene veinte años de experiencia en la selva. Llegamos al canal donde desemboca el Yahuatata. Isla Ronda e Isla Rondín. Recorrido por un afluente del Amazonas hasta regresar a Puerto Nariño. Puerto Nariño es un pueblo tikuna, donde en lugar de calles pavimentadas hay aceras de cemento que cuadriculan las cuerdas. Están prohibidos todos los vehículos, incluso las motos y las bicicletas. Hay una hermosa cancha de baloncesto con porterías de fútbol, iluminada por una planta de luz que trabaja los fines de semana allí. El río corre al lado de ella. Hay un

muelle rústico, en el que atracan las lanchas del Rápido Amazonas, único medio de transporte público, que tarda varias horas en llegar a Leticia y hace exclusivamente la ruta del Trapecio Amazónico Colombiano. Prácticamente vuela sobre las aguas. El motorista es un suicida –otro suicida, de la escuela de los conductores de autobuses que unen a las ciudades colombianas– que esquivo los inmensos troncos que casi siempre acarrea el gran río.

El Rápido Amazonas no es una lancha pobre y derrengada, sino más bien airosa, de figura gallarda, en la que viajan casi cuarenta personas con las cabelleras aleteando como una bandada de pájaros negros que planean rozando el agua. Sobre el techo van animales, frutas y verduras, e incluso algún pasajero de última hora, que llegó corriendo al muelle y tuvo que pagar doble.

En la cancha de baloncesto conocí a dos tikunas. Una de diecisiete años, espléndido cabello lacio y negro que le caía sobre los hombros, ojos de tailandesa, con un brillo pasmoso de picardía. Se ocultaba tras un niño que tenía en brazos. Me miraba y se ocultaba. Se reía como nerviosa o llena de curiosidad y se volvía a ocultar. Los niños se lanzaban desde las colinas adyacentes acera abajo sentados en grupos de dos o tres sobre tablas de madera que hacían las veces de deslizadoras. Las banquetas muy inclinadas y la madera dura y bruñida favorecían el juego y la velocidad. Se llama madera de oro, dijo un niño. Pulida por el roce con el cemento, la madera parecía mármol.

Por la noche algunas tikunas deambulan por la zona iluminada caminando torpemente con zapatos de tacón alto y minifaldas y nos atisban con simpatía interesada.

Horas antes, en la cancha, había jugado básquet con una tikuna. La chica usaba tenis Nike, evidentemente falsificados. Su técnica no era del todo ortodoxa. Sin embargo sus ganchos tenían un buen porcentaje de efectividad. He de confesarlo: con poco tiempo disponible, necesitaba una manera urgente de acercarme a la criatura.

Tres

Fui con los miembros de la excursión a observar caimanes en un recorrido nocturno por el río Amacayacu. Un potente reflector barría las aguas. El motor de la lancha estaba apagado. Los caimanes no aparecieron. Me acosté a mirar las estrellas sobre la quilla mientras la lancha se deslizaba silenciosa sobre el agua quieta. Los demás miembros de la excursión se mantenían en silencio, esperando que el chapoteo denunciara la presencia de un animal. Pude ver la curvatura de la bóveda celeste y un cielo tan tupido de estrellas como nunca lo había visto. En pocos sitios como en la Amazonia se puede percibir la integridad del planeta. Una impresión de sosiego, de absoluto presente, se apoderó de mí. Nada de lo que estuviera fuera del alcance de mis sentidos tenía importancia. La Vía Láctea nacía como una palma abierta en el horizonte y extendía sus dedos sobre la Tierra, imponiendo su majestad y su aterradora infinitud. Hay una frase de Job que, bien entendida, obliga a comprender que es inútil todo afán sobre la tierra, desdeñable toda posesión, risible el deseo de felicidad: “Desnudo nací del vientre de mi madre y desnudo me entregaré a los brazos de la muerte”. Noche perfecta bajo el cielo de la Amazonia. Pasado y futuro se desvanecieron. “Detente, eres tan hermoso”, le dice el doctor Faustus, cándido como todo sabio auténtico, al instante. La condición más cruel del tiempo es que no se detiene jamás. La condición más cruel y la más piadosa. Tal vez sólo en la soledad se pueda alcanzar esta serenidad. Toda compañía implica una comparación, una crítica. Por eso el amor no existe más allá del instante. La sabiduría nos hace irresponsables: sabemos que el instante sólo es infinitamente divisible en la fábula. Por eso Xantipa no soportaba a Sócrates. (Este es un mensaje cifrado para mi esposa, que leerá estas páginas en busca de *evidencias*. Desde hace un par de años ha comenzado a desconfiar de mí. Ha espantado a todas mis amigas. Abomina de los intelectuales. Dice que son gente degenerada, sin respeto a Dios. Sospecha que la engaño. Piensa que cualquier mujer bella que pasa a mi lado es como un flechazo directo a mi corazón.)

Al día siguiente nadé en los canales paralelos al Amazonas y en el mismo Amazonas. Hay una vieja costumbre que he practicado a lo largo de los años, una costumbre que he sostenido incluso en los casos en que parece una locura incurrir en ella. Nadar en todos los ríos —cada río es un regreso a la infancia, una especie de purificación original, un desligarme de mi circunstancia— que se me atravesen en el camino. Lo hice incluso en el que quizás sea el más contaminado del mundo: el Coatzacoalcos. Salí cubierto por una especie de capa de plástico aceitoso que pronto se secó sobre mi piel creando una segunda piel, un pellejo incómodo, maloliente, del que corrí a despojarme en el primer hotel que encontré.

Leticia, capital del Departamento colombiano de Amazonas, se encuentra en la pura punta del Trapecio Amazónico, la zona más meridional de Colombia. Todo ese territorio es un parque natural. La función de la ciudad de Leticia es, de acuerdo con los colombianos, mantener la soberanía sobre el Trapecio Amazónico, una zona cuya riqueza está casi intacta y que constituye la única franja de tierra que les permite llegar al río Amazonas, sobre el cual Colombia tiene 125 kilómetros. Leticia sigue siendo hoy en día un poblado distante, al que sólo se puede llegar por medio del río o por vía aérea. Señala Wade Davies, en su libro *El río*, que el descubrimiento y la explotación de una especie muy resistente del árbol del caucho, el *Hevea brasiliensis*, en la década de los cuarenta, sirvió de detonador de un desarrollo que tuvo su época de esplendor y su caída tras las guerras mundiales. Hans Sorensen, un agrónomo danés, fue quien se percató de las especiales cualidades del caucho de Leticia, que lo hacían superior a los cauchos de Oriente, demasiado débiles ante las plagas.

Es sabido que con el narcotráfico, que convirtió aquella región en su refugio, llegó una segunda época de prosperidad. Leticia se halla tan lejos del poder central, que los narcos podían hacer su capricho, construir sus emporios y levantar quimeras de las que sólo quedan hoy las ruinas. Frente a Leticia pasaban los barcos de la Booth Line que hacían la ruta de Manaus, en Brasil, a Iquitos, en Perú. En muy pocas ocasiones se detenían. Aquello era un pue-

blo sin ley y sin dicha, de gente difícil y peligrosa. Los hidroaviones Catalina hacían un vuelo semanal. Escribe Wade Davies: “Los únicos barcos colombianos, viejos vapores de rueda movidos con leña, como el *Ciudad de Neiva*, eran menos cumplidos”. Territorio agreste, Leticia está rodeada por selvas implacables por todos los costados, e invariablemente en enero el Amazonas crece, las selvas comienzan a inundarse, y hacia febrero aquello es un enorme lago que deja aislada por tierra a la ciudad. (“En época de lluvias los animales vivían en las copas de los árboles, las mulas pastaban metidas en el agua hasta las ancas, y los peces mordisqueaban las ubres de las vacas”, escribe Wade Davies.) El terreno es casi plano por completo. El río Amazonas desciende cuatro milímetros por kilómetro. Una enorme, inconcebible masa de agua avanza hacia el océano, recorriendo miles de kilómetros y tocando algunos sitios habitados. Imaginar la aventura de Francisco de Orellana, a fines del siglo xv, narrada por fray Gaspar de Aguilar; las dimensiones del atrevimiento de aquellos hombres, lanzados auténticamente al azar por un territorio que ningún civilizado había siquiera imaginado, no tiene comparación con hazaña alguna de la humanidad. Esos rudazos abrieron las brechas, cortaron los árboles en el territorio más cerril del mundo, forjaron los clavos, fabricaron bergantines de dimensiones suficientes para llevar muchos hombres, caballos, cerdos; sufrieron lluvias de flechas al punto que tuvieron, que debieron convertir las naves en acorazados; recorrieron más de 5000 kilómetros, comieron el cuero de sus zapatos, fueron agasajados como semidioses y aborrecidos como demonios, sin tener la más leve idea de lo que iban a encontrar más adelante. Imaginar el terror de esos hombres y la maravilla que los acechaba a cada instante. Imaginar cómo iban viendo que el río crecía, crecía, con un afluente y otro y otro, que alimentaban a esa gran madre que es el Amazonas. Los ríos se desbarrancaban en torrentes desde cordilleras cargados de lodo, árboles, reses muertas, para desembocar en esa especie de dios de las aguas, en un curso que parecía no tener fin. El primer viaje por el gran río debió de ser una larga alucinación en la que no sucumbieron todos porque sabían que

más adelante habría un nuevo prodigio. La curiosidad los mantuvo vivos. Los salvó el asombro por lo visto y por lo que sabían les faltaba por ver.

Nos hallamos en la mitad de la línea ecuatorial. El gran río recibe aguas del norte y del sur. Grado cuatro de latitud sur. Es la mayor concentración de agua dulce del mundo. Recibe agua de más de mil tributarios. Tiene una hoya hidrográfica de ocho millones de kilómetros cuadrados. Su agua es de color chocolate. Marañón, Pucayari y Napo forman el Amazonas. Se unen en un punto que ha sido llamado Francisco de Orellana. Allí el cauce se hace más lento y más profundo. Desde su origen hasta su desembocadura tiene 6000 kilómetros. Recibe aguas ambarinas de diversos tipos. Entre julio y septiembre es la subienda de los peces, que se meten en las pequeñas quebradas.

Hay varios libros importantes para comprender la selva, comenta Chirri-Chirri: *Jaque al Barón*, *La Vorágine*, *La Siringa*, *Perdidos en la selva*. Nuestro guía, Mauricio Pérez, alias el Chirri-Chirri, es un hombre muy ocupado: no sólo encabeza excursiones por la Amazonia, sino que es propietario y locutor de la única emisora radiofónica del departamento de Amazonas. El edificio de la emisora fue levantado por el mismo Chirri, que inventó una técnica de construcción, amarrando latas de cerveza en cubos de cuarenta por cuarenta. Luego cubría esos cubos con cemento, lo forjaba y emprendía la construcción. Afirma Chirri que las ventajas de su invento son irrefutables: la edificación ha soportado todo tipo de vendavales y tormentas.

Habla Chirri y no me da tiempo para registrar tanta información: Pescar una piraña en el Amazonas es difícil. Los narcos colombianos compraban las hojas y el polvo verde. En las islas del Amazonas hicieron sus laboratorios. ¿Quién manda en Colombia?, pregunta Chirri. “Detesto la estupidez del presidente de entregar territorio a la guerrilla. Me da pena decirlo, pero aquí lo que se necesita son *güevos* de toro llanero.”

Este es el canal Pichuna. En esta desembocadura se meten los delfines. La selva estrecha el canal, lo estrangula, lo abrumba. Hay

una paz increíble. La lancha se desliza y los pasajeros hacen un silencio reverencial. Es la basílica de la naturaleza. Los indígenas son muy celosos. Una mariposa anaranjada se posa como mascarón de proa de nuestra lancha. “Al amigo que conocí en una tribu y que sólo hablaba mayorura, luego lo vi en una moto espectacular en las calles de Leticia”, dice Chirri. Leticia es la ciudad de las motos. Son tan numerosas como los zancudos, los moscos y los jejenes. Mariposa amarilla. Las raíces de los árboles son superficiales y extendidas. Mariposa verde con rayitas negras. Muchos canales de los que desembocan en el Amazonas son iguales, serenos cursos de agua asfixiados por la vegetación. El que no los conozca se pierde. Estas son aguas ambarinas, con sedimentos de capas vegetales. Carambolo, una fruta deliciosa, ligeramente parecida a la papaya. Uvas camaronas, gigantescas, rudas. Una mariposa azul, *morpho*, azul y negra, nos acompaña. “Una de las razones por las que sigo trajinando por el Amazonas, es descubrir dónde se engendran las *morpho*.” ¿Para qué quieres saberlo?, le pregunto. “Es una obsesión, nada más. Espero descubrirlo antes de morirme.”

Los colores de la lancha atraen a las mariposas. Cuando hay lluvias todo cambia. Aguas ambarinas, con mucha vegetación. Sólo hay 127 kilómetros de frontera colombiana sobre el Amazonas (la información varía: Wade Davies dice que son sólo 125.) Un pez salta y cae en la lancha. Es un magín. “Mira, amigo, los peces se pescan solos en el Amazonas”, dice Chirri jubiloso. Nuestro guía ya es mi amigo, mi cómplice. Compartimos la proa, mientras los demás excursionistas, tensos, precavidos o asustados ante la velocidad que toma la lancha —será necesario hablar sobre el motorista, un ser que soporta impávido, inexpresivo, el sol y la lluvia implacable por horas y horas, con la vista fija en la proa— se aferran a las maderas y se abrazan a sus chalecos salvavidas. “El pez magín tiene dos espinas que se clavan dolorosamente. Hay que tener mucho cuidado con él.” Parece un pez acorazado, un vestigio de épocas prehistóricas.

Cuatro

La anchura del río Amazonas en la desembocadura es de 17 kilómetros. Un mar de agua dulce atravesando una gran selva, abriéndose camino y partiendo un continente en dos. Comenta Chirri que se han metido ballenas hasta Manaos, a dos mil kilómetros de la desembocadura. En el territorio amazonense de Colombia la población militar es casi más grande que la civil. Vemos un enorme árbol lleno de niños semidesnudos durmiendo, jugando, persiguiéndose encima de las ramas que se proyectan sobre un gran canal en el Amacayacu. Al descubrir que nuestra lancha se iba acercando comenzaron a lanzarse uno a uno, desde alturas de veinte o treinta metros. Esos son tikunas, dice Chirri. Los tikunas, los huitotos y los boras fueron los que sirvieron durante muchos años a los caucheros: sangraron los árboles y sufrieron incontables abusos por parte de los patrones. Hubo un tiempo en que juraron jamás volver a herir los árboles, pero la llegada de nuevos patrones, con reglas menos inhumanas, los impulsó a regresar al trabajo. Uno de los personajes que contribuyeron al cambio de actitud fue Rafael Uandurraga, colombiano de ascendencia vasca. Sobre él escribe Davies:

Uandurraga era comerciante, pero cuidaba del bienestar de los indios y de la protección de la selva. Hombre honesto y decente, compraba el caucho con un margen fijo del diez por ciento, no hacía trueques con licor y mantenía a los hijos y esposas de todos los caucheros que trabajaban con él. A cambio, los indígenas hacían lo que habían prometido jamás volver a hacer: sangrar los árboles razón de la desgracia, tortura y miseria de sus padres. Cuando Uandurraga tuvo un accidente al caer del bote de cara en la hélice, los trabajadores indígenas le salvaron la vida, cargando por tierra hasta Leticia su cuerpo lacerado. Y se quedaron esperando toda la noche en silencio, mientras el médico del ejército le cosía la nariz, que colgaba de la cara, y una enorme cortada en la quijada y un pedazo de lengua que se le había desprendido.

Así como Uandurraga hubo muchos otros extranjeros que afincaron en la Amazonia, encontrándola amable y queriendo fundar arcadias lejos de la civilización. Uno de ellos fue Richard Gill, hijo de un médico de Washington, quien se enamoró de los paisajes del

Ecuador, abandonó su país y, con su esposa Ruth, cuenta Davies, emprendió una jornada de ocho meses en busca del sitio perfecto para establecer una hacienda. La fundaron, dice Davies, en la vertiente oriental de Los Andes, en el alto Pastanza, no muy lejos del pueblo de Los Baños.

Otro loco utopista fue William Cameron Townsend, vendedor de biblias en Guatemala, quien se convenció de que por mandato divino debía traducir la Biblia a todas las lenguas de la Tierra y fundó una organización en Arkansas, recogió fondos y terminó por fundar el Instituto Lingüístico de Verano. La ideología que guiaba a esta organización era que “dado que el mundo está condenado, el hombre no debe iniciar reformas sociales, sino más bien esperar con resignación la segunda venida de Cristo y dejar que él sea el encargado de ejecutar los cambios necesarios”.

Impulsa nuestra lancha un motor de veinte caballos de fuerza. El motorista, diez personas y el guía. Estelas de agua se levantan a lado y lado. Tiendo una mano y dejo que el agua veloz la golpee y rompa el fugaz rastro de agua alada que deja nuestro paso. El motorista luce un sombrero de lona café, un mono rojo, botas de hule. Días más tarde hablaría con él y me contaría su atroz y turbadora historia, una historia de amor y violencia, de guerra contra el mundo y reconciliación.

Pájaro azul y blanco, un martín pescador. Los kurubos. Muru o muiname son las lenguas de los huitotos. No sé si ya dije que estoy escribiendo una novela que se desarrolla en Araracuara, puerta de entrada de la Amazonia. La protagonista de mi relato es una huitota. El antropólogo francés Eugene Robuchon, que fue al Putumayo durante el auge del caucho, reveló que en general los huitotos tienen miembros delgados y nervudos y la piel gris cobriza, cuyos tonos corresponden a los números 29 y 30 de la escala cromática de la Sociedad Antropológica de París. Hay que imaginar al señor Robuchón con un pantógrafo, comparando los colores con la piel de una sublime huitota, hasta hallar el tono preciso.

Es frecuente ver fotos verdaderamente aterrorizantes o deplorables de indígenas amazónicos, los labios hendididos, los cráneos de-

formados, los miembros escuálidos, una bola de tabaco deformán-
doles las mejillas y la boca, un hilo de saliva verde escurriéndoles
por el cuello y el pecho. Sin duda hay este tipo de seres estragados,
como los hay en cualquier país y territorio, no obstante también
hay ejemplares humanos espléndidos. Alain Gheerbrandt relata
que en la expedición Orinoco-Amazonas, realizada entre 1948 y
1950, después de tomar contacto con los hombres de Kalomera,
altos, fuertes y hermosos como centuriones romanos, visitaron a
los okomatadis, uno de los grupos más salvajes de la horda de los
guaharibos, que habitaban una plaza hedionda, en medio de ex-
crementos y nubes de moscas, alimentaban a los perritos y a los
lechones con leche de los senos de las indias y no habían inventado
ningún instrumento para dominar la naturaleza, de no ser un pa-
lito con una uña de fiera en la punta. Cuenta además de un grupo
de indígenas, también de la etnia guaharibo, que parecía haber
hecho de la irresponsabilidad y el relajó su filosofía de existencia:

La piragua que conducían estos guaharibos parecía una regadera, conduci-
da por una tripulación de borrachos bromistas. Remaban tan torpemente
que eran incapaces de adelantar veinte metros seguidos en línea recta, y
cada vez que hundían y sacaban sus canaletes, levantaban enormes ramille-
tes de agua a su alrededor.

La lengua de los huitotos es una lengua con bastantes vocales.

El Chirri se frota las manos y sonrío, anunciando que va a contar
algo digno de atención. “Este mundo de los indígenas amazónicos
es imprevisible. Hay absolutos caballeros en plena selva y unos autén-
ticos maquiavelos hijos de puta. Los indígenas curubas –Chirri
sigue frotándose las manos, como si a él le correspondiera parte del
botín– sonreían hermosamente a los que pasaban por el río Itacuari
e Itui. Los pasajeros decían ‘Mira qué indios tan simpáticos’. Los
turistas se bajaban a conocerlos y ¡pum! garrotazo. Luego llegaba el
banquete del siglo para los kurubos.”

Pasamos por Macedonia, que ya tiene telefonía celular. Pesca,
caza, agricultura y pequeño comercio. Gramalote (*cortadeira*) es

una gramínea que crece a orillas del Amazonas. Es colonizadora. El peque-peque es un tipo de motor que da rendimiento de un galón diario y tiene la ventaja de que se puede levantar la propela, ventaja grande en la Amazonia, donde los ríos sorprenden con troncos. Si se golpea la propela se rompe el pasador y hay líos. El más grande problema de navegación en el Amazonas es la cantidad de troncos que arrastra. El Amazonas recibe los torrentes de mil ríos (1100, afirma el *Pequeño Larousse*) y las aguas de innumerables vertientes arrastran grandes masas de tierra y de material vegetal, lo que hace que su color característico sea el chocolate.

A veces es tal la violencia del agua, que el gran río lleva flotando enormes bloques de tierra, arrancadas de la tierra firme, islas con árboles, animales y seres humanos.

Los botes de la expedición que hizo la travesía del Amazonas al Caribe en 1987, encabezada por el cubano Antonio Núñez Jiménez, súbitamente se vieron en medio de un grupo de troncos de cuatrocientos kilómetros de longitud y varios kilómetros de anchura. Eso sucedió después de los terremotos y temporales que destrozaron las vertientes de los ríos Napo y Coca, que son los que dan origen al Amazonas en Ecuador.

Salimos de Puerto Nariño a las diez de la mañana y a las cuatro de la tarde seguimos remontando el Amazonas. Llegamos a la isla de Montagua. Pregunto por Araracuara. Le digo a Chirri que estoy escribiendo una novelita que se desarrolla allá. Se la cuento. La escucha absorto, con ojos de emoción y todo me hace pensar que él mismo ha sido protagonista de historias similares, en las que un blanco se inmiscuye con una indígena y arrostra arcanos a veces terribles y en ocasiones deslumbrantes.

“Nadie se mete a los caños de Araracuara. Todos los que se han metido han muerto. La gente de Araracuara camina paralelo al río cuatro o cinco kilómetros.” Eso dice Chirri. Y en ese momento recupero la lectura de un texto de belleza que quita el aliento, escrito por Álvaro Mutis. He buscado el texto y lo reproduzco. Se llama “El Cañón de Araracuire”. Es sin duda un fragmento iniciático en el enigma de ese territorio colombiano, cifra de lo que nadie en

verdad ha comprendido, que se llama Araracuara. Ningún viajero como Álvaro Mutis ha logrado captar lo que es el Cañón de Araracuara:

El río desciende de la cordillera en un torrente de aguas heladas que se estrella contra grandes rocas y lajas traicioneras dejando un vértigo de espumas y remolinos y un clamor desacompañado y furioso de la corriente desbocada [...] El río va amainando su carrera al entrar en un estrecho valle y sus aguas adquieren una apacible tersura que esconde la densa energía de la corriente, libre ya de todo obstáculo. Al terminar el valle se alza una imponente mole de granito partida en medio por una hendidura sombría. Allí entra el río en un silencioso correr de aguas que penetran con solemnidad procesional en la penumbra del cañón. En su interior, formado por paredes que se levantan hacia el cielo y en cuya superficie una rala vegetación de lianas y helechos que intentan buscar la luz, hay un ambiente de catedral abandonada, una penumbra sobresaltada de vez en cuando por gavilanes que anidan en las escasas grietas de la roca o bandadas de loros cuyos gritos pueblan el lugar con instantánea algarabía que destroza los nervios y reaviva las más antiguas nostalgias.

Vamos entrando al Parque Natural de Amacayacu. Pasamos la noche en el hospedaje del Pico del Águila, administrado por quien se autonombra *El Fraile Loco*, un franciscano que se separó de la orden y puso su negocio. Zancudos, calor, aguardiente y a dormir. Hay varias cabañas con anjeos y literas. No existe electricidad. Se duerme con las ventanas abiertas, sofocándose, en medio de sueños tormentosos. Casi todos los viajeros reconocen que el mayor tormento al que los somete la Amazonia es el de los bichos pequeños diurnos y nocturnos, que aparecen por oleadas, hora tras hora, en un horario estricto, desesperante: anófeles, jejenes, mosquitos de todo tipo, murciélagos, hormigas.

Un monito fraile aparece todas las mañanas y arrebatando las tacitas de tinto (el tinto en Colombia no es un vino, sino el imprescindible café) para tomárselas apresuradamente, como un niño tremendo e insoportable. Luego va a esconderse entre las ramas y cuando menos se lo piensa uno, baja a velocidad endiablada y roba gafas, jabones, ropa y huye, saltando entre los árboles a esconder sus tesoros, luego regresa. El fraile —no el mono fraile, el fraile—

dice que muchos turistas han perdido joyas valiosas, billeteras y que han intentado seguir al mono hasta su escondite, pero que ha sido imposible. Sólo otro mono fraile podría investigar dónde está la cueva de ese bandido, dice el Fray Loco, evidentemente complacido.

Ese mono es parte de su leyenda. Y además es su único compañero. Y tal vez sea cómplice del Fray Loco, dice Chirri. Cuando se van los turistas el monito trae sus tesoros y los comparte con su amigo. El fraile cambia joyas y relojes por bananos. Ya me lo imagino. Esa es una gran industria. Tener un mono amaestrado es mejor que tener una American Express en el Amazonas.

Un perro en celo persigue a Yolanda, a la espiritual Yolanda, compañera de excursión, siempre enfundada en sus botas de hule y sus grandes pantalones, con su cabellera de leona ondeando a lado y lado de su cara, su mandíbula cuadrada y sus ojos de hembra autosuficiente y vengativa. Yolanda cometió el error de mimar a este perro lobo desde el momento en que llegó la excursión al Pico del Águila, y el perro se enamoró fulminantemente de su olor de hembra abandonada en la mejor edad. El perro la sigue y se le monta una y otra vez. Ella le dice cariñosamente perro feo, perverso, malo, lujurioso. Y el perro insiste en enredarse entre sus piernas y saltarle al pecho y lamerle la cara. Se sube a la hamaca, le hunde el hocico con fruición en la horcajadura de las piernas.

Naturalmente no puedo evitar acercarme a la mujer e investigarla.

“Yo tuve una relación de siete años con un macho cabrío dizque actor teatral y quedé curada para siempre. ¡No más! ¡Nunca más! No quiero ser manoseada por nadie nunca jamás en *my very life*. Prefiero sufrir los tormentos de Santa Rita de Casia que el mal aliento de un borracho insolente que me trata como si yo fuera una muñeca de trapo con un hoyo en medio.”

El perro sigue oliéndole la cucarachita y ella lo regaña: perro malo, lo mimas, le habla, lo acaricia. El perro se aleja y vuelve, cada vez más apasionado. Ella lo soporta, lo consuela, le habla cariñosamente al borde de la peluda oreja.

Los mormones que nos acompañan en la excursión contemplan el idilio con repugnancia. A Chirri y a mí nos divierte el dispar romance. Me gustaría conocer el desenlace de esta singular *love story*. Lo que sí es muy claro es el carácter comprensivo de la hembra hacia el peludo cuadrúpedo. Yolanda sin duda carece de prejuicios caninos. Me atrevería a decir que antes aceptaría por amante a un perro que a un hombre. Ese perro vuelve a Yolanda a la realidad y a la vida. ¡Bravo! Yolanda redescubrió el amor en el Amazonas gracias a ese místico can. Ni Shakespeare podría haber escrito más grande y más singular historia de amor.

Cinco

Después de una noche de sueño difícil en la Posada del Alto del Águila —el flaco hijo de los mormones no dejaba de removerse en el segundo piso de la litera y los omnipotentes zancudos habían violado los anjeos aparentemente invulnerables y hacían una fiesta grande con mi pellejo— al levantarme vi una fila de excursionistas esperando para bañarse en la única regadera. Ya estaba adentro Yolanda y su perro amante hacía esfuerzos por colarse entre las piernas del objeto de su pasión. Gemía frente a la cortina maltratada y Fray Loco, que insiste en autodenominarse *Fray Rebelde*, agarraba al cuitado del pescuezo, tratando de contener sus ímpetus de peludo enamorado.

Descendí por las escalas de madera hasta el río Loretoyacu con la intención de nadar. Fue imposible. Toda la orilla era una sopa de chocolate espeso.

Regresamos en lancha a desayunar a Puerto Nariño. Compré ropa deportiva. Todas mis prendas estaban húmedas. Una de las condiciones a las que tiene que adaptarse el visitante de la Amazonia es la humedad perpetua e invencible. Un minuto después de ponerse ropa seca, el personaje la vuelve a tener totalmente mojada. Volvemos a remontar el río Loretayaku —*Yaku*, agua— rumbo a Santarem, pequeña comunidad tikuna. En Santarem vivió Henry

Wickham, excéntrico inglés que fue el primero en exportar subrepticamente semillas de hevea, árboles de caucho, a Estados Unidos, cuando el gobierno se vio acosado por la necesidad de alimentar la insaciable necesidad de llantas que imponía la gran guerra, informa Wade Davies. Esta exportación de semillas, cuatro décadas más tarde, terminaría con la industria brasileña del caucho. Los norteamericanos harían plantaciones en Asia, que terminarían por producir el 99 por ciento del caucho mundial.

Nos detenemos un instante y, ¡ahí está!, una tikuna semidesnuda sobre una especie de balsa precaria formada por unas tablas amarradas a gruesos troncos de balso. Está lavando ropa y trastos de cocina sobre sus piernas desnudas, lustrosas, al tiempo que ella misma se baña. Como una aureola la rodean mariposas de colores. Esta imagen de la mujer integrada con el agua y la casta naturaleza ha subyugado a muchos navegantes y aventureros, hasta convertirse casi en arquetipo. Una visión muy parecida tuvo Antonio Núñez Jiménez en la excursión que hizo en canoa del Amazonas al Caribe. Dice: “Mientras conversábamos con Nicasio y Leonardo, una madre, desnuda de la cintura hacia arriba, amamantaba a su tikunita dentro de las aguas de la laguna de Cushillococha”.

¿Podría haber forma más placentera de lavar trastos y ropa que hacerlo así, en medio del paisaje con todo un río como escenario, ella, totalmente integrada, bajo la sombra de un yarumo, bellísima, sonriente, tímida, medio atrevida y medio temerosa, sabedora sin duda que ella misma es la visión más feliz que se le pueda deparar a un ser humano? ¡Ahí está, ahí está!, grita radiante el Chirri, a quien ya le he contado mi novela de Araracuara, ahí está la india de tu cuento. Corregida y aumentada, una imagen pastoril, una estampa de hermosura salvaje, en medio de la fronda del Amazonas, el más noble animal humano que se pueda imaginar.

Los indígenas no usan detergentes sino cierta savia que tiene cualidades propicias para limpiar. Los huitotos mezclan semillas de guarumo con hojas de coca seca y los maceran hasta tener un polvo homogéneo y hacen bolas que están masticando constantemente. A eso se llama mambear. El mambeo los llena de energía, es

tranquilizante y su efecto provisional no produce hambre: horas o días después tienen que comer tenazmente. Yo no he tomado yagé, pero sí tuve la experiencia de los hongos, que cifré en una novela, *Los placeres perdidos*. Gracias a los hongos uno se siente Dios. Ni más ni menos. Pero es necesario tener el guía propicio y el estado de ánimo adecuado. Cuando el discípulo está listo, el maestro llega. Cuenta Wade Davies que Gordon Wasson, banquero y vicepresidente de una gran compañía, visitó a María Sabina en México, que ella lo invitó a una vigilia y a comer hongos. Wasson describió esa “experiencia que le desgarraba el alma”. Este banquero fue el mismo que desencadenó el interés mundial por los hongos sagrados. Como los camellos, los indígenas, gracias a la coca, almacenan la energía. Es una especie de batería natural.

La legalización de la coca acabaría con el problema del narcotráfico, dice Chirri. Pero eso no conviene a los negociantes.

¿Quiénes son los huitotos? Habitantes originales del Putumayo, gran río al norte del Amazonas, se difundieron por el Carapaná y el Iguaraparaná, fueron ellos los que sufrieron con mayor intensidad el avasallante avance de los caucheros. Cuenta Wade Davies que Miguel Loayza, capataz de un depósito de caucho llamado El Encanto, mandó incendiar una choza llena de huitotos, que a medida que iban huyendo de las llamas eran abatidos a balazos por el individuo; cuenta que en los campamentos había jaulas donde durante meses hombres y mujeres eran encadenados... que “enloquecidos y hambrientos, esperaban ansiosos que las larvas de sus heridas maduraran”; cuenta que “había potros donde violaban a las mujeres y postes donde ataban a los hombres desnudos”; cuenta Wade que Loayza tenía encerradas a quince niñas de nueve a trece años, que eran sus concubinas, y que éstas “alcanzaban su adolescencia deformes, débiles y descoyuntadas para siempre sus caderas por las salvajes cópulas. De día permanecían encerradas en la choza. De noche llevaban una o dos niñas al cuarto de Loayza. Sólo cuatro veces al año veían todas esas criaturas la luz del sol, cuando llegaba el vapor de Iquitos y Loayza las compartía con la tripulación”. Las condiciones cambiaron. Muchos años después estuvo en

el mismo lugar el botánico Schultes, maestro de Wade Davies en Harvard. Lo que halló fueron las ruinas de aquellos campamentos, y una misión en la que pudo ver “docenas de niños pequeños, todos en uniformes blancos, parlotando y correteando entre las piernas de un sacerdote en lo alto de las escaleras que bajaban al río. Yendo de aquí para allá y reuniendo a los niños había dos monjas con largos hábitos de tela blanca”. Dirigía esa misión un parlero sacerdote que había encontrado allí su edén, mascaba coca constantemente y se consideraba feliz lejos de la civilización y de las altas jerarquías eclesiásticas.

Para que nuestro guía hable no hay sino que darle un pretexto. No es un tipo jactancioso, sino un hombre básicamente sincero, que rebosa conocimientos y generosidad con el mundo que ha tenido el placer de habitar. Es un adorador de la belleza, donde quiera que exista. No un vividor, sino un cultivador de la naturaleza, de la naturaleza en general. Es de los que se alegran por la lluvia y por el sol, todo es una aventura para el Chirri y si súbitamente comenzara a temblar, se abriera la tierra, se desencadenara un diluvio, rayos, relámpagos, inundaciones, sin duda comenzaría a aplaudir el espectáculo. “¡Qué no he visto en esta selva de Dios! Yo soy hijo del Amazonas. A mí Londres y París me importan lo que le importa la sogá al ahorcado. En este país de Dios se pierde el gusto por todo lo que no sea en verdad esencial. Este es el auténtico paraíso, amigo. La fortuna es que allá afuera hay espejismos y esos espejismos tienen embobada a la gente. Imagínate que todos esos atembaos quisieran venirse para acá y hacer edificios, hoteles, aeropuertos, imagínate que detrás de cada árbol te saliera un japonés con su cámara Minolta y su disfraz de Hemingway en Kilimanjaro.”

Después de su panegírico empieza la historia: “Llegué a una comunidad de yaguas y había una chica a la orilla del río. Me miraba muy fijamente y había una inquietud muy especial en sus ojos. Buscamos la oportunidad para encontrarnos. Ella estaba con su mamá y familia, de modo que era difícil encontrar el momento y el lugar adecuado. Utilicé un pretexto para ir a la selva sin que nadie me siguiera. Le indiqué con los ojos hacia dónde me dirigía.

Y efectivamente ella me siguió. Comencé a admirar la belleza de su piel, sus ojos grandes y brillantes, el cabello muy liso y destellante, pesado, grueso. Apenas se cubría con un vestido de tela muy liviana y era evidente que lo hacía más por coquetería que por ocultar sus gracias. Empezamos a sonreír y poco a poco nos fuimos aproximando. Cuando sentí su respiración muy cerca, me emocioné. Nos besamos y el beso dio inicio a un juego de intercambios, nos abrazamos y fuimos conociendo nuestros cuerpos. Yo sentía la suavidad y tersura de su tez, distinta a todas cuantas haya sentido. Al rayo de sol se veía espejear el color canela, un color casi líquido, movable, de su piel. ¿Cómo decirlo? Era una piel que estaba muy viva, vibrante, con un palpito que obligaba a pensar en los golpes de su sangre recorriendo el cuerpo con la pasión de un río crecido. ¿Has tenido una serpiente viva entre tus manos? Uno siente la tensión de los músculos bajo la piel. Esa era la sensación, pero no con el desagradable frío de las serpientes, que hace pensar irremediablemente en la muerte, sino con la calidez del ser humano, del ser que hace pensar en la vida, en el amor. Uno siente una atracción tremenda, una especie de palpito o pulsión. La parte animal del amor estaba presente en aquella mujer. Todo lo demás es literatura. Tú me entiendes, escritor. Ese fue el primer encuentro y apenas estábamos cogiendo confianza. Fue necesario esperar otro día. La segunda vez fue tan emocionante como la primera. Quedamos de encontrarnos una noche en la selva. Yo estaba con un mundo de turistas —era el tiempo en que llegaban a Leticia los gringos viejos de Miami y muchos orientales— y me correspondía la responsabilidad de cuidarlos. Tenía poco tiempo. Además estaba el tema del necesario sigilo. Le robé una noche a mi sueño para estar con mi yagua. La noche anterior no había dormido pensando en ella. La siguiente tampoco dormiría pero por otra razón más gozosa. Toda la noche había sentido su respiración en mi tienda solitaria. Entiendo esa noche en vela como una preparación indispensable. O quizás fue que soñé su aliento ocupando el espacio de mi tienda de campaña. En la primera ocasión en la selva nos fuimos acercando, ganamos confianza, nos olimos. Sabíamos

que lo que es rápido es fugaz y nosotros queríamos prolongarlo. Ella estaba enterada de que yo me iría y no regresaría por esa ruta sino años después o nunca, y yo sabía que su vida en la selva estaría sujeta a muchos azares. Un mes más tarde podría haberse ido a vivir a otra comunidad, estar casada, muerta, desaparecida. En el siguiente encuentro utilicé el mismo procedimiento. Aquello era muy lindo porque estábamos en un lago de aguas casi inmóviles, el cielo y las nubes, los pájaros se reflejaban en el agua con una fidelidad tan increíble que parecía que estábamos flotando entre ellos. Sólo nuestra piragua rompía la inmovilidad, la perfección del mundo. Ella remaba. Hablábamos en portugués. Fuimos a un lugar especial escogido por mi yagua. Ella iba en la proa remando. Lo repito porque ese hecho fue muy importante y lo conservo en la memoria y me moriré con el recuerdo. Parecía la primera escena de la existencia humana y yo me sentía el privilegiado de Dios. Ese instante no lo cambiaría por nada. Entramos a la selva. Caminamos hacia un lugar alto. El lago había crecido. Llegamos al punto clave. Comenzamos a disfrutar de caricias y besos y arrumacos. La fui apreciando, era como si estuviera bebiendo, oliendo, sintiendo, mirando la esencia misma de la belleza, un cuerpo a veces de madera dura como roca y en ocasiones suave como plumas de pericos australianos. Fue tan intenso todo aquello que yo sentía perder el aliento. Ella disfrutaba de cada instante, cerraba los ojos, sonreía, se veía atacada por incontrolables tormentas de llanto de alegría o de risas nerviosas, todo su ser parecía fluir bajo mis manos. Respiraba profundo, profundo, profundo, se emocionaba muchísimo. Cuando estuve en ella me apretó de manera recia, inconcebiblemente intensa, me abrazó como una anaconda con todos los músculos de su cuerpo, era como si quisiera poseerme de manera completa, que yo desapareciera en ella, que yo fuera ella. Nos despedimos. Mi yagua quería que yo regresara, pero luego fue difícil, todo había cambiado. Tardé demasiado en volver al sitio de nuestros amores. Yo por esos placeres tan intensos me vuelvo yagua. Pero perdí mi oportunidad. Ahora solamente soy un guía y ando como loco, Amazonas arriba Amazonas abajo, buscando una

como ella. Y es que cuando la encontré ya no era la misma. Sería ocioso tratar de explicarlo, o reducir la historia a ciertos hechos no lamentables pero sí tristes. La vida es así”.

Se me ocurre en este momento contrastar ese encuentro con otro, narrado por Álvaro Mutis, en el que Maqroll, El Gaviero se involucra con una indígena. Un encuentro tan deplorable, tan humillante y triste, que reduce a la protagonista a algo menos que un animal...

Seis

A cinco metros de nosotros se posó un águila arpía. Impávida, a pesar del bullicio de los humanos, fingía ignorarnos, con la mirada feroz clavada en el horizonte. Súbitamente desapareció como una saeta. Escribo esto de regreso de Puerto Nariño, a orillas del río Loretoyacu. Remontamos el río hasta desviarnos por un afluente, un caño de aguas lentas. Navegamos tres horas entre inmensos muros de verdor, que en ocasiones se cerraban al punto de hacer dudar a nuestro inexpresivo motorista de la posibilidad de seguir adelante. Los cursos navegables en la Amazonia cambian en ocasiones de un día para otro y por eso es tan fácil perderse en laberintos infinitamente permutables. Ser guía de excursiones allí es una especialidad que ocupa la vida entera. Llegamos a una comunidad en la que una madre joven, tendría acaso trece años, amamantaba a su crío en un pecho y a un animalito que no supe reconocer en otro. Pechos de diosa niña. El niño y el animal, hermanos de leche.

Emprendimos una caminata de dos horas para atravesar una colina selvática y volver a salir al mismo río, en otra comunidad más desarrollada. Al salir de la selva, tras la caminata, nos esperaba la misma lancha, con el paciente lanchero, el lanchero inmutable, que parecía pariente de águila arpía, siempre con la vista en un más allá, que le impedía sufrir o gozar por lo cercano. Pronto tendría yo el alto privilegio de escuchar las confesiones de ese hombre, de esa especie de ídolo de piedra bajo el sol, al que nada parecía hacer mella.

En la comunidad tikuna había tres adolescentes sentadas en el quicio de una puerta. El resto del pueblo estaba solitario. La casa era de madera y adentro se adivinaba una placentera penumbra. Bastó que las muchachas nos vieran para que comenzaran a reír (los niños se llaman Raymon, Yon Jairo, Viviana, Wilbur. Núñez Jiménez informa que conoció a uno llamado Jimmy Carter). El guía Chirri, el bandidillo del Chirri, y yo, saludamos a las niñas. Los demás miembros de la excursión corrieron a refugiarse bajo el toldo en la lancha, esperando que zarpara pronto, rumbo al albergue. De selva ya habían tenido suficiente. Ahí estaban en flita los juiciosos mormones, Yolanda con su cabellera de leona y su olor a mujer abandonada, una pareja de marido y mujer, tan aferrados el uno al otro, que parecían siameses. También una francesa robusta y sonrosada, más que cuarentona, que dicta clases de lengua francesa en la Universidad Nacional. “Yo soy feliz viviendo en Colombia –dice– y no cambiaría este país por ninguno otro. Sé que pasan cosas feas, muy feas, pero aquí he sido feliz y pienso seguir siéndolo. Entre Bogotá y París, me quedo con Bogotá mil veces.” La francesa, que lleva más de veinte años en Colombia, sin duda disfruta exagerando su gagueo. Es parte de su encanto y le proporciona privilegios.

La respuesta de una de las muchachas indígenas a mi saludo fue desconcertante: “Buenos días, señor pene.”

Risas, risas, risas.

El guía celebró las palabras emitiendo su llamado de la selva, ahuecando las palmas de las manos y chocándolas una contra la otra frente a la boca entreabierta o semicerrada, produciendo un sonido grave que debió de escucharse a muchos kilómetros a la redonda.

Yo entendí tarde el chiste. La verdad es que la chica que dijo “Buenos días, señor pene”, lo dijo en lengua tikuna, sin saber que el Chirri conocía el idioma, como conoce muchas otros de la Amazonia. Con las adolescentes tuvimos una conversación muy particular, sobre el sentido de los sueños. Para ellas al decir que yo quería casarme con una tikuna –cosa que dije bromeando,

claro—, estaba cometiendo un pecado pues despertaba en ella los sueños. Les dije que los sueños no eran malos ni peligrosos. Ellas dijeron que sí. Que los sueños eran un asunto muy grave, que había que dejarlos quietos. Que nadie tenía el derecho a colarse en los sueños ajenos, a decir lo que no es cierto y lo que no va a ser cierto. Entendí: ellas consideraban que yo estaba jugando. Dijeron que si les quería proponer matrimonio, que viniera con juez o con cura, pero no con palabras. No estaban enojadas pero sí hablando en serio, dándome lecciones de vida, de seriedad. Supe aceptar mi derrota.

Hoy que reescribo estas notas he regresado a *La Divina Comedia*. Allí hay una clave sobre el sentido de los sueños:

Estas sustancias [las de los ángeles], después de haberse recreado en el rostro de Dios, no separan su mirada de éste para quien nada hay oculto, así es que su vista no está interceptada por ningún nuevo objeto, y en consecuencia, no necesitan la memoria para recordar un concepto separado de su pensamiento. Allá abajo, pues [en la Tierra], se sueña sin dormir, creyendo unos y no creyendo otros decir la verdad; pero en éstos hay más falta y más vergüenza.

Los que creen en los sueños incurren en pecado, los que se regocian en ellos son dignos de vituperio, la imaginación es de naturaleza diabólica porque reta al Señor. El paraíso pleno, el carácter angélico, está en la contemplación del rostro del Señor sin parpadear, sin apartar la vista un instante, sin distraerse por las seducciones del mundo.

Las indígenas tikunas podrían entablar una buena conversación con Dante Alighieri, son hermanas espirituales de la Beatriz florentina. Mi mujer lo pondría en otras palabras:

—El perro vuelve al vómito, amiguito, la cabra tira al monte, no le pidas peras al olmo, a ver si cuando llegues a los sesenta comienzas a sosegar. Sabes, no eres un muchacho y no vas a llegar a los ciento cincuenta años de edad trotando por las montañas. Recuerda que cada tres meses te deben inyectar las rodillas, que orinas diez veces cada noche, que tienes almorranas y que sudas

como un condenado bajo las cobijas. Por una vez en la vida: reconoce que eres padre de familia, sienta cabeza, habla con tus hijos, siembra lo que esperes cosechar.

En el trayecto por la selva vimos varias ceibas de cuarenta o cincuenta metros de altura. Chirri nos enseñó que golpeando sus raíces huecas se produce un sonido que se escucha en un territorio muy extendido. Dijo que muchos excursionistas extraviados han sido salvados gracias al secreto poder de la ceiba.

—Buenos días, señor pene.

A partir de ese momento hubo un contrapunteo entre las indígenas y nosotros. Las tres encantadoras, graciosas, lozanas adolescentes, mostrando sus bellos pechos bajo blusas tenues, jugando juegos de palabras, hablando en su idioma, risas, risas, risas, secretitos. Las tres solteras y solas en el pueblo porque sus parientes fueron a trabajar, y ellas, que habían ido a hacer el mandado a otro pueblo, llegaron tarde y no alcanzaron la hora de salida... y es que para ir a las chacras, a los terrenos de cultivo, es necesario levantarse al amanecer, mientras la Amazonia es amable: luego se vuelve irrespirable, las nubes de mosquitos abruma el aire, llueve como si millones de grifos estuvieran abiertos. Es prohibido que los blancos visiten los terrenos de cultivo, pues es allí donde los indígenas hacen el amor, diría Chirri más tarde.

Risas, risas, risas. Nos hablaron sobre sus vidas. Johana era la más comunicativa. Todas sabían que las estábamos mirando desde arriba —seguían sentadas en el umbral y nosotros de pie— y que teníamos la perspectiva perfecta de sus pechos frescos, pero eso no les importaba. No que hicieran ostentación sino que les servía de burla ver cómo esos blanquitos se turbaban y fingían seriedad, solamente para mirarlas.

Me observaba Johana y hablaba en su idioma sin despegar sus ojos de mí, como diciendo, míralo al hombre grande, se le ve lo traviesito en sus ojos.

—Tu barba seguro que pica —dijo una, curiosa.

Estuve a punto de ofrecerle una picadita con barba, pero Chirri, que ya me conoce, me puso límites.

Dijo Johana que a los diecisiete no se ha casado porque en su pueblo todos son primos y eso del matrimonio con primos está prohibido.

—¿Cómo te vas a casar, Johana? —pregunté.

—No sé. Necesito uno de otra familia y lo malo es que casi nunca salgo de aquí. Tú pareces de otra familia.

—¿Te casarías conmigo?

—Es que eres malo.

—¿Te casarías conmigo?

—Sí, —dijo enfática, mirándome directamente a los ojos. Supe que era sincera.

—Pero soy muy viejo para ti.

—No importa. Me caso contigo. Pero eres mentiroso. Eres malo.

Le pedí que me mirara a los ojos. Le pregunté:

—¿Soy malo?

—No eres malo, sino picador.

—¿Picador?

—Sí, como los pescaditos que muerden la carnada sólo de lado, para no quedar ensartados y no terminar en el fuego.

—¿Te casas conmigo?

—Si me caso contigo tienes que venir a vivir aquí a la selva.

—¿Te vas conmigo a México?

—Sí, me voy contigo a cantar rancheras y a conocer a Pedro Infante.

—¿Hay películas aquí?

—A veces las traen los de la Biblia. Primero cine y luego habla, habla.

—¿Me vas a dar un beso?

—Primero me tengo que lavar los dientes.

Tiene unos dientes fuertes y una sonrisa abierta y clara.

—Lávate los y vienes a darme un beso.

—No tengo tubo dental.

—No importa, dame un beso.

—Mejor no. Vienes otro día y te doy un beso.

Me acompañó hasta la lancha. Le invité un refresco.

—Adiós, Johana.

—Adiós mejicano.

—¿Te casas conmigo? —le grité cuando la lancha se estaba alejando.

—Cuando vuelvas, mejicano.

(Aquí hay un cuento, me digo. El final sería así:

Sí, volví dos años más tarde, decepcionado del todo de mi vida entre civilizados. Pregunté por Johana a la primera mujer que encontré. Johana soy yo, dijo una mujer bajando los ojos. Era ya una anciana derrengada. Un escombros. No diré ni una palabra más. Regresé a la ciudad. A veces pienso en ella, en la primera Johana. De vez en cuando sueño con ella, con la primera Johana. Sé que esos sueños son la única posibilidad de dicha que me queda sobre la tierra.

El cuento resulta cursi, como todos los de falso amor. Como todos los cuentos con final feliz. Se queda ahí el cuento, como germen, y quizás no llegue a más.)

Siete

Entiendo y acepto que en el relato anterior de mis amores imaginarios con Johana, la indígena tikuna, hay una visión idílica y fatalista de la relación de un blanco con una indígena. No es mi intención torcer la realidad y pintar una Amazonia pastoril a partir de la plática y la contemplación del encanto de aquellas criaturas juguetonas, que parecían más unas habitantes de la urbe del mundo civilizado que unas salvajes. No estaban desnudas, no olían mal, no miraban de reojo, no desconfiaban del hombre blanco, tal vez ni siquiera tenían memoria de lo que les había sucedido a sus antepasados.

Quiero contrastar el anterior encuentro que tuve con las indígenas tikunas, con otro encuentro, narrado por Alvaro Mutis en *La nieve del Almirante*, una novela magnífica y terrible, profunda

y conmovedora, como todas las de este autor que, sin embargo, está cargada de prejuicios y generalizaciones que, debo decir sin ánimo de disculparlo, son frecuentes en la novela, en toda novela, que resulta ser una falsificación de una realidad objetiva y un intento de instaurar una subjetiva. La novela, ninguna novela, tiene obligación alguna de ser fiel a la realidad. La virtud de la novela no es reproducir, sino instalar un universo particular, diferente a cuantos existan, con todas las sensaciones recreadas de manera especial. Eso es lo que hace que una novela sea una novela y que un escritor tenga un estilo. Cualquier fidelidad que no sea a la de las obsesiones del propio escritor, cualquier objetividad que se esgrima, no dejan de ser otra cosa que racionalizaciones *a posteriori*, es decir, falacias que pretenden explicar lo inexplicable. Si la novela se pudiera explicar o resumir de alguna forma válida, dejaría de ser novela.

Los indígenas del relato de Mutis son simplemente indígenas: no se les suministra una etnia ni una característica distintiva, como no sean los dientes afilados y los cuerpos desnudos, la inexpresividad, su característico recelo y su falta de agradecimiento. Mutis reproduce lo que llama el *Diario del Gaviero*, en el que cuenta una aventura en el río Xurandó –nombre imaginario, que debe de designar a un río que escurre por las estribaciones de los Andes y por los inicios de la Amazonia, a juzgar por las características del terreno–. El protagonista es Maqroll, inevitable y tenaz protagonista de los sueños de Mutis, que son siempre inútiles sueños de libertad. Y son inútiles porque lo que gobierna a los personajes de este autor es el destino y, por otra parte, porque el protagonista está dispuesto a dejarse llevar a donde sea, con tal de no terminar en una oficina o en un cargo rutinario.

La siguiente es copia de un pasaje de la novela de Mutis:

La familia subió a la lancha en la madrugada siguiente. Mientras bregábamos bajo el agua para colocar la hélice, ellos permanecieron de pie sobre el piso de palma. Durante todo el día estuvieron allí sin moverse ni pronunciar palabra. Ni el hombre ni la mujer tienen vellos en ninguna parte del cuerpo. Ella muestra su sexo que brota como una fruta recién abierta y él el

suyo con el largo prepucio que termina en punta. Se diría un cuerno o una espuela, algo ajeno por entero a toda idea sexual y sin el menor significado erótico. A veces sonríen mostrando sus dientes afilados y su sonrisa pierde por ello todo matiz de cordialidad o de simple convivencia.

El práctico me explica que es común en estos parajes que los indios viajen por el río en las embarcaciones de los blancos. No suelen dar explicación alguna ni dicen jamás dónde van a bajar. Un día desaparecen como llegaron. Son de carácter apacible y jamás toman nada que no les pertenece, ni comparten la comida con el resto del pasaje. Comen hierbas, pescado crudo y reptiles también sin cocinar. Algunos suben armados con flechas cuyas puntas están mojadas en curare, el veneno instantáneo cuya preparación es un secreto jamás revelado por ellos.

Continúa la novela de Mutis:

Esa noche, mientras dormía profundamente, me invadió de pronto un olor a limo en descomposición, a serpiente en celo, una fetidez creciente, dulzona, insoportable. Abrí los ojos. La india estaba mirándome fijamente y sonriendo con malicia que tenía algo de carnívoro, pero al mismo tiempo de una inocencia nauseabunda. Puso su mano en mi sexo y comenzó a acariciarme. Se acostó a mi lado. Al entrar en ella, sentí cómo me hundía en una cera insípida que, sin oponer resistencia, dejaba hacer con una inmóvil placidez vegetal. El olor que me despertó era cada vez más intenso con la proximidad de ese cuerpo blando que nada recordaba el tacto de las formas femeninas. Una náusea incontenible iba creciendo en mí. Terminé rápidamente, antes de tener que retirarme a vomitar sin haber llegado al final. Ella se alejó en silencio.

La escena que sigue narrando Mutis es aun más repulsiva que la anterior, y hace hincapié en el carácter animal de los indígenas:

Entretanto, en la hamaca del esclavo, el indio, entrelazado al cuerpo de éste, lo penetraba mientras emitía un levísimo chillido de ave en peligro. Luego el gigante lo penetró a su vez, y el indio continuaba su quejido, que nada tenía de humano. Fui a la proa y traté de lavarme como pude, en un intento de borrar la hedionda capa de pantano podrido que se adhería al cuerpo. Vomité con alivio. Aún me viene de repente a la nariz el fétido aliento que temo no habrá de abandonarme en mucho tiempo.

Este texto es sin duda impresionante y corresponde a una época más remota del trato de los blancos con los indígenas. Cuando yo

llegué a la Amazonia, a la Amazonia Colombiana, en diciembre de 2002, ya el hombre blanco había sentado sus reales en el territorio que recorrí: las indias vestían faldas y blusas, escuchaban radio y veían televisión, aspiraban a salir de la selva, tal vez haciendo un buen matrimonio, como amantes de algún turista medio rousso-niano o en busca de lujurias exóticas o como sirvientas o animales de carga. Lo más probable sería que terminaran de prostitutas en Santarem o Leticia. Algunas llegarían a ser maestras, meseras de bar o, con un poco de suerte, esposas de comerciantes. Ya se habían contaminado de las tentaciones del mundo exterior.

Los tikunas no resistieron durante siglos, como los aucas que sí evitaron a los misioneros de todas layas, a los exploradores, a los comerciantes, convirtiéndose en un pueblo aparentemente inabordable. Los aucas empalaron ferozmente a todos los que se atrevieron a entrar en sus territorios. Cada cadáver de un misionero o explorador presentaba cientos de agujeros, como si los habitantes originales quisieran cerciorarse de que ninguna parte de los invasores quedara viva. Los aucas, desnudos del todo, iban retrocediendo a medida que la civilización avanzaba. He aquí una descripción del encuentro de dos aucas con Jim Elliot, un integrante de las huestes evangélicas de Rachel Saint, una fanática que empeñó su vida y su fortuna para lograr que los aucas salvaran sus almas. Rachel Saint se desplazó por todos los ambientes religiosos y financieros de Estados Unidos en busca de dinero para cumplir sus sueños redentores y llegó a construir una pequeña ciudad, Terminal City, con aeropuerto y servicios, en lo más intrincado de la selva, cerca del río Nushiño, en Brasil. Leamos la descripción que hace Wade Davies del encuentro con los aucas:

George —así fue bautizado por Jim Elliot su primer auca— estaba desnudo, salvo por un taparrabo que comprimía su pene contra el vientre. El pelo, cortado en flequillos sobre la frente, caía hasta sus hombros. No tenía cejas y en los lóbulos de las orejas lucía grandes discos de balsa muy blancos. El corte de pelo de la mujer era del mismo estilo. Los tres parloteaban sin cesar en auca, sin darse cuenta de que ninguno de los misioneros conocía la lengua. Les dieron regalos y les tomaron fotos. Los indios vieron sus primeros globos y su primer yoyo. Dalila —Jim le dio ese nombre a la hembra

auca— miró las fotos del *Time Magazine*. George comió hamburguesas y permitió que le rociaran la espalda con repelente de insectos. Le dieron una camisa. Por la tarde Dalila frotó su cuerpo contra el avión e imitó sus movimientos en el aire. George fue invitado a volar. Mientras Nate Saint —el piloto evangélico— inclinaba el avión dando vueltas en torno a Terminal City, George asomaba por la portezuela imitando los ademanes de los misioneros que había estudiado con tanto cuidado cuando vio que la avioneta volaba bajo, sobre su cabeza.

Vale la pena seguir reproduciendo el texto de Wade Davies, pues muestra aquel encuentro difícil como parte de una ópera bufa que se convierte inevitablemente en tragedia:

De regreso a Palm Beach —los evangelistas habían bautizado los diversos territorios que iban dominando, con nombres familiares, lo que los hacía sentirse en casa—, los misioneros se arrodillaron para rezar, con los brazos levantados al cielo. George no se mostró impresionado. Quería volar de nuevo. Jim Elliot llevó a Dalila a la casa en el árbol, pero regresó decepcionada. Se mostró en cierto modo petulante y caminó majestuosa hacia la ribera. Jim Elliot la siguió por la selva...

Pero aquello no iba durar: los aucas exterminaron a todos los misioneros que habían tratado de embaucarlos:

El primer cadáver fue visto desde el aire tres días después del contacto, a trescientos cincuenta metros río abajo del playón. El segundo fue avistado en la arena, a unos setenta metros del campamento. Cuando el equipo de búsqueda llegó el jueves, fue encontrada otra víctima engarzada de un árbol caído en el río y de la que sólo se veía un pie que sobreaguaba. Identificaron los cuerpos de cuatro de los misioneros. Todos habían muerto a lanzadas.

Ocho

Había poco mérito en que la tikuna Johana quisiera casarse conmigo. Lo suyo era salir de la selva. Ya vestía como cualquier chica de Ibagué o Cali. Conocía el mundo caricaturesco que iba a encontrar afuera y le parecía sin duda maravilloso, muchos colores diferentes, muchas cosas distintas a los árboles, el río, los animales,

la gente de siempre, hablando sobre lo mismo: las hazañas de los cazadores en la selva, la pesca del día, el progreso de los cultivos, algo entrevisto en el campo de siembra, risas, risas, risas. Escapar de la selva era salir de la rutina absoluta del clima: ocho meses de lluvia y cuatro de sofoco y humedad.

Cuando el Chirri y yo terminamos de conversar con las tikunas, descendimos hacia el río, donde nos esperaban los excursionistas, ya sentados en las largas bancas de la lancha, con los chalecos puestos y los semblantes demudados por la furia. El rey mormón estaba que reventaba por todos los poros de su rostro rubicundo. Vaya insolencia: hacerlos esperar durante casi una hora y solamente por quedarse a chacotear con unas indias. Yolanda, la musa del perro, ya no tenía tema de conversación. La francesa estaba encarnada como un camarón hervido. Los hijos de los mormones batallando a cachetadas contra los zancudos. El motorista tieso como un ídolo de San Agustín.

La lancha penetró de nuevo en el muro de verdor, discurriendo por las aguas sosegadas del Loretoyacu. El plan de la excursión era ir a ver delfines rosados. Sobre estos cetáceos de agua dulce escribe Wade Davies:

Prácticamente ciegos, los delfines rosados pasan la mayor parte de la vida al revés, orientándose por los ecos y emitiendo unos débiles chasquidos. Rondan en las aguas turbias. De dos a dos y medio metros de largo, diminutos ojos y una giba protuberante, nadan en el fondo del río y emplean las cerdas táctiles de su trompa para localizar el alimento. Cuando ascienden para respirar, irrumpen en la superficie lentamente, como si le temieran al sol. Los indios creen que son de otro mundo, y por lo tanto sagrados.

Vimos unos cuantos lomos rosados a la distancia. Los delfines parecían querer jugar a los escondites con los visitantes. Disfrutaban de los últimos rayos del sol sobre las aguas absolutamente negras del Loretoyacu. Nos comportamos como lo que éramos, turistas –hay que decirlo: no éramos excursionistas ni exploradores, ni temerarios aventureros, simplemente turistas, llevados de la mano por un guía paternal–: cámaras, grillos, comentarios, almacenar recuerdos y magnificarlos. Yo, por mi parte, tomaba notas como

afebrado y de vez en cuando pedía licencia para lanzarme a las aguas y regresar apresuradamente a la lancha, imaginando unas fauces cerrarse estruendosamente un segundo antes de que mi último pie estuviera a salvo. Había contratado a un tímido profesor de idiomas de la Nacional, compañero excursionista, ensimismado en su amor conyugal, para que me tomara fotos heroicas, saliendo del agua con el cabello pegado al cráneo, con una boa en torno al cuello, cerca de niños tikunas, en medio de la selva, al lado de una ceiba, lo convencional.

Ya al borde de la noche, tendimos varias líneas dizque para pescar. No cayó nada. El Chirri supongo que hacía aquello de ponernos a pescar para cumplir con la rutina del “paquete turístico”. Una rutina engañapendejos. Permanecimos en silencio, con diez cañas y diez hilos tendidos, en completa inmovilidad, muy cerca de un islote en el centro del río, hasta que la oscuridad se hizo total. De aquellos momentos sólo me queda el recuerdo de las estrellas, la bóveda celeste, la curvatura de la bóveda, la paz. Había nadado por la tarde en el río al lado de las hijas adolescentes del mormón. El rey mormón es un maestro emérito de la soberbia, se cree hijo predilecto de Dios. Con dificultad saluda.

La aspirante a monja, Yolanda, con sus botas de hule, siguió sosteniendo su actitud de rechazo a los hombres.

Quiero volver a recordar una escena. Horas antes había visto a la criatura de mi relato, lavando sobre una balsa amarrada con tablas, semidesnuda, bañándose junto a la ropa sucia. Una escena preciosa, inolvidable. Nos miró mirarla y siguió en su trabajo que era sin duda su placer: imaginar en aquel calor, metida en el agua, con los muslos y el busto desnudos y echándose con una totuma agua sobre la cabeza y el cuerpo, mientras la niña sueña, ensueña, recuerda, imagina. ¿Habrá más grande felicidad sobre la tierra que la de esa criatura de Dios?

Con las tres tikunas adolescentes y risueñas se desplomó en mí el estereotipo que tenía de las indígenas. ¿Tímidas, asustadizas, feas, animalescas? Lo que son es pícaras, juguetonas con el lenguaje, frescas, con la piel bellamente bronceada, sedosa como un lago

de aguas de mercurio, espléndidas cabelleras, pechos de atletas. Es cierto: hay otras, de tetas colgantes y caras cortadas, dientes afilados, gestos bestiales. Son las que salen en las revistas etnográficas y en los informes de desastres ecológicos. Esas no las vi.

Hubo una discusión de los excursionistas con Chirri por las condiciones de alojamiento. Un baño para doce personas, cabañas sin aire acondicionado, comida mala, falta de planeación, privilegios en el trato –Chirri-Chirri se ha hecho mi amigo y mi cómplice: pasamos más de una hora pizpireteando con las tikunas mientras los otros excursionistas parecían gringos ancianos, enfundados en sus botas y sus chalecos salvavidas, sentados en la lancha, en filita, esperando que saliéramos rumbo a otro destino turístico, los bobos ni siquiera se metían a nadar en las aguas tranquilas de una especie de bahía que formaba el río. Ahí estaban los excursionistas típicos, destilando peste, espantando zancudos y esperando nuestra llegada para lanzarse a la protesta masiva.

A mí nada me parecía mal: ni la comida ni el alojamiento, nada. Todo era para mí digno de pasmo. Estaba cumpliendo la fantasía de vida. Qué me iban a importar unos zancudos de más, unos grados de más, una mala noche... que no la tuve, todas fueron memorables, dignas de los mejores sueños.

El portavoz del descontento fue el rey mormón, según parece, decano de la Facultad de Ingeniería Ambiental de la Universidad Antonio Nariño. Yo me puse del lado de Chirri-Chirri y el resultado fue un cambio de planes. Mejoría de hotel al día siguiente, cambio de restaurante (aparente, nada más, pues la comida la prepararon en el mismo lugar de los días anteriores, y la mandaron al nuevo hotel donde nos alojamos).

Chirri, agradecido por mi apoyo, me invitó a quedarme con él en una habitación del hotel en Puerto Nariño, mientras los demás excursionistas se quedaron en el Alto del Águila. Y ahora estoy aquí, recién bañado, escribiendo, mientras escucho que se acaban de romper las negociaciones entre el gobierno de Colombia y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Los guerrilleros tienen 48 horas para abandonar la zona de distensión –el gobierno

le ha cedido a la guerrilla un territorio más vasto que varios países europeos— lo que significa declaratoria de guerra. Mientras esto sucede yo espero, deseando y temiendo, que el Chirri cumpla su promesa de traer dos mujeres tikunas con las que no sé qué pretende mi amigo. De nuevo me dedico a jugar al marido infiel, sin lograrlo del todo sino en la imaginación.

Nueve

Los narcos colombianos desarrollaron aeropuertos muy originales. En Cayaru, entre Leticia y Puerto Nariño, idearon que los indígenas hicieran casas portátiles que podían mover a su antojo sobre el aeropuerto. El objetivo era que las naves aterrizaran con total sigilo y desaparecieran como tragadas por el pueblo. Los que sobrevolaban Cayaru sólo veían una población normal. (Las zonas selváticas y de los Llanos Orientales de Colombia son cubiertas día y noche por los vuelos del *avión fantasma*, nave que no es visible ni de día ni de noche, pero cuyo zumbido es inconfundible. Este avión es capaz de registrar movimientos de tropa y de equipo gracias a un sistema computacional y de rayos infrarrojos.)

En otra zona selvática los narcotraficantes hicieron que los indígenas limpiaran un largo carril, luego amarraron lianas entre árbol y árbol, a lado y lado del carril, y dejaron que creciera una enredadera que se desarrolla a una velocidad impresionante. Tardaron como un año en terminar su obra maestra de ingeniería ambiental. Se formó un techo de varios kilómetros de largo. Las avionetas salían y llegaban bajo techo, como en un garaje vegetal.

En la época del presidente Belisario Betancourt las fuerzas antinarcóticas encontraron, en diferentes aeropuertos improvisados, en medio de las zonas selváticas más inaccesibles, hasta cinco o seis *jets* de la más alta sofisticación. Los capos construyeron sus villas de lujo en los lugares de esplendor más inimaginables, a las orillas de ríos salvajes, junto a las cascadas o los raudales del Caquetá, el Guaviare u otros ríos inexplorados. Disponían de *jet skys*, lanchas

sofisticadas y aparatosas, dignas de multimillonarios, piscinas, canchas de tenis, de fútbol, eran visitados por los cantantes famosos a los que pagaban sumas inconcebibles, enamoraban a las reinas de belleza y se codeaban con las altas esferas del gobierno. Los narcos llegaban a cualquier lugar de Colombia con maletas llenas de dólares y compraban casas, haciendas; y si los vendedores no querían ceder, los masacraban con la sangre fría y la conciencia del deber cumplido.

Hubo un norteamericano que construyó un hotel a orillas del Amazonas, en la Isla de los Micos, con muchísimas habitaciones, una larguísima construcción muy bien hecha, de la mejor madera. Prometía en sus promociones una estancia amable en la última zona intocada del planeta, excursiones a zonas de belleza incomparable. La ambición perdió al empresario. Los militares lo capturaron con un cargamento de siete toneladas de coca. Hoy el hotel está abandonado. Se han robado todas las tazas de los baños, las llaves, los picaportes. Sólo habita allí una familia de indígenas que vende artesanías sin gran entusiasmo. En medio de un calor infernal y una humedad sofocante, la familia indígena se refugia en lo que fuera quizás el *lobby*. Hay hamacas tendidas de pared a pared y seres que miran a los turistas desde una especie de tristeza invulnerable. Fuera del hotel hay una gran plancha de cemento que parece hervir con el calor. Es el sitio destinado al encuentro entre los micos y los turistas. Los árboles tienden sus ramas sobre la plancha y le dan algo de sombra. Uno o dos micos hacen el papel de vigías. En cuanto llegan los turistas, los micos corren la voz. Pronto toda la zona está cubierta por criaturas de gracia sin igual, a la espera de los regalos de los visitantes. (Núñez Jiménez informa que cuando visitó la isla había 20 mil ejemplares de las especies chorongos y frailes y que originalmente se trasladaron allí 3 mil hembras y 2 mil machos, a una superficie de 450 hectáreas. Afirma que los laboratorios de Estados Unidos eran los principales compradores de monos hasta que el gobierno colombiano prohibió la exportación.)

Día completamente nublado. Enormes bandadas de loros pasan sobre Puerto Nariño. En Puerto Nariño estuvieron la Reina Isabel de Inglaterra, Gabriel García Márquez y Nikos Kazantzakis. Por la mañana llegan los pescadores con las criaturas más extrañas recién capturadas. Parecen diseños imaginados por Julio Verne o dibujados por Da Vinci.

Esos chichipatosos, esos latosos, los mormones, siguen exigiendo comodidades y atenciones al gran Chirri, que los soporta con paciencia franciscana. Nuestro guía se refugia en las historias que me cuenta. “A las indias les gustan los blancos porque los indios nada más mete y saca; mientras que los blancos mete, mueve y saca, mete, mueve y saca”, dice exhibiendo su gesto de duende feliz mientras permanece sentado en la popa de la lancha. Con una mano de canto va indicándole al motorista la dirección que debe tomar. “A las indias hay que enseñarles todo, y ellas están dispuestas a aprender, se nota que quisieran *amar* –me guiña un ojo para matizar el verbo–, pero no saben. Uno les pone la cabecita en el sitio pertinente y ellas, listo, aprenden de inmediato a *amar*, es como una sabiduría prenatal que tienen las mujeres, todas las mujeres”, dice Chirri con aires de maestro de amores. “Los indios son bruscos, los blancos civilizados tienen un poquito más de delicadeza en el tradicional mete-y-saca. Y eso les gusta a las mujeres indígenas. Les gusta a todas las mujeres.”

Boca del Amacayacu. Almuerzo 3 mil, comida 6 mil, desayuno 300 (un dólar, dos dólares, cincuenta centavos de dólar). Es el turismo más barato del mundo. Centro de documentación de Amacayacu. Los primeros misioneros que llegaron a la zona se metieron por este río. Se les volcó una canoa llena de hamacas. De ahí el nombre: Amacayacu. La extensión que tiene el Parque Amacayacu es de 293 500 hectáreas, casi todo el Trapecio Amazónico, una especie de cola de pato del territorio colombiano que sirve de límite con Brasil, Perú y Venezuela. Por el fondo de la cola de pato pasa el río Amazonas.

En al Amacayacu, dice Chirri, todas las mujeres exhiben las tetas. En la comunidad de Macedonia todas las mujeres parecen

vietnamitas. El curaca mayor, el jefe, ayuda a controlar. Todo está cubierto por bosque primario. Los indígenas cazan para vivir. Dantas, guangana, marrano de monte, chigüiros. La guara se come la yuca. El borugo, el armadillo, micos grandes y micos nocturnos, todos se comen. De la yuca preparan la fariña.

San Martín Amacayacu. Es un parque natural que los turistas recorren caminando sobre plataformas de madera levantadas a tres o cuatro metros de altura sobre las quebradas. Cuando crece el Amazonas inunda toda la zona. El ingreso al parque cuesta 6 mil pesos. Cada recorrido tiene una tarifa asignada. En la quebrada de Matá-Matá se hace canotaje. Los caimanes se ven en días de luna. No salen sino cuando la noche es oscura. Victorias regias o lotos gigantes. En el lago Matá-Matá hay muchas pirañas. En el Lago Tarapoto, delfines. Los excursionistas avanzamos por lo que llaman el Sendero Interpretativo. Comunidades de Macedonia y Mocagua.

Repelente, botas pantaneras, gorras, protector solar, mucha agua, ese es el equipo necesario.

Todo es inundable. En el Amazonas hay muchos animales difíciles de observar. La picadura de la machaca no tiene cura: la única solución es tener relaciones. Relaciones con una virgen, dice la leyenda. La picadura de la hormiga tarangana produce fiebre. Esas hormigas protegen al árbol de la tarangana. La picadura de la hormiga majiña, ¡arde!

La dinámica de lo estable. Serpiente comiendo una rana. Rana comiendo insectos. No se trata de una cadena alimenticia, sino de una malla alimenticia, dice el mormón enfático. La mariposa *leninea* segrega espuma amarilla cuando uno la agarra, y esa espuma tiene un sabor horrible.

Los pechos de las indígenas son un misterio al aire, dice Chirri.

El mono churuco es un inválido de peluche.

Pájaro bobo, pico rojo, no se mueve, no huye cuando el hombre se le acerca.

Mientras recorremos la Amazonia hemos tenido que soportar tres días seguidos de lluvia. No se puede tener la ropa seca ni un minuto: el sudor, la humedad y la lluvia lo empapan todo. Uno pasa las doce o catorce horas de vigilia mojado.

Hacemos canotaje en el río Matá-Matá y naufragamos. La negada para el mundo, Yolanda, la que despertó en el perro una pasión sin límite, perdió una bota de hule en el fondo del curso de agua. Nuestra canoa flota panza arriba y no sabemos qué hacer. Estamos aferrados al casco. Se acerca un indígena tikuna en su piragua, voltea nuestra canoa y logra sacarle el agua en un par de minutos. Lo hace balanceando la canoa a lado y lado, de modo que la fuerza de la inercia vaya tirando el agua de nuevo al río.

Hacemos una competencia de tres canoas y hay un empate entre la de Chirri y la mía. Yo remo junto con Yolanda, que lleva la dirección, y ella, en lugar de avanzar en línea recta, se dedica a ir de una orilla a otra, mirando todo detenidamente. He ahí la diferencia: yo quería llegar a la meta y ganarle la competencia al Chirri. Mi compañera quería ir de un lado a otro, con pausa, con deleite, mirando las orillas. De nuevo debo reconocer la superioridad de la mujer, su formación de ser hecho exclusivamente para la contemplación, primera etapa del auténtico erotismo, del verdadero gozo de la vida.

Yolanda, enorme capacidad de dramatización, mientras caminamos por la selva va describiendo lo que vemos y lo que hacemos como si fuera la narradora de una epopeya selvática sin parangón en la historia de la humanidad. Comemos gallina silvestre, carne durísima, atlética. Una de las canoas de las que hicieron el recorrido –la del mormón– estuvo a punto de ser arrastrada hasta el Amazonas y aquello hubiera sido irremediable. El gran río habría tomado a la diminuta canoa, arrastrándola en el cuenco de su mano quizás miles de kilómetros, si antes no sucedía que naufragara al golpear contra un tronco. Eso les sucedió a Orellana, fray Gaspar de Carvajal y su grupo de desorientados descubridores del Amazonas. Los tomó el río de la mano y los llevó al otro lado del continente. Comenzaron en lo que es hoy Ecuador, donde se unen las

aguas del río Misahualli con las del Napo, recorrieron montados en aquella fiera serpiente de agua toda la Amazonia y, después de incontables encuentros con indígenas de varias etnias, terminaron saliendo por las bocas del Amazonas en Brasil, al otro lado del continente, 6 mil kilómetros más allá de su punto de partida. En ese trayecto vivieron los más grandes esplendores y sufrieron las miserias más espeluznantes. Ellos mismos cortaron los árboles, construyeron sus bergantines, forjaron sus clavos, convirtieron sus barcos en máquinas de guerra para afrontar tormentas de flechas. Fueron recibidos en algunos lugares como dioses y en otros como demonios. La mayoría murió en el trayecto. Quedó el testimonio de fray Gaspar.

Los indígenas se pasan la vida en el agua, son acuáticos, los niños saludan a los excursionistas desde los árboles. La lancha avanza velozmente rompiendo la placidez de unas aguas que parecen absolutamente inmóviles. Los ríos no están contaminados, dice Chirri. Las aguas son oscuras pero no sucias. Son oscuras por la cantidad de material orgánico que acarrearán desde las estribaciones de las montañas, de donde provienen.

La esposa del profesor de la Nacional —designado mi fotógrafo oficial: no traje cámara, él se comprometió a enviarme las fotos por correo— se recuesta en el hombro de su marido y se duerme. Fabio nos mira mirarlo, y aclara con sonrisa de tímido: “Todos los días, a la misma hora, esté donde esté, pone su cabeza sobre mi hombro y se duerme quince minutos”. Los dos son profesores de idiomas en la Universidad Nacional y han desarrollado una especie de simbiosis perfecta: dos seres retraídos que le hacen frente al mundo gracias a la complicidad y quizás al amor.

A orilla y orilla del río está la selva densa, un tejido casi compacto.

A la mayor parte de los viajeros el aspecto de un bosque pluvial tropical les parece sorprendentemente monótono, sobre todo bajo la luz pareja del mediodía. Un botánico con experiencia distingue de inmediato las formas básicas de desarrollo de las plantas, el follaje de una liana de las hojas del árbol por el que trepa, las flores de un epífita de los capullos de su huésped.

También distinguen los botánicos otro nivel de complejidad y reconocen familias y géneros, categorías taxonómicas, cuya estructura revela relaciones evolutivas de gran significación y verdad. Pero hasta los botánicos más avezados se sienten humillados ante la pasmosa diversidad de la selva amazónica. Enfrentados a lo desconocido, recogen especímenes y hacen lo que pueden por identificar las plantas y afiliarlas a familias o géneros. Sin embargo, sólo después, en la comodidad de los herbarios y siempre con la ayuda de un colega especializado en el particular grupo de plantas, pueden deducir la especie y lograr su completa identificación. En otras palabras, el botánico que trabaja en el Amazonas debe estar consciente de su propia ignorancia. Cuando mira la selva, su mirada se posa primero en lo conocido y después busca lo que no conoce. No así Schultes, que poseía lo que los científicos llaman ojo taxonómico, una capacidad innata para detectar las variaciones de una ojeada, dice Wade Davies.

El parque Amacayacu es uno de los parques más hermosos de Colombia. El río es un espejo de los árboles y del cielo, los duplica con fidelidad milimétrica, sin turbación alguna. Una belleza espléndida, inigualable. Vueltas y vueltas da el río, formando meandros, enroscándose entre los árboles, buscando perezosamente el cauce más cómodo. Árboles de cincuenta metros de altura, lianas. Chirri al frente como mascarón de proa. Con la palma de su mano derecha colocada frente a sus ojos va indicando la dirección que debe seguir el motorista. El hombre de rojo mantiene la mano en la barra de la dirección, tan inexpresivo, tan sólido y aparentemente invulnerable, puede pasar horas bajo el sol y la lluvia, el mono de mecánico abierto mostrando un pecho lampiño, el rostro inmutable, como de granito cortado, tan silencioso, tan circunspecto, que parece formar parte de la lancha. Ni siquiera cuando los excursionistas bajan, él se mueve de su puesto.

Sólo una gran desventura puede cerrar de tal manera a un hombre, supongo. Le ofrezco un cigarrillo y veo brillo de afecto en sus ojos. Casi me sorprende saber que puede apartar sus manos de los mandos de la lancha.

Chirri conoce a todo el mundo, lanza su saludo amazónico a la selva en pleno y desde confines remotos resuenan los ecos y sus respuestas. Nos topamos con pescadores solitarios que bogan en su canoa de un solo tronco. Navegan con su remo, en medio del

río, en la inmensidad de la selva, quizás a cientos de kilómetros de su casa. Chirri es amigo de todos ellos. Cuando ve a algunos atribulados por la distancia y el sol, quiere remolcarlos con su lancha de motor.

Los indígenas de algunas comunidades están organizados para conservar la naturaleza, dice Chirri, y ellos llevan a los visitantes a hacer grandes recorridos. Cobran el ingreso a sus poblados, ofrecen desayuno, comida, artesanías, en ocasiones conferencias sobre sus antepasados. En algunos lugares hay hospedajes para visitantes.

Un nuevo fruto: ¡el copo azul!

El viaje culmina con una especie de nostalgia avanzada por lo que he ganado y perdido en sólo cuatro días, aves desconocidas y frutos inéditos, las indígenas tan bellas, tan maravillosas y dignas que me han enamorado fulminantemente (dirá mi mujer que todo me deslumbra, como si fuera un niño, un tonto de rancho, un inocente), la indígena adolescente que estaba lavando en el río, las tres o cuatro que conocí en las comunidades tikunas, tan brillantes en la conversación, tan seguras de sí mismas y, sin embargo, tan atrapadas por el entorno como moscas en la miel, estarían dispuestas a casarse conmigo sin importar la diferencia de edades o lo que les podría ofrecer el azar con un desconocido. A una le bastó que yo me quitara los lentes para que abriera su corazón, otra puso objeción por mi barba, otra me dijo “Buenos días, señor pene” y se echó a reír limpiamente, otra me dijo que yo era malo porque hablaba puras imaginaciones y la ilusionaba.

—¿Cómo se gana uno a una mujer? —le pregunté a un líder de la comunidad tikuna.

—Te voy a contar una historia. Un padre de familia tenía una hija casadera que ambicionaban varios hombres. El suegro les dijo vayan a cortar un árbol grande y así voy a saber quién puede ser esposo de la hija de mi esposa. Uno se durmió bajo una ceiba, el otro cortó a medias el árbol y el otro lo tumbó. ¿Quién crees que se ganó a la hija?

—El que se durmió, por respetar a la naturaleza y obedecer a sus sueños —le dije.

El hombre sonrió. Pero no dio respuesta alguna. Era, sin duda, un maestro de la fábula. Su respuesta, si me la hubiera dado, habría sido la más inesperada.

La relación es amorosa en la comunidad de San Martín. El pueblo en pleno salió a decirnos adiós. Escena inolvidable. Allí quedó Johana, de quien no quise despedirme. De regreso a Puerto Nariño con el río reflejando el cielo, duplicando el universo visible y con los árboles formando un muro que a la distancia parecía sólido, en una escena inolvidable, iba yo sufriendo ausencias, nostalgias por lo no sucedido. Sí, había estado en el paraíso y me hallaba a punto de salir. ¿Podré regresar?

Volví a perder mi billetera, y esta es la segunda ocasión, y a recuperarla. ¿Quién soy? Un hombre maduro, un galán cenital, de ilusiones disparatadas y sin sentido de las proporciones. Eso soy. Un hombre que pierde su billetera y sus llaves tres veces al día, tiene cuatro operaciones menores en el cuerpo y que orina cuarenta y cinco veces al día. Un escritor que ha soñado con la gloria sin verdaderamente conocerla. Y sin embargo, lo que son las cosas: un hombre que se considera a sí mismo un adolescente, que corre 5 mil metros en 22 minutos y que afirma morirá cuando cumpla 150 años de vida. Risa le da a mi mujer tanta fanfarronería: “Queridito, ¿cuántas veces le tiras al pájaro en la semana y cuantos pájaros cazas?” Tiene razón. Mis disculpas son válidas, no suficientes. Sólo en la imaginación conservas tu ímpetu juvenil. “Anda, muñeco, a buscar aventuras, a ver si no te quedas en una de éstas. Ve a tus aventurillas de Sandokan y deja huérfanos a tus hijos.”

Anoche tuve un sueño espantoso: vestía traje y corbata y tenía que atravesar de un salto una especie de pequeño pozo de aguas contaminadas. Tomé impulso y caí acostado sin llegar a la otra orilla. Mis pies se hundieron en el barro, mis manos se aferraban al cieno resbaloso. Todo esfuerzo era inútil, comencé a hundirme. El traje, la corbata, los zapatos me estorbaban. El barro me llegaba a la cintura, al pecho, al cuello. Comencé a gritar aunque sabía que era inútil. Estaba en medio de la selva, lejos de toda persona. No había duda. Iba a morir de la peor manera. Iba a tragar una ma-

tería fangosa, de colores azulados, rojos, solferinos, la materia más asquerosa del mundo, materia orgánica descompuesta, una torta de espantosas sustancias químicas. En el instante en que mi boca se hundía en el barro cerré los ojos y pensé en un agua clara, tan transparente que parecía invisible. Entonces desperté.

Si hubiera estado en casa me habría aferrado al cuerpo durmiente de mi esposa y habría olido su perfume fresco.

“No estoy enamorado de ti sino de tu olor”, le dije en una ocasión.

El sueño es obvio pero me rehúso a interpretarlo. Hay cosas turbias en mi vida. Cosas que no revelo sino en mis cuentos. Mi esposa no logra entender la imperiosa necesidad de comercio con el mal. Lo que ella llama el mal. Para ella todo debe ser diáfano, lógico, ordenado. No deja lugar a los sueños.

Diez

Desde el principio del viaje me intrigó la imperturbable, la petrificada serenidad del motorista. Bajo el sol más feroz que se pueda imaginar o con la lluvia anegando del todo su paisaje, permanecía con los ojos fijos en la popa. Totalmente inexpresivo, tenía unas facciones agradables, fuertes, muy bien labradas por el tiempo y tal vez por las penas. Un rostro de emperador romano en decadencia. Apenas si emitía palabra. Parecía haber reducido su vida en una especie de limitación en la que el cumplimiento de su deber lo era todo: estar al servicio de los demás sin esperar nada. Acaso queriendo romper su distancia o por simple camaradería con quien parecía estar muy lejos de todas las vanidades del mundo, compartí cigarrillos con él una y otra vez. Sólo yo le he puesto atención, todos los demás excursionistas lo ignoran, a excepción de Yolanda, la enamorada del perro, que lo mira con ambición de mujer y le dice frases ambiguas, que él parece entender perfectamente: sonrío en una especie de comprensiva y ausente complicidad.

El hombre habló a solas conmigo. Hizo la apertura de su corazón, la confesión que a nadie le ha hecho, dice. (“¿Qué dice tu corazón?”, preguntan los indígenas tzotziles de los Altos de Chiapas cuando se encuentran en el camino.)

—Yo era de la mafia, hermano, traía coca de Perú y tenía millones de dólares. Maletas de dólares, armarios llenos de dólares. Mi sueño era llevar a mis padres a conocer toda Colombia —fumaba con intensidad, como si el humo le ayudara a apurar el trago del recuerdo—. Ese era mi sueño. Y amigo, ¡me agarró el ejército! Me interrogaron. Estuve quince días en la cárcel, me sacaron todas las uñas y todos los dientes —extrae su dentadura para demostrarlo— y me dije “nunca más, nunca más”. Pagué, óigalo bien, mi jefe, ciento cincuenta millones de dólares y salí. Hice grandes amigos en el ejército. Yo me quedé en la cárcel como rehén y otro amigo fue a un banco de Perú por los ciento cincuenta millones. Estuve casado con una indígena tikuna. Y la amaba. Ella era suave, preciosa, del color del agua de Amazonas cuando atardece en llamas. Me apretaba la pinga y el cuerpo como ninguna y la amé como loco. Estar abrazado a su cuerpo era para mí como estar protegido por una legión de ángeles. La ambición me perdió, capitán. Comencé a viajar mucho. A vivir a lo grande, mujeres en Iquitos, en Benjamín Constant, en Leticia, mujeres pomposas, rumberas, cantantes, putas de a millón. Mi tikuna encontró un hombre, un brasileño de Tabatinga, que supo dormir todas las noches con ella y se acabó. Montaron rancho en Villavicencio y adiós. Hermano, la mujer indígena es una hacienda con río caudaloso y buena tierra, y si uno la deja sola, es ocupada por otro. Si uno tiene una hacienda, debe cuidarla, ¿no? Si la deja por ahí, pasa otro y se la lleva. Es la ley de la vida, coronel. ¿O no?

Pensé en mi mujer. En los largos periodos que paso lejos de ella. ¿Qué tan diferente era el caso del motorista y su tikuna, de mi mujer y yo?

—Hermano, lo tuve todo y todo lo perdí. Lo único que me sostiene es la selva, el agua de estos caños del Amazonas, y saber que la vida tiene sus vueltas y que lo mejor es esperar. Pero ya di-

nero fácil, nunca más. Mujer fácil, tampoco. Las cosas bien hechas. Esa es mi regla de vida.

En estas vacaciones encarné a los personajes que he creído o soñado ser: el Tarzán añoso que nada interminablemente en aguas desconocidas —las pirañas son escasas y sólo atacan cuando hay sangre; los cocodrilos se esconden lejos de la voracidad de los hombres, esas alimañas—. Encarné al imaginario seductor de doncellas núbiles, al que las enamora y se va. Al que se mete al ruedo a torear a manos limpias, con camisa roja, y se pasea ante los cuernos, mientras la vaca mira con asombro semejante osadía (salí revolcado como por una locomotora y recibí un golpe en un ojo, que si llega a ser un poco más abajo me deja tuerto. Pido disculpas: olvidé contar esta nimia aventura de atolondrado). Encarné al políglota asombroso, al desentrañador de misterios femeninos, al caballero en ocasiones, al amante que comienza a guardar sus armas en astillero —reconozco que toda guerra verdaderamente digna de tal nombre quedó en el pasado—. Me soñé redentor de indígenas jóvenes que mira con apetito más que evidente los pechos tiernos de las chicas. Encarné al utopista, al soñador de paraísos (tener un helicóptero y vivir tan hundido en la espesura de la Amazonia que nadie llegue a tocar a mi puerta). Fui el tragaldabas salvaje que utiliza las manos para comer mientras los demás comen con los cubiertos, como quienes realizan operaciones quirúrgicas. Fui el divo que contrata a un fotógrafo para que eternice sus momentos de magnificencia. Fui sobre todo el hombre en el tramo final de su vida que ya siente nostalgia del presente, pensando que estos momentos vividos en el Amazonas quizá no se vuelvan a repetir.

La última noche fui a beber con Chirri y el motorista, al único sitio donde había luz en Puerto Nariño. Allí estaba Estela, restaurantera y amante del curaca, jefe político de la etnia tikuna. Intenso cariño sentí por ellos, como el que sentí hace ya tanto tiempo por esos cubanos prisioneros de la idea que les impusieron del mundo.

¿Agua clara? El concepto de agua clara no tiene referente alguno en el Amazonas. Los ríos más limpios son los de aguas negras,

que reflejan nítidamente el entorno. Estos son los que serpentean lentamente, casi inmóviles, entre la espesura monolítica de la selva, esa planicie hirsuta y sin fin, que guarda los últimos misterios de la tierra. Otros ríos, más veloces, llevan sedimentos vegetales, arrastran vida en abundancia y son los de color chocolate. Los indígenas conviven con esos ríos de manera natural, se lanzan entre el barro, pasan horas enteras allí.

Once

Estoy regresando a Leticia en el Rápido Amazonas –mis últimas horas han estado lanceadas por la angustia: extravié por tercera vez mi billetera con los documentos, el dinero que me resta y la cédula de ciudadanía... en Colombia uno no es nada sin la cédula... No puede subir en un autobús, menos en un avión. Si pierdo mi cédula tendré que arraigarme en el sitio donde la perdí, reportar la pérdida y esperar una reposición... es decir, perder mi viaje a Leticia, mi conexión en avión, mi regreso a México, a mi casa, a mi trabajo, a mi rutina.

Sudoroso, con un sudor gélido y un olorapestoso, jadeante, el cuerpo en un solo temblor, corrí como un poseso para arriba y para abajo por Puerto Nariño, visité todos los lugares en los que había estado en las últimas horas. Se aproximaba el Rápido Amazonas, el único que saldría por la mañana, el que me permitiría tomar el vuelo de Leticia a Bogotá, para llegar a tiempo a tomar el avión de Bogotá a México, y el autobús de México a Xalapa. Si no hubiera encontrado mi billetera a tiempo habría perdido no sólo mucho dinero sino tiempo, y hasta mi trabajo. Afortunadamente apareció un niño indígena corriendo. ¿Usted perdió una billetera? Todo Puerto Nariño se había enterado del asunto. Todo Puerto Nariño había buscado la billetera. Todo Puerto Nariño se resumía en esa criatura que me miraba sonriente con las cejas arqueadas mientras sostenía mi billetera en una mano.

El Rápido Amazonas es una lancha con motor fuera de borda que lleva a treinta o cuarenta personas apretujadas y felices, el agua salpica a todos. Yo me senté al lado de la ventanilla y con mis ma-

nos podía tocar el agua rauda que se levantaba a lado y lado. El Rápido iba por la orilla, compitiendo con los troncos que bajaban de los mil afluentes flotando, encimándose, corriendo montaña abajo desde las estribaciones de los Andes. La lancha paraba, recogía pasajeros, reemprendía el viaje. Sobre el techo plátanos, láminas de zinc, yuca, cochinos, gallinas y, al frente, en lo alto, una bandera colombiana ondeando.

Llego a tiempo y con mi billetera firmemente asida, a Leticia. Estoy casi sin un peso, pero entero, contento, orgulloso de mi eficiente transporte amazónico. Todo el trayecto estuve hablando con una indígena tikuna que es maestra de escuela. Tacones altos, minifalda, libros apretados contra el pecho, cabello lacio, negrísimo. El tipo de cabello perfecto de las indígenas amazónicas, lustroso, como el aceite, pesado, bamboleante. ¡La suavidad de la piel! El pelo tan sedoso, tan intensamente negro, teñido con huito, fruto que segrega una tinta que se usa para pintarse el cuerpo cuando se hacen los ritos. Mi amiga me dice que los tatuajes de huito duran una semana.

Un pez que se mete por todos los orificios del cuerpo. Eso es cuando uno ya está ahogado, dice Ruby Elsy Coello, la maestra que es mi compañera de asiento en el Rápido Amazonas. Se comen los cadáveres de dentro para afuera, se comen a los ahogados, son los buitres de los ríos. Sólo dejan los huesos y las uñas.

Leyendas: delfín que enamora a las muchachas y que las deja embarazadas. Nace una criatura mitad pez. Un día viene el papá y se lleva a su hijo al río.

¿A qué se debe la suavidad de la piel de las indígenas? A que son más naturales, soportan sol, humedad, lluvia, viven más armoniosamente con la naturaleza, no consumen tóxicos, me dijo el motorista cautivado. Le pregunto a Ruby si es cierto que el amor con las indígenas es más deleitoso que con las blancas. La maestra de Puerto Nariño responde con tranquilidad que no podría decirlo. Señala su libro de texto con gran inocencia: “Aquí no dice nada del amor de las indígenas”. Pronuncia la palabra *indígenas* con un extraño dejo que hace pensar en ironía, superioridad, rencor y orgullo. Mujer inescrutable. Como todas las indígenas. Como todas las mujeres.

El 13 de enero, cansado del viaje —de Puerto Nariño a Leticia, de Leticia a la capital, de allí al Distrito Federal—, más que todo agotado por las seis o siete filas en el aeropuerto de Bogotá, revisión tras revisión: de las maletas, de los zapatos, de todo, pues el país acaba de declararle la guerra abierta a las guerrillas, decido quedarme en el Distrito Federal, para mañana llegar fresco a Xalapa. Entro en el Hotel Cadillac, vestíbulo de mármol, ochenta pesos la noche, bastante barato, asunto sospechoso. ¡Horror! El sitio más cerdo del mundo, alfombras húmedas, paredes sucias, colillas en la alfombra, colillas apagadas en la mesita de noche. En la televisión hay una película de un hombre con dos penes y de un hombre con una verga de caballo. Lo único limpio eran las sábanas. No me atreví a desnudarme. Dormí vestido. Sueños tormentosos. El DF tiene en algunos sitios una suciedad grasosa, grasienta y patinosa que pocas ciudades tienen. Una suciedad, una porquería que me recuerda la de mi pesadilla en la selva. Me hundo en la pestilencia por mi propia voluntad, por mi desidia e irresponsabilidad. El hotel Cadillac queda por el rumbo de Isabel La Católica. Más allá estaba el Hotel Virreyes. Unos pasos más y habría estado en territorio seguro, limpio. Así es mi vida: apresuramiento. Por eso, como dice mi mujer, disparo muchas veces pero en pocas ocasiones mato al pájaro. Y no lo mato porque no alcanzo a ver claramente el blanco. Soy miope. Todo lo que he visto, sentido, imaginado, me servirá para vivir con mayor intensidad la escritura final de mi novela *Agua clara en el Alto Amazonas*.

Junio 11, 2008

Nota: A lo largo de la narración he incluido textos de varios libros de los que he considerado oneroso citar la correspondiente nota a pie de página. La idea era no interrumpir el flujo de la crónica. Algunos de estos libros son: *La expedición Orinoco-Amazonas*, A. Gheerbrandt; *Balances amazónicos. Enfoques antropológicos*, Gasche, Jurg y J. M. Arroyo; *La Divina Comedia*, Dante; *El río*, Wade Davies.

Arte combinatoria

Quand je considère l'ordre mathématique qui se révèle au cœur du réel, ma raison m'oblige à dire que cet inconnu caché derrière le cosmos est au moins une intelligence hyper-mathématique, calculante, et, même si le mot n'est pas très beau, relationante, de sorte qu'elle doit être de type abstrait et spirituel.

Dieu et la science, JEAN GUITTON

Cada día se descubren más y más genes homólogos entre los gusanos y las moscas, entre las moscas y el ratón, entre el ratón y el hombre...

La tanatología darwinista, FERNANDO VALLEJO

El umbral crítico comenzó a partir del instante en que emergió lo que los hombres mismos –seres que resultaron de un viraje del programa– dieron en llamar conciencia. Antes, la Tierra había pasado por diversas etapas, concertadas por una especie de armonía natural que servía de música de fondo y sustentaba los cambios aparentemente caóticos. Islas, continentes, climas, especies, aparecían y desaparecían con la impiedad y tersura con que se aquietta el agua de un pozo tras la desaparición de la piedra.

A mí se me había ocurrido –antes de echar a andar el experimento– que el juego de fuerzas naturales, ya practicado en otro programa, no era suficiente y que si giraba con levedad el volante del plan y establecía una mínima variante, podría hacer que de la materia surgiera algo diferente, acaso superior, como efectivamente sucedió. Pasados algunos siglos en los que hice experimentos con especies relativamente exitosas, y después de haber puesto en

circulación a las dos grandes maravillas del programa, las cucarachas y los ratones, di con los monos, que parecían los más curiosos de cuantos seres hubieran salido de mi arte combinatoria. Los monos asumieron una vida menos orgánica y más cercana al juego de transmutaciones que es el pensamiento conceptual. Luego hubo un salto pasmoso. Se desencadenaron los acontecimientos: la invención de la palanca y la rueda, del poder del vapor y de la energía nuclear, la ingeniería genética y la ambiental. (Pero todo, desde el trazo del humo de una fogata en el aire calmo hasta la sombra del vuelo del águila sobre el bosque de su presa, parecía estar previsto.)

Revisando los archivos muertos encontré en el *New York Times*, quizá el periódico más influyente de fines del segundo milenio cristiano,² en una pequeña nota de tercera página del 27 de febrero de 1982, la noticia de que Fernando Vallejo Polar, una especie de caprichoso y huraño sabio universal residente en algún lugar de las vastas planicies del sur de Chile, había descubierto que la capa atmosférica que cubría la tierra presentaba una coloración diferente en un lugar localizado sobre la Antártida. El mismo Fernando Vallejo (autor de *La Teratología Darwinista*, libro que convulsionó la ciencia de fines del segundo milenio, inventor de la puica, mecanismo de adaptación de personalidad y descubridor del peligroso Pisasolinonox, “píldora de satisfacción solitaria no nociva”) aventuró la hipótesis de que la coloración estaba vinculada con el hecho de que la capa de ozono que protege a la Tierra había sido rota y que el orificio había ido creciendo, desde su descubrimiento —que en realidad fue hecho en 1956, antes de que se usaran los satélites para fotografiarlo desde arriba— hasta alcanzar las proporciones de entonces.

El 12 de julio de 1990 el mismo Vallejo advirtió que la coloración se había extendido radialmente, cubriendo toda la Antártida, la Patagonia argentina y el sur de Chile. Gracias al empecina-

¹ Usaré medidas cronológicas propias del planeta que estudio, basadas en la aparición de un hombre de características especiales, cuyo nombre es Jesús de Nazareth, quien fuera centro de una mitología que se concentra en la Biblia, libro del que me ocuparé posteriormente en este informe.

miento de Vallejo y a la ayuda financiera de Gillette Corporation –por entonces ya comenzaba el proceso que englobaría a todas las empresas del mundo en tres: Coca Cola, Microsoft y Gillette– se logró organizar un congreso que reunió a la élite de los científicos atmosféricos del mundo, así como a una decena de premios nobel en los campos de la física y la química y a los genios de la inteligencia artificial y la astronomía. Las sesiones del congreso fueron a puerta cerrada. Trascendió, sin embargo, que hubo discusiones menos que sosegadas e incluso violentas, pero nunca se supieron detalles sobre la reunión. Las conclusiones hechas públicas fueron tranquilizantes: el mundo no debía tener motivo de inquietud: la nueva coloración del cielo correspondía a un periodo astronómico natural de la evolución de la Tierra, en el cual las partículas y las gotas de agua a las cuales se atribuía el tono celeste, se irían tiñendo de un color rojizo, que tarde o temprano cubriría todo el planeta. De todos modos el cambio de coloración sería tan gradual y las consecuencias sobre los organismos tan leves, que casi nadie lo notaría.

Gillette Corporation desplegó a lo largo del globo la consoladora noticia de que no había peligro, mostrando el cuerpo espléndido de la Marduka, modelo consentida del mundo, bañada por una luz solferina, que más que paz inspiraba inquietudes sin fin.

Vallejo, tras regresar a Arica, se lanzó en contra de lo que llamó una falacia comercial, tras la cual se ocultaba el mismo Lester Gillette, que había hecho su fortuna, según el mismo Vallejo, a costa del deterioro atmosférico global, primero con los clorofluorcarburos y luego con sus sustitutos, los benzoclonatos.

Según Vallejo el asunto era más grave. La nueva coloración obedecía a cambios a nivel nanomolecular: las partículas atómicas y subatómicas ya no se hallaban separadas por el vacío natural, sino por miles de millones de miles de millones de partículas de existencia fugaz. En otras palabras, el espacio antes vacío (antes relativamente vacío) ahora estaba saturado o a punto de saturación. Las consecuencias de que se llegara a la saturación absoluta serían imprevisibles. En todo caso no se podía esperar nada bueno de seme-

jante sobrecarga de materia y ausencia de espacio libre. Vallejo lo explicó de manera elemental y aterradorante:

Imaginen que en una isla de un kilómetro cuadrado se instalen todos los habitantes de la Ciudad de México, los 20 o 30 millones de especímenes humanos. Traten de representar la guerra por sobrevivir que cada una de esas personas tendrá que librar. Ahora piensen que eso, exactamente eso, es lo que está sucediendo a nivel de los espacios nanomoleculares: lo que antes era una armoniosa danza de partículas que se desplazaban a ritmo de la música incomprensible y sin embargo pasmosamente ordenada, ahora es una batalla por encontrar lugar.

Fueran ciertas o falsas las apreciaciones de Vallejo, la verdad, más que evidente, estaba en los datos escalofriantes que comenzaron a alimentar las computadoras —las elementales computadoras de esa rústica civilización— y las páginas de los diarios: expedicionarios en la Antártida, que se expusieron al sol durante varios días, desarrollaron una especie de proceso degenerativo de la piel que ya no fue posible detener. Sólo lograron sobrevivir en hábitats especiales, equipados como grandes cámaras de oxígeno, iluminadas por rayos gama. En esos sórdidos aposentos vivieron los afectados, sin que hubiera esperanza alguna de que pudieran salir, a menos que lo hicieran enfundados en trajes con escafandras, aislados del cuerpo y del entorno natural al alto vacío.

Esa fue la primera noticia que alertó al mundo sobre los peligros de la nueva coloración del cielo. Pronto aparecieron los apocalípticos que quisieron ver sangre en el firmamento y un anuncio, más que obvio, de que los días del hombre sobre la Tierra estaban contados. (Pero todo parecía estar previsto, hasta la dirección del vuelo de una nube de moscas en la selva amazónica.) Un libro llamado la Biblia, que había sido leído con devoción por generaciones, fue la fuente de inspiración de los apocalípticos.

El color del cielo era la primera de una serie de señales, mediante las cuales se anunciaba que el ensayo 10^{25} había comenzado su periodo de clausura. Pero todavía faltaban varias centurias para que se apagara el programa y se iniciara el proceso 10^{26} del arte combinatoria.

La noticia de los expedicionarios polares afectados fue desestimada por muchos, considerando que se trataba más bien de una enfermedad vulgar, de esas que llegan, escandalizan y se van, como sucedió con el escorbuto en los tiempos de la conquista de América y con el sida en la época contemporánea al desarrollo de los primeros avances de la ciencias virtuales. Se bautizó a la enfermedad degenerativa de la piel como chagas motzorongo, en honor del primer expedicionario afectado. Luego se abandonó el asunto al capricho de los científicos y al abrigo de las páginas interiores de los diarios.

El chagas motzorongo fue la primera de una cadena de nuevas enfermedades que comenzaron a afectar a los habitantes que vivían bajo el cielo rojo. La sangre, modificada por el nuevo tipo de oxígeno que se respiraba, comenzó a cambiar de coloración, tendiendo al café y luego al azul oscuro, lo que algunos optimistas calificaron de maravilloso mecanismo de adaptación. Pronto aparecería, dijeron, una nueva raza, que desplazaría a la de sangre roja, ya obsoleta y debilitada por los siglos de abusos terapéuticos. Esta nueva raza sería más resistente y podría adaptarse con naturalidad a las condiciones emergentes. De hecho comenzó a crecer una tendencia optimista, según la cual el planeta en su conjunto, a nivel macro y microcósmico, tendría sistemas de equilibrio. Según los optimistas no importaba cuánta depredación causaran el hombre o los desastres naturales, siempre se iba a regresar, tarde o temprano, a formas originales, que restablecerían la naturaleza a su estado primitivo. Para apoyar esta tesis, el Partido de la Renovación de Brasil, entre el 2300 y el 2320 intentó repoblar con fauna y flora clonados y con materiales genéticos sujetos a programaciones de varianza controlada, lo que había sido la antigua Amazonia. El resultado fue que se alteraron los ciclos vitales de todas las criaturas, así como los regímenes de lluvias y el clima, con lo que se terminó de convertir lo poco que quedaba de vegetación en un yermo apenas cubierto por cícadofitas y habitado por las inmortales ratas de campo.

Los habitantes del hemisferio norte leían las noticias sobre la coloración del cielo, las nuevas enfermedades y la desertificación de

toda África y parte de Sudamérica, con cierto escepticismo y con algo del ánimo con que veían las películas ambientadas en regiones exóticas. Desde las universidades de Alaska y Nueva Inglaterra se seguían financiando estudios, no muy serios, sobre el asunto.

El doctor Vallejo comenzó a ser personaje mundial, hazmerreír para unos, profeta para otros, vestido en una especie de traje espacial, bajo un paraguas integrado a su nuca, que le servía de barrera contra el sol asesino de Arica. Hubo todo tipo de productos que proliferaron bajo el nombre del científico, sin que éste se ocupara del deterioro de su imagen.

La alarma cundió verdaderamente en Norteamérica cuando en pleno Calgary, apenas a unos kilómetros de la frontera con Estados Unidos, apareció el primer afectado por la chagas motzorongo. Entonces toda Norteamérica miró el cielo y vio la sangre que comenzaba a gotear. Pronto se supo: el agujero de la Antártida era 100 km² menor que el del Ártico, que cubría todo el Mar del Norte, la mitad superior de Canadá y las desoladas e interminables islas que conforman el norte de Asia y el Estrecho de Bering. Si todavía no había habido en el hemisferio norte consecuencias similares a las de la Antártida era porque la capa se había adelgazado, pero por alguna azarosa razón no terminó por romperse sino una semana antes del mismo día en que apareció el primer chagas norteamericano.

Entonces comenzó el alud de noticias, que fueron concateándose para llevar a la conclusión de que el mal, a escala terrestre, era irreversible. Entre el año 1995 y el 2100 –Vallejo falleció de un chagas benigno en el 2120, tras cumplir 101 años de edad, y de él sólo quedó su nombre en varias naves espaciales, universidades y bibliotecas y el apelativo de Padre del Apocalipsis– el agujero de la capa de ozono se extendió a casi toda la Tierra y el cielo asumió un color café oscuro, que reverberaba constantemente, en especial a medio día, causando el efecto de una incandescencia que privaba de la vista a cualquier persona que se expusiera sin protección. Se extendió el uso de gafas de radiocarbonato en cristal láser, así como de trajes especiales que cubrían todo el cuerpo

con un material hecho de asbesto texturizado. La enfermedad del chagas aumentó a una tasa de 0.05 % diario durante varias décadas y la ceguera atmosférica dejó sin vista a ciudades enteras. Había zonas privilegiadas en las que la Tierra seguía prácticamente intacta y ello alimentaba el viejo mito de los pueblos elegidos, que dio origen a varias deidades, todas fugaces, como las partículas del fingido vacío.

Y sin embargo, tal como se presentaban los acontecimientos, nadie podía estar seguro. Ya en 1997 se había hallado que el Círculo Polar Antártico estaba rodeado por una fosa de 800 metros de profundidad, que hacía veinte años no existía. Para el 2155 se acabaron de derretir los hielos del Ártico y el Antártico y desaparecieron todas las ciudades costeras. Luego las que se hallaban en altitudes medias. (Pero todo parecía estar previsto, hasta una mirada de soslayo que desencadenó una guerra balcánica que eliminó sumariamente a diez ciudades y sus alrededores, dejando un lunar calcinado en el que no volvería a crecer la hierba durante trescientos años.)

Se salvaron las ciudades erigidas en las alturas: Bogotá, La Paz, Banff, Gran Can, situada en los Himalayas. La corteza terrestre que sobreaguó estuvo sometida a lluvias torrenciales que duraban meses. Había tal humedad en el ambiente que hubo lugares en los que los habitantes respiraban iguales porcentajes de agua y de oxígeno.

Todo esto no impidió que la ciencia siguiera desarrollándose, particularmente en un centro refundacional, creado en torno a Bogotá. Allí, financiados por el mundo entero, vivían hacia el año 2040 un grupo de científicos cuya misión exclusiva era investigar la forma de frenar la evolución degenerativa de la Tierra e intentar regresarla a los tiempos en que había suelos labrantíos, sol agradable, ciudades habitables, cultura y bienestar. Uno tras otro, año tras año, se presentaron planes para salvar el planeta. El doctor Klingman, de la Academia de Ubekistan, en el 2048 sugirió que se proyectara, por medio de ondas virtuales, una pantalla que sirviera de paraguas contra el sol mortal. Según él, los hombres

podrían aprender a respirar el nuevo aire, siempre que estuvieran protegidos de la radiación. El doctor Arrom Mann, de la Cuba Continental, en el 2050, fue mucho más allá y ofreció un proyecto francamente alocado: sacar a la Tierra de su órbita y ponerla en lugar de un satélite de Venus, que sería previamente desintegrado. En dicho satélite, llamado Cornejo I, los astronautas filipinos habían hallado agua y una especie de oxígeno primitivo que al principio se respiraba con dificultad, pero que luego de un proceso de adaptación resultaba excelente. La dificultad radicaba en que la Tierra tenía que seguir rotando durante el traslado y ello requeriría más combustible del que generaban todas las plantas atómicas existentes.

Ni estos planes ni otros seis mil que constan en las Actas de Bogotá fueron aplicados, no porque se tratara de empresas totalmente impracticables. Nada en realidad era imposible, desde que comenzó la ciencia llamada Manipulación Cósmica, que permitía que un niño, en su habitación, con una computadora personal, trasladara planetas, estrellas e incluso galaxias de un lado a otro del Universo, siempre que supiera una serie de treinta comandos, en los que se incluían caracteres de la mayor parte de las lenguas muertas. De hecho este deporte era practicado en secreto por media docena de entes, que se reunían con sus peones a modificar alegremente el Universo, respetando, eso sí, la regla básica: no estaba permitido hacer ningún movimiento de cuerpos estelares que estuvieran en el radio de 10^{50} años luz de la Tierra. Los peones tenían la peor parte, que era teclear en las computadoras, sin un solo error, los 30 comandos, en los cuales estaban incluidas 20 mil letras y caracteres del maya, arameo, latín, español, bajo sajón, uru y otras lenguas muertas.

La noticia de que algunos personajes desquiciados estaban jugando con el Universo se filtró hacia los paneles informativos en todos los hogares y el mundo entero supo que las diversiones de esos locos no eran inofensivas por una razón que podía entender un niño de tres años: si no era posible mover una hoja en un extremo del planeta, como decía aquella famosa Biblia e inclu-

so muchos científicos afirmaban, sin alterar el resto de la Tierra, menos se podía mover o hacer chocar galaxias en los confines del Universo sin que, tarde o temprano, la Tierra misma se convirtiera en una hoja sometida al viento huracanado de las explosiones estelares.

Los regentes del planeta respondieron no sin razón que el argumento tenía cierta lógica sentimental, muy comprensible, pero que aquellas galaxias estaban tan distantes, que pasarían miles de miles de millones de años, acaso el infinito entero, tal vez la Tierra moriría una y otra vez, antes de que llegaran los ecos de esas travesuras a las inmediaciones del Sistema Solar. Y en cierta forma los regentes no se equivocaban, si consideramos los limitados parámetros y el tiempo asignado a cada creación: por aquellos días se estimaba que la edad del Universo actual era de apenas 25 mil millones de años, lo que representaba una fracción insignificante comparada con el tiempo estimado para que los perjuicios que ocasionaban los juegos de azar cósmicos de los entes llegaran a los límites de la Vía Láctea.

De una u otra forma los entes fueron transferidos a una estación en la Tierra Inestable, construida en lo que en otro tiempo fuera el drenaje profundo de la Ciudad de México. Como consuelo se les dotó de ordenadores desconectados de la red mundial, con las que creyeron posible seguir alterando el Universo.

Hacia el año 2200 nuevas condiciones fueron apareciendo en la Tierra. Dos eventos favorecieron que comenzaran a desencadenarse una serie de ciclones, huracanes y tornados que desgarraron toda la costa este de los Estados Unidos, desde New Haven hasta Florida, dejando solamente la hierba, los escombros y, de nuevo, las ratas de campo: el hecho de que la superficie del mar creciera un cinco por ciento, el uso indiscriminado de los benzoclonatos y el sobrecalentamiento de la Tierra ocasionado por el abuso de los combustibles sólidos, ocasionaron grandes volúmenes de evaporación, situaciones propicias para dar nacimiento a los hipercanes o eolocatablastos. Por cada kilo de vapor de agua que se condensaba en una nube, se liberaban 540 kilocalorías. A partir del calor

generado, aumentaba la temperatura del aire en los alrededores, se provocaba inestabilidad y se apresuraba el ascenso del aire. Comenzaron los vientos, unos ascendentes y otros descendentes, se formaron los ojos de los ciclones, que aumentaron de intensidad hasta el nivel hiperblástico. Hubo vientos que alcanzaron la velocidad del sonido y fueron tan sorprendentes que nadie tuvo tiempo de darse cuenta de su aparición. Cada uno de ellos era simplemente una guillotina, que no sólo arrancaba edificios, árboles y cuanto hubiera, sino que levantaba el subsuelo, como si un genio maligno hubiera pasado un cuchillo bajo la superficie de un pastel, y luego hubiera puesto las velitas patas abajo y las entrañas del pastel patas arriba. Uno tras otro se sucedieron los eolocatablastos durante cien años, en los que el mundo se acostumbró al terror y la indiferencia ante la muerte. Romine, Axel, Doriaan, Janet, IIna, Themis, fueron los nombres de algunos de los hipercanes más célebres y devastadores. Se salvaron las tierras altas aisladas del Golfo de México, donde la ciudad de Nuevo Tenoch había comenzado a crecer. Y se salvaron por un capricho de la naturaleza: estaban protegidas por el Cañón de Campeche, que sirve como una barrera contra la cual los hipercanes golpeaban inútilmente hasta desfallecer en lívidas tormentas tropicales. (Pero todo parecía estar previsto, incluso la aparición de una segunda luna, ésta de hielo, que fue captada por la órbita terrestre y que comenzó a iluminar las noches perturbando las tinieblas naturales y el sueño a partir del 2300.)

Los hechos anteriores obligaron a gran parte de la población sobreviviente de los hemisferios norte y sur a emigrar hacia la ciudad gigantesca que comenzó a crecer a partir de la original Bogotá, y que hacia el año 2450 ya abarcaba cien kilómetros a la redonda. Casi toda la humanidad conocida se había reunido allí, formando un núcleo científico que desarrolló lo que llamaron tecnología virtual. Los seres humanos se mantenían con vida gracias a levísimas dietas de calorías reales y a altos porcentajes de pastillas de hibernación. Los alimentos se cultivaban en laboratorios y se multiplicaban gracias a una especie de clon o duplicador aritmético

basado en los principios de la fermentación. Los cuerpos de las criaturas humanas en general fueron perdiendo la movilidad y casi toda actividad fue de orden imaginario. Todas las especies animales desaparecieron a excepción del cerdo caucásico, desarrollado en Pakistán por un personaje similar a Fernando Vallejo.

Pocas noticias se conocían del norte de América, pero se conjeturaba que la ciudad de Banff, en las Rocky Mountains de Canadá, seguía en pie. Hacia el centro de América, en torno a Puebla, que seguía conservando medio millón de habitantes altamente adaptados, comenzaba la Zona de Inestabilidad Terrestre, que muy pocas personas se atrevían a visitar. En aquel territorio la tasa de terremotos superiores a los nueve puntos en la escala de Richter era de 2000 al año, mediando el tercer milenio. El resultado fue que ninguna edificación logró perdurar. En la Ciudad de México solamente permanecían ocupadas las catacumbas del drenaje profundo, que continuaban siendo usadas como lugar de confinamiento para criminales de orden cósmico.

Yo fui testigo privilegiado del proceso y creo que conozco paso a paso lo que va a suceder. (Todo *debe* estar previsto). Lo vigilé y lo seguiré vigilando segundo a segundo en mi máquina de artes combinatorias, sabiendo que todos los esfuerzos de la humanidad son inútiles, pero temiendo y sospechando que en algún rincón de la fatalidad que tan hábilmente he disfrazado de azar, puede estar agazapada la criatura que corrija mi programa desde el programa mismo. Digo “temiendo y sospechando”, pero debo agregar otro verbo: queriendo. Ya llevo en este asunto gastada la primera fracción del primer segundo de la eternidad. He inventado desde la primer alga azul verdosa hasta el más sofisticado antropoide. Una y otra vez he puesto a girar planetas y galaxias desde la explosión original hasta la implosión que deja el vacío a mi merced de Todopoderoso Señor de las Artes Combinatorias. Y ya me estoy aburriendo. Si un día logro crear todo con absoluta perfección, podré descansar. O tal vez pueda descansar si una de esas incomprendibles criaturas que he creado encuentra la forma de modificar

las leyes de la necesidad, y dominando el azar, tuerza el programa de manera definitiva. (A veces recuerdo con nostalgia a Fernando Vallejo Polar y quiero repetir este mismo programa para reproducir su existencia, pero sé que es imposible: todo permite su duplicación menos el tiempo.)

15 de abril de 1999.

Escrito en memoria de mi paso como editor de *La Ciencia y el Hombre*. Segundo premio de ciencia ficción “Bogotá, una ciudad que sueña”.

¿Qué es una mujer?

• ¿Qué es una mujer? Una auténtica mujer. No lo sé. No lo sabe nadie. Toda auténtica mujer es una suma de misterios. Guarda, sin duda, una fidelidad grande e incomprensible a un secreto. Irreductible a las seducciones, vive de pequeños sucesos que rozan su intimidad pero no la vulneran. Tiene las llaves del paraíso pero no penetra en él sino en contadas ocasiones. Se expresa por medio de símbolos impenetrables. Es como un dios que sólo se manifiesta por medio de parábolas. Es una bestia de siete cabezas que guarda memoria de todas las afrentas. El hombre es una criatura diminuta que la mira desde el fondo de sus nimias apetencias. Corre el hombre detrás de las sombras que pasan frente a su casa y la mujer lo ve alejarse. Ella permanece en el templo, cuidando el misterio.

Esposas de escritores

Generalmente las crónicas de viajes que publico son fieles, pero en lo referente al asunto mujeres, en ocasiones me dejo llevar por la fantasía, particularmente cuando conozco a tipas atractivas, interesantes o simplemente literarias (el género de las mujeres literarias está constituido por personas del bello sexo –permítaseme el *neomachismo* al que me veo obligado para no incurrir en repeticiones– que están dispuestas a hablar, a cooperar con el escritor, a fantasear, o incluso a ir más allá de lo socialmente conveniente). No olvido que en New Platz conocí a una nicaragüense, extremadamente simpática, con la que tuve una aventura imaginaria, que en el papel relaté como si fuera real, y que lo hice con tal arte, que mi esposa después de leer el texto (en un suplemento literario que soportó mis ocurrencias durante varios años) llegó a enojarse. Alguna lectora sintió insultante el relato, porque según ella yo estaba vanagloriándome de los cuernos que le ponía a mi mujer. Tampoco olvido la aventura que llamé “El poder de la distancia” en la que reproduje la noche que pasé recluido en una habitación de un hotel en Indiana, Pensylvania, hablando de amor, erotismo y lo que haríamos si nos atreviéramos, con una bella gringa de Tallahassee. Ni olvido lo que sucedió en Quebec, donde conocí a una chica a la que llamé Polly, con la que tuve largas conversaciones, que me sirvieron para escribir varios artículos y luego un relato en el que exploro el erotismo femenino.

Gracias a la computadora he llegado a una cómplice y productiva conciliación: de cada tema que me ofrece la vida saco en limpio

por lo menos tres versiones que guardo y/o publico. Una versión es la crónica periodística, que doy a las prensas generalmente en el suplemento para cubrir mi cuota semanal; la otra es un cuento o relato largo, bien desarrollado y trabajado durante meses; y la tercera es un cuento lo más sintético posible. Esto me hace pensar que la computadora me ha convertido en una especie de tablero, que agarra un tema (la res) y de él saca todo el provecho posible. Lo mismo me está sucediendo con las novelas; por lo menos llego a aceptar como definitivas dos versiones: una larga y otra corta.

El sentido de la melancolía*

El infierno es un lugar al que se puede llegar por muchas puertas. Todas están abiertas de par en par. Román entró al infierno por varias. Y en casi todas estaba una mujer. En una de ellas estaba Román mismo, con sonrisa bellaca, invitándolo a pasar. Amó a su esposa y la sigue amando, pero eso no le bastaba. Seguía con la curiosidad por el arcano que encarnaban otras mujeres, con las que intimaba bajo el pretexto de que estaba buscando temas para su literatura. Decía que su actitud estaba justificada por la de Pushkin, gran poeta de la madre Rusia y gran fornicador, que no dejó escapar intacta a ninguna de las mujeres que rozaron su órbita de agujero negro y que hizo exclamar a un necrólogo tras su muerte en un lance trágico de amores clandestinos: Se ha puesto el sol de la poesía rusa. El pecado grande de Román fue poner a la literatura por encima de la familia. En sus viajes de conferencias, mientras su esposa sostenía a pierna abierta y brazo fuerte el timón del barco del hogar, Román estaba coqueteando con la idea de la infidelidad, pero no llegó a consumarla sino trece años después del matrimonio. Y la que me llevó al despeñadero de la deslealtad conyugal ni siquiera fue una mujer digna de homenaje alguno, sino una escritorcilla de mediano talento, ligeramente regordeta, escéptica, malcriada, caprichosa y con mal aliento que conocí en un taller de la Universidad Católica de Chile. La vocación de la escritorcilla era el suicidio, pero antes de llegar a él, afirmaba, quería pecar con

*Capítulo de la novela inédita *El sentido de la melancolía*.

toda el alma, hundirse por completo en todo género de vicios y aberraciones. Se embriagó en la fiesta de clausura y me susurró al oído de viejo fauno —tendría yo por entonces cincuenta años— que quería darle un beso. Román era materia dispuesta, estaba ebrio de alcohol y vanidad satisfecha. Pocas tentaciones visitaron su existencia a lo largo de los años. No había caído en ellas quizás debido a una especie de pereza existencial, a que de alguna manera amaba a su esposa, a que se sentía satisfecho con el paseo triunfal que era su rutina de escritor famoso o casi famoso. Tal vez no caía en ellas porque ninguna tentación hasta entonces tenía el aderezo de la juventud en pleno y del descaro en su esplendor. De ahí a la cama, a la cama y a la alfombra del apartamento de la gordita no fue más que un paso. Como de costumbre disfrazó la historia en un cuento con todos sus detalles. Durante muchos años Anastasia había soportado los embustes ingenuamente o por prudencia. Pero llegó el momento en que Román le confesó su caída. Lo hizo tras desplomarse en un letargo de varios días durante los cuales estuvo tendido transversalmente en la cama bocabajo, vestido y con una mano asiendo su maletín en el que desde hacía varios días cargaba veinte o treinta ejemplares de su más reciente libro de y después de haber acariciado fugazmente la gloria al presentar exitosamente la obra en el Gran Concurso. Durante una semana estuvo a la espera del dictamen final, que terminó favoreciendo a otro libro. El mundo estaba en la palma de sus manos y se escurrió inexorable como la arena del tiempo.

Tienen una casa de tres pisos y en el tercero está el estudio de Román, con ventanales desmesurados que dan a un jardín de cecezos, ficus, buganvillas y rosas imperiales. La casa fue construida con dinero de los dos pero gracias al esfuerzo de Anastasia. Ella fue la que lidió con arquitectos, albañiles, carpinteros y magos de la jardinería, mientras Román seguía en su mundo de amor a sí mismo.

Recuerda tiempos felices, en los que ganaba con frecuencia concursos e iba a recibir con Anastasia los premios. Visitaron hoteles en Quito, Buenos Aires, el Distrito Federal, Caracas, Barce-

lona, París y se refocilaban como patos en el estanque almidonando las sábanas con deleite de principiantes, diría que francamente enamorados, si es que tal afirmación tiene algún sentido después de visitar el séptimo círculo sin Virgilio y sin Beatriz.

La vida era una fiesta no sólo en París sino en todo el mundo. Hoy se miran como enemigos. Ella tiene en mente todos los detalles de las aventuras de su esposo, pues las ha leído en sus cuentos. La fractura del matrimonio no es leve, es terrible, tal vez irremediable. El estado actual de Román ya no es el del escritor famoso, sino el del perro bajo la escalera. Está reducido a permanecer en casa por prescripción del neurólogo y el psiquiatra. Uno de sus párpados ya no acata órdenes. Su brazo izquierdo está convertido en un estropajo. Su esposa va a trabajar por las mañanas semi moribunda y él permanece en casa con una melancolía espantosa. Román con dificultad logra cocinar algo para sus hijos. Las finanzas han ido en picada durante los años de su enfermedad, los derechos de autor son cada vez más fantasmales, los gastos médicos alcanzan cifras exorbitantes. Anastasia simplemente no come. Se alimenta de té y cigarrillos, que consume interminablemente.

Leo *Carlota en Weimar* de Mann. Me llama la atención esta frase: “Un genio de poeta no puede sacar sus inspiraciones literarias exclusivamente de la vida conyugal.” Me justifica, como la actitud de Pushkin ante las mujeres. ¿Permitirá Dios que haya unas reglas para la gente convencional y otras reglas para los genios? ¿Estarán Cervantes, Goethe, Miguel Ángel, Beethoven, Paganini, en el infierno?

Aportación para el Decálogo del Melancólico: *Después de salir de la melancolía todo es ganancia. Quien ha visitado el puro fondo puede reírse de los tormentos de la superficie.* La utilidad del dolor. El sentido del mal. Aleluya. Román siente que tiene un fuego interior como nunca antes tuvo. El domingo fue al gimnasio y se convirtió en el francotirador infalible. Encestaba desde distancias inverosímiles y ángulos complicados. La traes derecha, dijo el Teco. ¿Será que me voy a morir, Señor? Todo me está saliendo bien. La flecha del tiempo parece estar obedeciendo a mis caprichos. Pensar que

ayer nomás escribía: *Rezo el rosario todos los días a las doce, a veces lo rezo tres veces al día. Espero en Dios, creo en Dios, quiero creer en Dios, aunque a veces pienso que hay días en que la malhadada frase “ni Dios mismo nos puede consolar” resulta enteramente aplicable a nuestra casa, la casa de Usher.*

Para agregar al decálogo del buen deprimido. *Tener una persona con quien hablar. Condición indispensable es que esta persona no achaque culpa alguna al deprimido.*

El escritor se siente en plenitud. Ya van catorce días de poder, de gozo inefable, de gratitud a Dios. Es cierto lo que escribió Dostoievski: si no existiera Dios habría que crearlo. Se despierta cantando y se duerme cantando. Uno a uno se van borrando los problemas, como si nunca hubieran existido: se esfumó el criminal, pasó la operación, pasaron los atropellamientos y las tres operaciones de Anastasia, pasó el abuso innombrable, se recuperó el carpintero atropellado, se levantó del lecho Anastasia, ya no ha vuelto a mencionar la deuda de la tarjeta de crédito, sopla un viento bendito y espanta las nubes de tormenta.

Sólo queda un cielo diáfano.

Anoche Román escapó de la oficina para ver una obra de teatro. Allí se encontró con un poético elefante marino, Francisca Helena, que según Anastasia forma parte del sindicato de corruptores de conciencias, junto con Escato y Reynaldo Montalvo. Francisca Helena lanzó sus monumentales pechos hacia delante, levó sus enaguas de gitana como quien levanta anclas del Mar de los Sargazos y vino a caer a los brazos de Román casi flotando con su estupenda cabellera rubia formando un manto de hada madrina sobre sus hombros y su espalda.

—Romancito, amor, qué milagro del cielo te trajo al mundo de los mortales —hablaba en voz alta para que la escuchara todo el mundo—. Me dijeron que te habías vuelto loco, que tenías sida, que no querías hablar con nadie sino con tu perro Enrique, que te pasabas las tardes en el parque de Los Perros con el dogo peludo y simpático lamiéndote el rostro y no querías ver a nadie, platicar con nadie, sino con tu Enrique, tu antiguo pastor inglés —aclara.

—Mira, cariño —dijo escribiendo en un papel su nombre, su dirección, su número telefónico y firmándolo con un beso de *rouge* de estrepitoso color y una sonrisa de sus intensos labios como un año recién nacido—. Ve a visitarme porque quiero saberlo todo, todito punto com, mi adoración, mi genio olímpico, cada vez estás más guapo, más fornido y monumental —se pasó la lengua por los labios más caricaturescamente que con lascivia abundante.

Se acercó la violinista epónima, más flaca que hace años, arrugada como una pasa al sol.

—¿No es *munificente* que Román Rubistein quiera honrar a la humanidad de nuevo con su presencia? —seguía parlotando Francisca Helena que ya había convocado un auditorio respetable que sin embargo fingía ocuparse de otros asuntos—. Como sabes, Linita, Román y yo somos amantes, yo soy La Otra y Anastasia es la titular, ¿cierto, corazón?

Lina protestó:

—Algo supe de la enfermedad de Román, un virus cerebral que lo tuvo al borde de la muerte y el blanco total en la memoria, en verdad no te creo que seas su amante, todo el mundo sabe que Román es el último hombre fiel que existe sobre la tierra.

Román ni refutó ni aprobó. Todo aquel espectáculo le parecía bellamente grotesco.

—Usted es el poeta Román Rubinstein, ¿no? Yo leí sus libros y me gustaron, yo escribo desde pequeña. Cuando me leían un poema, si no me gustaba, de pura rabia me ponía a escribir otro. Sabe, señor, quisiera tener oportunidad de hablar con usted, que leyera mis cosas.

—Ve a mi oficina en horas hábiles —le dijo Román secamente.

La muchacha era una criaturita que apenas estaba llegando a la adolescencia y que se hallaba sentada en el pasto al lado de la cancha del parque de Los Perros, mirando a los chicos jugar básquet y lanzando floridas imprecaciones.

—Mi edad es de catorce años —dijo. Tenía un busto digno de ser pintado por Chuvreau, un rostro de virgen y una desfachatez de pandillera—. Fui la virgen María del año pasado en el nacimien-

to viviente que puso Enrique Buenaventura en el parque de La Ermita –la nena sabía presumir su *vitae beatorum* con donaire–. Ya estoy casada desde hace tres meses y quiero ser actriz pero me gustaría escribir poemas de amor o lo otro, el sexo es lo más natural del mundo, ¿no te parece?

Román cayó en picada como un águila real sobre aquel pichón que se antojaba tan propicio: le regaló un ejemplar de *El sentido del placer*, le dijo su dirección electrónica que ella escribió con enorme trabajo con savia de pasto sobre el margen de la cancha y se despidió. Ni siquiera le preguntó su nombre. Dejó sembrada en su memoria aquella imagen perfecta de la inocencia velozmente defenestrada, de aquella pequeña delincuente que se entusiasmaba hasta el delirio con las jugadas de sus amigos y lanzaba improprios dignos de un arriero medieval.

Román Rubinstein, el escritor del cuerpo perfecto, que cree que la felicidad es todavía posible sobre este mundo devastado, no deja de agradecer al Señor todos los dones que le ha restituido. Permítaseme, Señor, gozar del mundo que has creado para mi deleite, mas no dejes que me aleje de ti, te ruego que este gusano coronado que soy conserve una reserva de humildad, un alud de misericordia e interés por mi prójimo. Señor Dios, ayúdame a alcanzar aunque sea el umbral de La Gran Humildad.

Y hoy, 18 de mayo del año x, a las dos de la tarde, bajo un sol de brillantez inusitada, Román se da formalmente de alta: por fin pudo ganarle diez *sets* seguidos, y de forma contundente, a Herman, después de haber corrido 1500 metros desde la casa hasta la cancha. El pie lastimado soportó el trote y el juego.

La agenda se ha convertido para Román en una especie de oráculo, guía de comportamiento y mapa del futuro. Mientras más actividades tenga anotadas para el día, las semanas y meses siguientes, más seguro se siente de sí mismo. No le importa que sean asuntos insignificantes, como lavar la tina, tender la ropa, preparar una ensalada, visitar al odontólogo, llamar al sindicato, apuntar la lista de frutas y verduras que ha de comprar, corregir un texto, ir a correr o a jugar tenis, lavar los vidrios de las ventanas de

la casa de Usher, escribir un poema de amor al betabel o pedirle dinero a Anastasia. Todo lo apunta con deleite, tratando de escribir con letra minuciosa, redondeada, preciosista. Es como si estuviera redactando su vida y cerrando la brecha por donde podría entrar de nuevo la melancolía. Basta mirar su agenda para saber durante qué días, semanas y meses estuvo sumido en el abismo: no hay en los días muertos de su agenda sino una línea horizontal, semejante a la que permite ver el aparato que usan en los sanatorios para medir los signos vitales de los moribundos. Román no se separa de su agenda. La mantiene al alcance de la mano. La acaricia mientras está en la cama. La mantiene sobre la mesita de noche o sobre su pecho mientras mira la televisión. Cuando recuerda algo que debe hacer, lo apunta en el día correspondiente con un placer indefinible. Es como si estuviera dictando su propio destino. Al final de cada día venturoso, dibuja un sol sonriente en los espacios limpios que han dejado sus innumerables anotaciones. Cada acto cumplido lleva al lado una paloma. La acción anotada y prevista es para el escritor una especie de felicidad anticipada.

Un fin de semana paradisíaco, en plena armonía, hicimos, rehicimos, volvimos a inaugurar el amor, trotamos por la playa en Costa del Sol, turismo agradable, playas solitarias y limpias, nos asoleamos, nadamos hasta el agotamiento, y por la noche, tras el arduo trabajo con mis manos, mi palabra y mi musculosa y callada lengua, alumbrados por la tímida llama de la chimenea, logré que por fin cediera el vellocino, aunque tras terminar, Anastasia terca, obstinada y mula, dijera lo de costumbre, “Ya no sirvo para esto”, yo no le creí del todo, la verdad es que antes de que hubiera entrado en ella, me permitió que la besara en la boca y respondió con cierta intensidad, Anastasia tuvo un desfallecimiento inconfundible después de haberse cocido en la marmita del placer que le proporcionaba mi cuerpo de lombriz amorosa, hasta que ya no pudo soportar más, se hizo un ovillo en el rincón más remoto de la cama, apretó sus lindas piernas y sintió llegar el relámpago de vida, que en este caso no se vio cortado por la necesidad de fumar y tras ese luminoso desmadejamiento fui yo

quien corrí tras ella, la alcancé, culminé mi gusto, un poco débilmente, pues por fortuna o mala suerte las dos noches anteriores había incurrido en el sitio, una vez en sueños, y otra vez con ayuda de las orquídeas orientales.

Anastasia manejó ida y vuelta a 170 kilómetros por hora, lo que no me preocupó en lo más mínimo. No hubo ni una sola discusión, desacuerdo o disputa en casi 48 horas, lo que es verdaderamente un récord Guinness. Vimos juntos un crepúsculo de nubes anaranjadas en el que se podía captar la curvatura de la atmósfera terrestre, un fenómeno que sólo había percibido una vez antes en mi vida, en Oslo, cuando pude notar que la luna no era un círculo plano sino una sólida esfera de piedra que flotaba en el espacio. ¿Cómo lo hiciste, Señor? Ah, rufiancillo, cuántas cosas sabes que ignoramos los hombres, gusanos coronados.

Anoche prescindí del remerón. Ya dejé atrás el Tafil, el Rivotril, el Prozac. En la playa no tomé ninguna medicina y, sin embargo, dormí bien. La idea de dictar una conferencia que se llame *El sentido de la melancolía* va creciendo en mi mente. Sería de pura improvisación: pararme ante el público, adivino un público multitudinario, ansioso por saber qué ha pasado con el escritor que un día dijo que nunca iba a escribir de nuevo, y comenzar a hablar sin saber lo que voy a decir. Como lo hacía *antes*, cuando era un conferencista brillante.

Román se atrevió a preguntarle a la dulce Anastasia que por qué no guardaba la comida sobrante en el refrigerador después de comer. En ese momento se abrió la tierra y brotó un basilisco que tomó posesión de la más delicada y agraciada criatura de la creación. Repetir el caudal, el alud, el tsunami de recriminaciones —que compraste la camioneta BMW con la mitad de la venta de la vieja casa, que la has chocado siete veces, que la tienes hecha una miseria, que llevabas una doble vida, que ella fue un ama de casa abnegada por mucho tiempo mientras Román se divertía con hembras de todos los pelajes, que nunca te ocupaste de los niños, que te convertías en un sátiro babeante cuando veías a una criaturita de quince años, que hundiste a tu familia en el fango, que mataste a tu hijo, que humillaste a sus parientes, etcétera hasta el

infinito. Y cuando Román decía ¡Bueno, ya!, tratando de poner algo de energía y poniéndose de pie para emprender la poco gloriosa huida, ella respondía:

—A mí no me vas a dejar hablando sola como una imbécil, aquí te quedas hasta que yo quiera —y pasaba una hora y otra y otra machacando con un mazo el cráneo de Román—. ¿Cómo a la putilla desvergonzada sí la escuchaste doce horas seguidas y al día siguiente regresaste por más y la invitaste champaña y caviar y a mí no me puedes escuchar una horita cuando quiero expresarme, y después de cogértela hasta por el culo —así habla la donosa y castiza Anastasia en sus raptos místicos cuando la ira se transforma en inspiración divina que la transporta más allá de todo pudor— lleavste a comer en el restaurante Saint Germain —etcétera hasta el infinito, y ella seguía hablando, cacareando, graznando, barritando como una chachalaca o una elefanta en celo y Román pensaba por qué no emprendes el mejor acto de tu vida, como Séneca, ¡muérete! Y Anastasia en un *capitis diminutio* se hundía en un sofoco casi intolerable, la única salida era esperar que a la olla de presión se le escapara todo el vapor. Bastaba una frasecita modesta de Román:

—Contigo no hay diálogo sino monólogo —para que se avivara el fuego.

Y si se quedaba callado ella preguntaba “En qué estás pensando” y si él decía “No”, ella decía “Sí”, y si él decía “Tal vez”, ella replicaba:

—Nunca tuviste una opinión propia. Eres un tibio, una persona sin criterio. Para que lo sepas, las cosas son blancas o negras.

Y Román entonces pensó: Si tal es el caso, Dios se equivocó, pues puso muchos otros colores y matices en la naturaleza. Señor Dios, debió usted consultar antes de emprender la creación con mi dulce Anastasia, ella sí sabe. Anastasia. Cualquiera sabe que hay personas que serían capaces de corregirle la plana a Jesucristo y sus apóstoles. Anastasia es una de ellas. Qué felicidad la del alto poeta escuchando a su tortolita gorjear: tarde o temprano iba a callar y entonces se cerraría el abismo y se abrirían las puertas del paraíso.

Y seguía y seguía. A veces Román se despertaba y se volvía a atrever a hablar:

—Siempre fuiste maestra en el arte de dominar. Eres doña Perfecta.

—Y porque te dominé te fuiste a revolcar con pirujas, le investigaste las intimidades a la gringa, le miraste el pubis a la nena de don Fulgencio, te llevaste a la rubia estúpida a tomar dictado en tus piernas. ¿Yo te ordené que hicieras todo lo que hiciste? ¿Yo te dominaba?

—Pero si yo sólo hice una pregunta: ¿por qué no metiste la comida sobrante al refri?

Y allí recommenzó la retahíla, la catilinaria, la jeremiada, las lamentaciones en el muro, de la preciosa Anastasia. Pasó el tiempo y se le acabó el aire a Tacha. Eran las tres de la mañana. Sin dejar de hablar cayó en un sopor de sonámbula. Román durmió como un serafín tres horas. Amaneció. Anastasia toda hecha una fiesta de perifollos y perfumes, arrinconó a su marido y le dio un beso. Sonriente le dijo:

—No aguantas nada.

Sobre la puerta de entrada al infierno hay un mensaje:

VOSOTROS QUE ENTRÁIS AQUÍ, PERDED TODA ESPERANZA

Así es la melancolía: quien entra en ella pierde toda esperanza. La melancolía, como el hoyo negro, se traga todo, incluso la luz. Es un abismo que absorbe todo con una fuerza de gravedad que va eliminando lo que hay a su alrededor. Llegará un momento en que el universo entero será tragado por un hoyo negro. ¿Qué es todo lo existente? Energía. ¿Qué pierde el deprimido? La energía. Ya nada lo anima, nada le interesa, nada lo mueve. La vida es movimiento. La muerte inmovilidad. El deprimido está muerto. ¿Qué es lo que hace que un ser humano se levante de la cama, desayune, se bañe, se vista, vaya a trabajar, ame, emprenda una obra? Un impulso eléctrico que partiendo del cerebro ordena a los músculos comprímense, dilátense, muevan el esqueleto, activen la circulación. Pero, ¿existe escapatoria al hoyo negro? Hay científicos que postulan que sí. Que en realidad los hoyos negros son atajos en el tiempo y en el espacio. Que entrando en uno de ellos se puede llegar al otro

extremo del universo en cuestión de segundos. Otros científicos afirman que no hay escapatoria: los hoyos negros simplemente se tragan todo y todo lo comprimen, lo reducen, lo minimizan. La mente humana es el misterio. El universo es el misterio. Simetrías. ¿Hay escapatoria a la melancolía? Sí la hay. Lo han demostrado infinidad de casos. Cuando Schumman escapaba de sus melancolías tenía periodos de productividad verdaderamente sobrehumanos. Exigía a su familia absoluto silencio. Gustav Malher cuando caía en estados depresivos se quejaba del sonido que producían los pájaros construyendo su nido y de los ecos lejanos que atravesaban el lago Worthersee. Calificaba a todo lo que rodeaba sus refugios como “la barbarie del mundo exterior”. Héctor Berlioz explicaba a qué extremo de escepticismo podía llevarlo su hundimiento: “Para cualquiera que esté poseído de este tipo de melancolía, nada tiene significado, la destrucción del mundo apenas le afectaría. Cuando me acometen esos sentimientos, desearía que la Tierra fuera una granada rellena de pólvora, a la que le acercaría un fósforo para divertirme”. Y sin embargo hay salida. Y esa salida del hoyo negro puede ser una explosión de júbilo y productividad, de dicha soberana e incomparable, de amor pleno y satisfecho, de gloria como sólo podría hallarse quizás en el cielo. El gran misterio del cielo: contemplar el esplendor de tu rostro, Señor. El que mueve el sol y las estrellas. El amor. Dios es amor. Dios mueve el sol y las estrellas. Sólo quien haya estado en el infierno puede disfrutar plenamente del cielo. Entonces quizás podamos hallar el sentido del pecado, la significación del mal, la gran simetría moral. Arthur Clarke explica en una novela por qué el sistema solar no se colapsa, por qué la fuerza de gravedad del sol no hace que todos los planetas caigan sobre él ocasionando un cataclismo inevitable. Dice Clarke que en el extremo del sistema solar está Plutón, un planeta enorme, cuya fuerza de gravedad sirve de contrapeso al poder soberano del sol. Entonces el sistema solar y posiblemente todo el universo no esté sustentado sino en un conjunto de contrapesos que equilibran los cuerpos celestes. Imaginar entonces cuán grande obra de ingeniería cósmica sería el universo, qué gran ingeniero divino fue el que lo concibió, lo puso en marcha para que ya por sí solo siguiera andando tal vez eternamente.

Por las mañanas tras mis actos de amor con la toallita me levantaré a lavarla con mucho cariño. La tenderé al sol y quedará inmaculada, a la espera de una nueva celebración. Gracias a la toallita de Oslo no le seré infiel a Anastasia. Podremos ser amigos, apasionados amigos, cachorros que juegetean todo el día. Y si algún día Anastasia quiere volver a ser mi mujer, tiraré sin pena a mi amada toallita de Oslo a la basura. La verdad es que estoy enamorado de mi mujer.

Román todavía no ha escrito que se rasuró. Se rasuró después de casi treinta años de portar una barba de rabino. Descubrió bajo la barba canosa una piel lozana que ha decidido cuidar con primor de doncella enfatuada. Se enjabona varias veces, se aplica cremas, utiliza antes de partir rumbo al trabajo uno de los treinta o cuarenta perfumes de Anastasia. La idea, dice, es llevar a mi esposa conmigo. (Recuerda Román, recuerda que von Aschenbach se mandó afeitar y teñir el pelo antes de la última página del libro de su vida.) Román ya ha escrito 482 páginas. No le interesa culminar una obra de arte, simplemente quiere escribir, disfrutar del placer de estar explorando un territorio sombrío, una especie de planeta de materia oscura. No piensa publicar su obra. ¿Para qué? La sola idea de saber que la computadora lo espera lo emociona hasta el parkinson. Es como estar escribiendo el destino. Es como ser Dios sin en realidad serlo. Lo que importa es el *como sí...*

¿Y si en el fondo yo fuera Dios?, se pregunta Román. ¿Si todos los seres humanos fuéramos Dios? La sospecha es inquietante, presagiosa, la intuición de un jardín de las delicias al que casi nadie tiene acceso.

Ha desarrollado una especie de cariño hacia las criaturas planas y puede permanecer tranquilo durante toda una semana, libre de las angustias de la carne, y cuando se va acercando el día designado, la noche llena de murmullos, comienza la emoción: quiénes serán las lecheritas de la semana, cuáles sus nombres, sus gracias, sus argumentos para justificar tan peregrinas formas de subsistencia. Si las mujeres reales son tan complicadas, por qué no sustituirlas por imágenes que no necesitarán tarjetas de crédito, no recriminarán,

no estarán eternamente indispuestas, no exigirán una energía de amor constante, invariable, eterna, como un sol que emite energía durante millones de años y jamás se consume.

Soy como el universo: tengo que gastar mi energía, toda mi energía, para poder descansar en esa pequeña muerte que es el sueño. Es una ley universal: todas las cosas tienden al deterioro, a la muerte, a la pérdida de energía. El universo se va a extinguir tarde o temprano cuando las estrellas terminen de emitir su energía, de realizar sus explosiones, sus jolgorios de vida, sus fuegos artificiales. Todo verdor perecerá. Queda una escapatoria: la posibilidad de que en realidad exista el espíritu y que éste permanezca flotando sobre las ruinas del paraíso. Entonces llegará el imperio del secreto. ¿Nos ocuparemos de contemplar el rostro de Dios o nos condenaremos a pagar uno a uno el precio de nuestros actos?

VOSOTROS QUE ENTRÁIS AQUÍ PERDED TODA ESPERANZA

La melancolía es la sombra del infierno sobre la tierra. Varias veces al día me pregunto: ¿será este el momento más feliz de mi vida?

Ya lo dije pero quiero repetirlo: el autor de la *Anatomía de la melancolía* murió del mal que padeció toda su vida. Del mal a cuyo estudio dedicó su existencia. Román dice que no va a morir de melancolía. Que va a escribir una novela de mil páginas sobre ella y luego pasará a otra cosa. La melancolía no será más que un episodio en su existencia. Un episodio fundamental, sobre el que se fundará un nuevo Román. Un Román purificado. Sólo hay algo que me falta para salir de la caverna y ver las estrellas que vio Dante al salir del infierno: la virtud. Una virtud sin tacha, como la de Beatriz, a la que Dios hizo con su gracia de tal modo que

MISERIA DEL MUNDO NI LLAMA DE NINGÚN INCENDIO NUNCA TOCAN

Y en últimas el infierno no es irrevocable. No hay que dejar a la entrada de él toda esperanza. Eso sostiene Román el innombrable.

Dios hizo el universo perfecto. Es decir, imperfecto. En su infinita sabiduría dejó asuntos pendientes. A los hombres nos corresponde terminar su obra. Eso es lo que quiere hacer el poeta con su obra de mil páginas. El Señor atisba el avance de la novela de su vida con una sonrisa de satisfacción e intriga. Sabe que la flecha nunca llegará al blanco. El libro es interminable. Contra él no prevalecerán las puertas del infierno. El diablo es la mejor astucia de Dios. Su mejor cómplice.

Sergio Pitól: el arte de la fuga de la escuela diaria y constante de la vulgaridad

A Sergio Pitól le llegaron la gloria literaria y el desahogo económico cuando ya no podían echarle a perder el carácter ni abollarle la sonrisa de buena persona. Uno tras otro fueron cayendo los honores, los premios (Nacional de Literatura, Villaurrutia, Mazatlán, en México; Herralde de novela en España), las invitaciones, los honores (recientemente fue nombrado Creador Emérito del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México, lo que representa una generosa mensualidad vitalicia), las ediciones, sin que él en realidad los hubiera buscado. Dice que nunca fue competitivo y no cabe duda. Los premios y los honores se los ofrecieron, nunca los pidió. O tal vez sí, por su propia iniciativa buscó dos premios: el del Concurso Internacional de Cuento de *La Palabra y el Hombre*, en 1979, gracias al cual pude conocerlo. A mí me correspondió un aceptable segundo lugar; a él el primero, con un relato extraordinario, “Asimetría”, en el que campea una de las obsesiones básicas de Pitól: la indagación en los misterios de la naturaleza —¿es simétrica y por lo tanto descifrable, o por el contrario, domina en ella la asimetría y el hombre no tiene posibilidad alguna de certeza?— y gracias al cual Sergio pudo desplazarse desde Polonia, donde por entonces hacía labores de traductor, hasta Xalapa, ciudad de la que guardaba tan enormes nostalgias que, en el momento de escoger un sitio para sus años de sosiego y

madurez, fue privilegiada por encima de otras ciudades que amó y seguirá amando.

Sergio es un viajero empedernido e impune, que una y otra vez violenta sus deseos de ya quedarse tranquilo y ponerse a escribir. El arte de su vida ha sido el arte de la fuga, el cambio de espacio, de personajes, de entornos. Una y otra vez su propósito queda hecho añicos: ¿como negarse a ir a Cali, ciudad de la que tanto ha escuchado hablar? ¿O a República Dominicana? ¿O a París o a Barcelona, Praga, Venecia, Roma, Lisboa, Marienbad? El mundo más allá de las fronteras de su casa es una tentación constante en la que cae Sergio Pitol tercamente.

Mientras escribo estas notas surgen unas cuantas preguntas. Me atrevo a llamar por teléfono a Sergio porque sé que tomará el auricular y responderá con amabilidad, tomándose su tiempo, entregándose a la reflexión. Me pregunto cómo un hombre de más de 60 años —66, para ser más preciso—, con problemas de salud, vive solo, no busca compañía, no tiene al alcance del grito parientes que lo asistan en momentos de debilidad o quebranto. Vive rodeado por un pequeño batallón de sirvientes que lo aprecian y respetan a morir. Me atrevo a indagar. Responde con naturalidad. Dice que ha vivido solo desde niño, que ha pasado largos periodos en sitios alejados de toda civilización, de toda vanidad, de toda metrópoli. Su infancia la pasó en un ingenio en Potrero. Su padre y su madre murieron en circunstancias trágicas cuando él era niño. La literatura lo llena mucho. No necesita al mundo porque el mundo lo lleva adentro. Dice que ha sentido el latigazo de la mala fe, pero que no le afecta. Las razones por las que escogió Xalapa para pasar sus mejores años, los de paz, las tiene claras: Xalapa tiene una vida universitaria, tiene música, teatro, bibliotecas. Ya traía tatuados en el código genético de su pasado, cuando escogió a Xalapa como sitio de descanso y refugio de escritura, el inventario de usos y costumbres de esta ciudad veracruzana y paradójicamente montañesa; sabía de los espíritus municipales, pero también de ese aire de pequeña Atenas en la que es fácil encontrar gente digna de una buena charla, aires de alta montaña y, sobre todo, sosiego

y hermosos paisajes al alcance de la mano. Una ciudad en la que siempre hay algo que hacer.

Vivo en Xalapa, una capital de provincia rodeada por paisajes de excepción. Por las mañanas salgo al campo, donde tengo una cabaña *[me permito aclarar que Sergio es bastante objetivo al llamar “cabaña” a la edificación que tiene en Briones, pero se reserva la información de que en torno a su cabaña hay el más hermoso y diminuto valle que se pueda imaginar, con macizos de bambú, grandes árboles, caminos de piedra y hermosos prados, todos ellos de su propiedad y para su exclusivo disfrute]* y dedico varias horas a escribir y a oír música. De cuando en cuando hago una pausa para jugar en el jardín con mi perro. Regreso a la ciudad a la hora de comer y por la tarde vuelvo a escribir, a oír música, a leer, a veces a ver algún viejo filme en la videocasetera. Me comunico con los amigos por medio del teléfono. A partir de las seis de la tarde, salvo casos extraordinarios, no hay poder que me haga salir de la casa. Le debo a Bernal Lascuráin, el arquitecto, a su imaginación, a su gusto y talento, el placer de habitar estas casas, construida cada una como complemento de la otra. Si tuviera que vivir en ellas un arresto domiciliario mi felicidad sería perfecta. Trabajo hasta las dos o tres de la mañana. Este ritmo de vida que a muchos podría parecer desesperante es el único que me resulta apetecible.

Pitol se refugió en Xalapa huyendo de la Ciudad de México, de su contaminación, su inseguridad y de la enorme cantidad de compromisos que le llovían día a día, y a los que con dificultad podía negarse —uno de los rasgos más destacados de la personalidad de Sergio es su generosidad, su capacidad de escuchar incluso hasta el cansancio a personas que en ocasiones no buscan más que la tonta alegría de estar al lado de esa cosa empalagosa y a veces insoportable que llaman fama.

Una vez que se instaló en Xalapa, hace apenas dos o tres años, dejó atrás, pero no olvidados, muchos paisajes urbanos y rurales en los que habitó, a veces en las funciones brillantes y aburridoras de la diplomacia y otras como traductor, editor, profesor visitante, ermitaño: Tepoztlán, Varsovia, Roma, Barcelona, Bujara, Praga, Budapest, Salzburgo. Dejó atrás un ojo de agua de su infancia en el que retozaban las nutrias y que es su personal paraíso perdido.

El vuelo le llegó tarde, y ello sabe agradecerlo. Sus primeros cuentos fueron publicados por Juan José Arreola y cuando viajó

a Venezuela a los 18 años de edad llevaba una carta de recomendación de Alfonso Reyes. Sus amigos José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis y Fernando Benítez escribían sin tregua y Pitol los veía hacer. Sergio Pitol comenzó a escribir, con bastante más parquedad que sus compañeros de viaje, cerca de un grupo de escritores que hicieron del cosmopolitismo y la herejía su tácito caballo de Troya: Juan Vicente Melo, Juan García Ponce, Inés Arredondo, Salvador Elizondo —el primero e Inés, muertos; Juan García Ponce, en silla de ruedas; no conozco la situación de Elizondo—. Sin embargo Pitol no despegó sino muchos años más tarde: primero vivió y luego escribió. Cada libro era como la liquidación, el ajuste de cuentas de una etapa, por eso dice que cada uno de sus libros es como una bitácora de su existencia. Pitol no ha vivido para escribir ni ha escrito para vivir. La escritura no ha sido la sustancia de su vida, sino que gradualmente ha comenzado a serlo; la literatura ha ido llenando su sistema espiritual —debe haber un sistema espiritual semejante al circulatorio o al digestivo; solamente Renato Descartes se atrevió a buscarle un lugar en el cuerpo— que con el paso de los años se ha ido tiñendo de un color particular, hasta comenzar a abarcarlo todo. En este instante que podríamos situar en un impreciso 1999, cuando ya Sergio ha vivido (conjeturo) los más grandes escándalos y deleites de la vida —el desamparo, amor, la ebriedad, la locura, el aislamiento— Pitol es cada vez más solamente literatura, lo que debe representar un gran alivio: tal vez sea como morir en vida: abandonar todo problema y comenzar a vivir solamente de la imaginación y los libros, propios y ajenos. La mayor parte de su existencia Sergio la transcurrió viendo triunfar (o por lo menos trabajar en esa mina de oro del espíritu que es la literatura) a sus amigos, y cuando ya parecía que México lo había olvidado, guardándolo como un pálido escritor de provincia que se extravió en los viajes y en los meandros de la diplomacia, comenzó a ser el centro de atención, no sólo por los premios que recibiría uno tras otro, sino por la importancia que comenzaron a dispensarle lectores, críticos, periodistas, académicos en muchos países. Precisamente por los días en que el autor de estas líneas

cumplía sus cincuenta años y después de la celebración, a la que asistió Pitol con la cauta advertencia de que no iba a comer ni a beber y que se retiraría temprano, Sergio recibió la edición de su Tríptico del Carnaval en Anagrama, constituido por tres novelas más conocidas en una solo volumen: *El desfile del amor*, *Domar a la divina garza* y *La vida conyugal*, con un prólogo de Antonio Tabucchi que mucho agradece, acompañado por un fax que le llega de Barcelona en el que se le anuncia que el libro ya es un éxito aun sin haber llegado a librerías. ¿Cómo recibe este tipo de noticias Sergio Pitol? ¿Cómo afronta la idea de que de alguna manera ha triunfado? Sergio responde: “Para mí el placer de la escritura supera y siempre ha superado a la necesidad de reconocimiento”.

De todos modos, viendo caminar a Pitol por las calles de Xalapa, elegante sombrero, ropa *sport* de marca, bastón en mano, llevado a rastras por su perro *bearded collie* Sacho, asistiendo a la inmensa sala-estudio de su casa colonial en pleno centro de la ciudad, oyéndolo hablar por teléfono mientras camina de un lado a otro, viendo que lo interrumpen constantemente con llamadas de varias partes del mundo y dándome cuenta de que Sergio toma en serio a casi todos los que lo llaman, pienso que este escritor, que ya inicia el tramo más cauto de su vida, no ha sido maleado, sino que acepta todos estos éxitos, toda esta atención y estruendo en torno a su persona (en la actualidad es el gurú de la cultura veracruzana y una especie de marginado de lujo con respeto a la élite del poder cultural en México) con gran tranquilidad e incluso entusiasmo. Aunque se ha prometido permanecer quieto en Xalapa y dedicarse a escribir, no ha podido rechazar las invitaciones a Cali (la verdad es que sí rechazó una invitación a París: una extraña invitación a hablar ante la Asamblea de Gobernadores del BID, invitación que yo también recibí, y que hubiera aceptado gustoso si el tacaño BID no hubiera aclarado que los gastos corrían por parte del escritor).

Anoto frases de *El arte de la fuga*, recientemente publicado por Era y Anagrama, que siendo un libro que combina el diario con la reflexión política y ética, una confesión de gustos literarios

y aversiones, un *ars poética* y un *ars vivendi*, resultó su libro más apreciado:

“La pasión por la lectura y la antipatía a cualquier manifestación de poder definen la identidad entre quien soy y quien fui entonces.”

“¿Qué es uno y qué es el universo? Son preguntas que lo dejan a uno atónito, y a las que se está acostumbrado a responder con bromas para no hacer el ridículo.”

“Uno, me aventuro, es los libros que ha leído, la pintura que ha visto, la música escuchada y olvidada, las calles recorridas. Uno es su niñez, su familia, unos cuantos amigos, algunos amores, bastantes fastidios.”

Escribir en el mismo espacio donde uno vive, equivalió durante casi toda su vida a cometer un acto obsceno en un lugar sagrado. Pero eso es anecdótico. Lo que da por seguro es que esa inmersión en la inmundicia que caracterizó su confrontación, a fines de su adolescencia, con la palabra, impresa la suya, ha condicionado la forma más personal, más secreta, más ajena a la voluntad, de su escritura, y ha hecho de ese ejercicio un gozoso juego de escondrijos, una aproximación al arte de la fuga.

El anterior párrafo da cuenta de alguna manera de la relación que guarda para Pitol la literatura con el espacio vital y con la vida misma del autor: Sergio ha escrito como una forma de fugarse de su vida aquí y ahora, ha escrito variaciones sobre las realidades que ha vivido, ha convertido su literatura en un juego de escondrijos, de máscaras, bajo las cuales se oculta un sentido: ese es el sentido que nos ha querido legar Sergio Pitol, y que no se halla explícito en ningún texto, sino disperso en toda su obra. La persona de Sergio Pitol no es su obra: su obra es otra cosa que el lector debe descifrar, gozar y en ocasiones padecer. Cada persona es una y múltiple, pero dentro de la multiplicidad hay acordes que se repiten: son los armónicos: sonidos que no se escuchan pero que dominan las melodías. Pitol cita a Henry James —quien junto con Mann, Galdós y Conrad son los que con más frecuencia invita a su sillón de lectura—: “La novela, en su definición más amplia no es sino una impresión personal y directa de la vida”, dice. Entre la vida y

la literatura –en esa batalla feroz– Pitol ha optado por la literatura. La rotundidad de la obra de arte no es comparable a nada en este mundo, ella lo aleja de “la escuela diaria y constante de la vulgaridad” (Pérez Galdós). Pitol comparte con el Tonio Kröger de Mann la idea de que “se debe morir para la vida si se pretende ser cabalmente un escritor”. La misma idea se repite en una cita que Pitol recoge de un epígrafe que halló en un libro de Donoso: “A novel is a writers secret life” (Faulkner). Por eso la frase: “Todo en mi vida no había sido sino una perpetua fuga” cobra pleno sentido. De cita en cita se va armando la radiografía espiritual de Pitol: conciencia e ingenio que prolonga a otros espíritus, que los exalta y los quiere entender, que los vive y que aporta al espíritu latinoamericano un cosmopolitismo de alma, lejos del ya trillado color local, del espectáculo circense, del relato plano y de “la escuela diaria y constante de la vulgaridad”.

Xalapa, 12 de marzo de 1999

El amor en Shakespeare

En algunas obras de Shakespeare en las que el tema central es el amor, éste se presenta de diversas formas. Como artificio, como lucha de contrarios, como una forma de la vanidad, como batalla contra la adversidad, como juego de niños, como un capricho de los duendes y las hadas, como una fiesta y una apoteosis que viola todas las normas y salta todas las barreras, como la perfecta imposibilidad.

La mujer shakesperiana, en términos generales, parece tener un conocimiento innato del tema. “De los ojos de las mujeres tomo esta doctrina: ellos siguen centelleando aún en el fuego prometeico: ellos son los libros, las artes, las academias, que muestran, contienen y nutren al mundo entero.” Como bien lo dice Armando, personaje de *Los trabajos de amor perdidos*, “la flecha de cupido es demasiado para la maza de Hércules”.

Los hombres de Shakespeare, por el contrario, asumen el amor más como una empresa en la que deben conquistar un territorio. Solamente en las obras más serias, que son las de su madurez, como *Romeo y Julieta*, el amor se asume como algo más profundo y tanto los hombres como las mujeres lo toman con mayor seriedad.

En *Los trabajos de amor perdidos* leemos que “verde es el color de los amantes”. Y es verde, sin duda, porque este es el color de la esperanza. Además, porque los que aman son verdes, jóvenes, como retoños, que viven del futuro y sueñan con los frutos de sus esperanzas. Y si resultan ser viejos en edad, reverdecen, gracias al amor, como troncos secos plantados en tierra fértil.

En *Los trabajos de amor perdidos*, obra primera de la pluma de Shakespeare, se puede leer la intención de demostrar que las mujeres saben amar de una forma más intensa, cierta y verdadera, mientras que los hombres en general toman el amor a la ligera. Tal como lo señala Frank Ernest Hill en su biografía² esta obra “trata de un amor artificial y carente de grandeza, pero tratado como si fuera importante y natural”.

El argumento de la obra es el siguiente: el Rey de Navarra y varios de los integrantes de su corte –Longaville, Biron, Dumain– deciden hacer una promesa: vivir y estudiar en reclusión durante tres años, no ver una mujer en ese término, no tocar alimento en un día a la semana y hacer una sola comida en los demás días, dormir sólo tres horas por la noche y “hacer noche oscura de la mitad del día”, es decir, vivir a tientas la mitad del día.

Poco, poquísimo tiempo pueden conservar la promesa, y la causa de su infidelidad es naturalmente... la mujer. La hija del Rey de Francia visita Navarra, con un séquito de damas. La primera hace caer al Rey de Navarra y las segundas, a los hombres de la corte del Rey.

Pero antes de caer, los que hicieron la promesa intentan resistir, circunstancia que pica el orgullo de las mujeres, quienes deciden hacer sufrir a los hombres. Les ponen como condición para ceder a sus amores que se impongan un año completo de privaciones, reclusión y sacrificios.

Vemos aquí puesta en juego la ya conocida habilidad de las mujeres, que queriendo ser manipuladas, resultan manipulando. Vemos cómo la mujer logra jugar con los hombres cuando éstos creen hacerlo con ellas; cómo las mujeres son difíciles para la entrega y los hombres fáciles; cómo los primeros creen estar enamorados y buscan atolondradamente la satisfacción a sus deseos; cómo las mujeres son más prudentes y exigen ciertas ceremonias, dan plazos más largos, para estar más seguras una vez que den el paso definitivo de entregarse.

² *Shakespeare*, Frank Ernest Hill, Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1955.

Armando, un soldado del Rey, que también se enamora, describe hasta qué punto puede enamorarse:

Amo hasta el mismísimo suelo (que es bien bajo), donde el zapato de mi amada (que es más bajo), guiado por su pie (que es lo más bajo), va caminando. Si amo seré perjuro; lo que es una gran prueba de falsía. ¿Y cómo puede ser verdadero el amor que se intenta con falsía? El amor es un demonio familiar; el amor es un diablo; no hay ángel malo sino el amor. Sin embargo, así fue tentado Sansón, y tenía admirable fuerza; sin embargo, así fue seducido Salomón, y tenía muy buen ingenio. La flecha de Cupido es demasiado dura para la maza de Hércules.

Nadie se resiste a la fuerza del amor. Ni Hércules con su fortaleza ni Sansón con su poder ni Salomón con su sabiduría y su ingenio. Menos los demás seres humanos, que no somos héroes ni de estirpe divina.

Veamos los efectos que tiene el amor sobre el Rey de Navarra, a través de Boyet, espía de la Princesa de Francia:

Porque os ama, Princesa de Francia, todas las acciones del Rey de Navarra se retiraron al palacio de sus ojos, atisbando a través del deseo; su corazón, como un ágata con vuestra imagen grabada, expresaba su orgullo en su mirada. Su lengua, toda impaciente por hablar y no ver, tropezaba con la prisa de estar en su vista: todos los sentidos se refugiaban en ese sentido, para sentir sólo mirando a la más bella de las bellas; me parece que todos sus sentidos estaban encerrados en sus ojos, como las joyas en un cristal, para que las compre un príncipe; ofreciendo su valor desde donde estaban encristalados, se exhibían para ser comprados a vuestro paso. Su rostro revestía tales asombros que todos los ojos veían sus ojos hechizados por sus contemplaciones. Os dará Aquitania y todo lo que es suyo, si le dais, por mi ruego, un solo beso amoroso.

Por un beso amoroso el enamorado puede dar todos sus reinos. ¿Qué egoísmo puede tener un enamorado, si antes de ofrecer las cosas materiales, ya ha entregado su voluntad y su corazón?

Una de las características del enamorado es que lo da todo sin recelo alguno. Lo contrario a un enamorado no es una persona sin amor, sino un egoísta. Un enamorado hace cualquier cosa para ganar el amor, y una vez que lo consigue se vuelve doblemente locuaz. Pierde el sentido de las reglas sociales, se entrega a una fiesta: la fiesta de vivir.

¿En conclusión? El amor vuelve locos y extravagantes a los más cuerdos y solemnes. Biron es el noble más burlón y acerbo de la corte del Rey de Navarra. Y sin embargo también él cae en las garras del amor y se lamenta (placenteramente, claro) de ello:

Ah, y yo, de veras, enamorado. ¡Yo, que he sido el azote del amor, un verdadero policía para un suspiro melancólico, un crítico, más aún, un vigilante nocturno, un pedante avasallador de ese niño más magnificante que ningún mortal! Ese niño vendado, gimoteante, cegato y extraviado, ese enano gigantesco joven y viejo, Don Cupido, el Rey de las rimas amorosas, el señor de los brazos cruzados, el soberano ungido de suspiros y gemidos, monarca de todos los ociosos y los descontentos: príncipe temible de las enaguas, rey de las pretinas, único emperador y gran general de los seres humanos.

¿Qué es el amor a estas luces? Un niño vendado, gimoteante, cegado y extraviado; un enano gigantesco, joven y viejo; el rey de las rimas amorosas; el señor de los brazos cruzados (tal vez porque el enamorado no tiene cabeza para otra cosa que no sea amar); el soberano ungido de gemidos y suspiros; monarca de todos los ociosos y los descontentos; príncipe temible de las enaguas; rey de las pretinas (acaso porque tras el amor se oculta el ardor –y por eso San Pablo dice que es mejor casarse que quemarse); el único emperador y gran general de los seres humanos.

Con respecto a un patán, incapaz de amor, escribe: “Es un animal, sensible sólo en las partes groseras”.

Hay, pues, para el primer Shakespeare, básicamente dos tipos de sensibilidad: la del cuerpo y la del alma. Pero tales sensibilidades se comunican. La sola sensibilidad del cuerpo es animalidad; la sola sensibilidad del alma es gazmoñería e hipocresía. La sensibilidad auténticamente humana es la que incluye cuerpo y alma, emociones y pasiones, virtudes y defectos. Amor es aprender a disfrutar de los defectos del amado. El verdadero amante no quiere cambiar a su amado para adaptarlo a sus caprichos, sino que quiere disfrutar de los defectos de su amado para que se conviertan en sus propios caprichos.

Biron dice de su amada Rosalinda que ella es “el sol que hace brillar todas las cosas”. Se entiende bien que para el enamorado, su amada es la que le da sentido y belleza al mundo. La idea había sido utilizada por Dante, quien atribuye al amor el equilibrio de las esferas celestes.

Biron, el antes escéptico, una vez enamorado, alega en favor del amor:

...pero el amor, que se aprende ante todo en los ojos de una mujer, no vive solo y emparedado en el cerebro, sino, con la moción de todos los elementos, corre tan veloz como el pensamiento en toda facultad, y da a toda facultad doble facultad, por encima de su función y su deber. A los ojos les añade una preciosa visión; los ojos de un amante dejan ciega a un águila con su mirar; el oído de un amante escucha el más sordo ruido aun cuando no lo escuche el suspicaz oído del ladrón; la sensibilidad del amor es más suave y fina que los blandos cuernos de los enredados caracoles; la lengua del amor hace grosero el gusto del delicado Baco.³ En cuanto al valor, ¿no es el amor un Hércules, siempre trepando a los árboles en las Hespérides? Sutil como la esfinge, dulce y musical como el claro laúd de Apolo, con su pelo por cuerdas; y cuando habla amor, la voz de todos los dioses arrulla el cielo con la armonía. Jamás se atrevió un poeta a tocar una pluma mientras su tinta no estuvo templada con los suspiros del amor [...] De los ojos de las mujeres tomo esta doctrina: ellos siguen centelleando aún en el fuego prometeico: ellos son los libros, las artes, las academias, que muestran, contienen y nutren al mundo entero.

Es notable en este parlamento y en los de los demás personajes la intención de deslumbrar con palabras, con fuegos artificiales, en busca de un efecto fulminante sobre los espectadores. Tal tendencia en este Shakespeare es el reflejo de las virtudes y defectos de las obras de sus maestros Marlowe y Lyly. Con el asentamiento de la originalidad de Shakespeare y el hallazgo de su propia voz, Will comenzaría a ofrecer en sus obras concepciones más personales del amor. El amor ya no será solamente un juego de artificios sino una búsqueda de conocimiento y plenitud.

³ Es decir, para el enamorado, el amor es más dulce que el más dulce de los vinos.

El tema dominante de *La doma de la furia* es la lucha por el poder entre hombre y mujer y el subsiguiente dominio del hombre sobre ella. La furia, la fierecilla, es Catalina: un demonio, una arpía, un engendro, una maestra emérita del insulto y el desaguizado, una loca de atar, digna de habitar en una jaula. El padre se plantea la necesidad de casarla a ella, antes que a su hermana, Blanca, que es una paloma: obediente, sencilla, amable, hacendosa. Parecería labor imposible casar a la fiera. Sin embargo aparece Petrucho, que pretende llevar a cabo la doma de la furia. Veamos cómo afronta su labor:

¿Para qué vine aquí sino con la intención de cortejar a Catalina? ¿Pensáis que un poco de estrépito me puede embotar los oídos? ¿No he oído en mis tiempos rugir leones? ¿No he oído el mar, agitado por los vientos, enfurecerse como un jabalí iracundo empapado en sudor? ¿No he oído los grandes cañones en campaña, y la artillería celeste tronando en los cielos? ¿No he oído, en una batalla indecisa, ruidosos toques al arma, corceles relinchantes y trompetas resonantes? ¿Y me vienen a hablar de una lengua de mujer, que no hace ni la mitad de ruido en su disparo que una castaña en la lumbre de un labrador? Bah, bah, asusta a los niños con el coco.

Aquí Shakespeare nos presenta, evidentemente caricaturizados (pero toda caricatura no es otra cosa que la búsqueda de los elementos esenciales, por medio de la exageración) a los dos protagonistas de la batalla que se ha venido librando a lo largo de la historia de la humanidad: la mujer y el hombre. La una es presentada como la furia, el otro como el dominador de la furia. El hombre como la razón; la otra como la sinrazón. A lo largo de la obra veremos que el hombre intenta dominar a la mujer con sus mismos elementos. Apela al absurdo, al exceso, al trastocamiento de los elementos.

Y en efecto, Petrucho no se asusta. Agrega “yo soy duro y no cortejaré como un niño”. ¿Cómo pretende cortejar y ganar a semejante basilisco?

Supongamos que chilla: bueno, pues le diré con claridad que canta tan dulcemente como un ruiseñor; digamos que se pone ceñuda: diré que tiene tan

claro aspecto como las rosas mañaneras recién lavadas con rocío; digamos que se calla y no quiere decir una palabra: entonces elogiaré su elocuencia y diré que habla con penetrante elocuencia; si me manda al cuerno, le daré las gracias como si me pidiera que me quedara una semana; si se niega a casarse, preguntaré qué días se hacen las amonestaciones y cuándo son las bodas.

Y en cuanto le presentan a la arpía comienza su labor de gota sobre la piedra.

PETRUCHO: Buenos días, Cata: pues ese es tu nombre, he oído decir.

CATALINA: Bien habéis oído, pero sois un poco duro de oído: me llaman Catalina los que hablan de mí.

PETRUCHO: Mientes, a fe, pues te llamas Cata a secas, Cata la caprichosa, y a veces Cata la maldita; pero Cata, la más linda Cata de la Cristiandad [...] Cata de mi consuelo: al oír elogiar tu bondad en todas las ciudades, hablar de tus virtudes, y ensalzar tu belleza, aunque no tan profundamente como te era debido, me he movido a pretenderte como mujer.

CATALINA: ¡Te has movido! En buena hora; pues como te has movido para venir, muévete para marcharte; desde el primer momento me di cuenta que eres muy mueble.

PETRUCHO: ¿Como un mueble?

CATALINA: Una banqueta de tres patas.

PETRUCHO: Has acertado: ven a sentarte encima de mí.

CATALINA: Los burros están hechos para las cargas, y tú también.

PETRUCHO: Las mujeres están hechas para cargarse de hijos, y tú también.

CATALINA: No soy tan burra como tú, si hablas de mí.

Se siguen insultando hasta que Catalina lo abofetea. Culmina una larga escena de improperios mutuos.

PETRUCHO: No, oye, Cata: de veras no te escaparás así.

CATALINA: Si me quedo te enojaré, déjame marchar.

Y aquí se inicia la estrategia de Petrucho: comienza a voltearle el mundo, a fingir que él lo ve todo al revés y a querer que ella lo vea de manera semejante:

PETRUCHO: No, ni pizca: te encuentro muy amable. Me habían dicho que eras áspera y esquiva y malhumorada, y ahora encuentro que la noticia era puro embuste; pues eres placentera, alegre y muy cortés, pero lenta de palabra, aunque dulce como las flores de primavera; no eres capaz de ponerte ceñuda, no sabes mirar de soslayo ni te muerdes los labios, como las muchachas iracundas, ni encuentras placer en llevar la contraria al hablar, sino que entretienes a tus pretendientes con benevolencia, con amable conversación, suave y afable. ¿Por qué el mundo dice que Cata renquea? ¡Ah, mundo calumnioso! Cata es derecha y esbelta como una rama de avellano, y más dulce que las almendras.

No es fácil la labor de Petrucho. Catalina amarra a su hermana, descalabra a un fingido maestro de música, abofetea a su pretendiente. Petrucho se plantea su labor como la del domador y dice que no le arredrarían ni los trabajos de Hércules. A espaldas de Catalina el pretendiente arregla con el padre para casarse, luego se va y solamente regresa unos minutos antes de la boda. Pero cuando vuelve, lo hace vestido con fachas desarregladas y extravagantes. La boda se lleva a cabo de la forma más loca posible. Un personaje que asiste a ella, la describe: “Cuando el sacerdote le preguntó a Petrucho que si quería a Catalina por mujer, él dijo: ¡Claro que sí, por los clavos de Cristo!, y juró tan fuerte que el sacerdote, todo asombrado, dejó caer el libro, y cuando se agachaba para recogerlo, el loco del novio le dio tal bofetada, que se cayeron el cura y el libro”.

Petrucho se porta de la forma más absurda: le tira comida al sacristán en la cara, agarra a la novia por el cuello y “la besó en los labios con tan clamoroso chasquido que toda la iglesia hizo eco”. Luego no asiste a la fiesta de bodas, se lleva a su esposa porque según él su esposa es “mi hacienda, mis muebles: ella es mi casa, todo lo de mi hogar, mis campos, mi granero, mi caballo, mi buey, mi burro, mi lo que sea”. Luego en el viaje se porta de la forma más despótica posible con sus sirvientes y con su mujer. Llegan a una fonda y Petrucho pide de comer. Tira la carne arguyendo que está mala, aunque estaba buena; no deja que su esposa coma ese día ni al siguiente, no la deja dormir y tampoco le hace acercamiento conyugal alguno.

Catalina comienza a ver su futuro turbio y se queja. Pero Petrucho no ceja: afirma que el día es noche y obliga a su mujer a decir que así es. Y cuando ella lo acepta, Petrucho le dice que está equivocada. La obliga a besarlo en público. Luego, cuando siente que su furia está domada, regresa a casa del padre, donde va a mostrar que en efecto, ha logrado sobajar el orgullo y la terquedad de Catalina.

Es claro que Shakespeare en esta obra asume la defensa del hombre y no se detiene a reflexionar sobre la situación doméstica de la mujer, su aburrimiento, su falta de alicientes. Con esta obra el autor defiende toda una ideología en boga entonces e incluso ahora: la de la indispensable obediencia de la mujer, la de su inferioridad frente al hombre.

El resultado es que la mujer termina por ceder, y tanto que hacia el final es ella quien emprende discursos para probar la superioridad del hombre y lo conveniente de la sujeción de la mujer a sus dictados:

CATALINA: Igual obediencia que el súbdito al príncipe debe una mujer a su marido; y cuando es reacia, terca, malhumorada, agria, y no obedece a su honrado deseo, ¿qué es sino una malvada rebelde desordenada, una traidora imperdonable contra su aman-

te señor? Me da vergüenza que las mujeres sean tan tontas como para hacer la guerra cuando deberían arrodillarse pidiendo paz; y que busquen el mando, la supremacía y el dominio, cuando están sujetas a servir, amar y obedecer. ¿Para qué son nuestros cuerpos blandos y débiles y suaves, incapaces de lucha y agitación en el mundo, sino para que nuestra condición suave y nuestros corazones vayan bien de acuerdo con nuestras condiciones externas? ¡Vamos, gusanos tercos e incapaces!

Cuesta trabajo creer que Shakespeare, un espíritu tan lúcido, haya hecho un alegato tan vigoroso del machismo, sin que haya en el fondo una carcajada irónica. Podemos entender que semejantes palabras en labios de Catalina, son un reflejo de lo que sucedía en aquellos tiempos con las mujeres, quienes sin duda se rebelarían al verse tan deplorablemente pintadas.

En esta obra se plantea el amor como una batalla de poderes, ya no simplemente como fuegos de artificio verbales. En esta batalla domina el más fuerte, que termina siendo el hombre.

En *Las alegres comadres de Windsor* hay una evolución hacia otra concepción del amor: la mujer ya no es la víctima, sino el hombre. El tema de la obra no es el amor sino el falso amor, el fingimiento. Se escenifica el triunfo de la honestidad sobre el pecado y de la colectividad sobre el individuo. Las alegres casadas, la señora Ford y la señora Page, representan la virtud de la mujer casada, puesta en entredicho por un individuo que Shakespeare presenta como una verdadera caricatura: Falstaff. Falstaff, gordo hasta el abuso, burlón, oportunista, lascivo, vanidoso, ambicioso, mentiroso, hipócrita, adulator, pero además de ello extremadamente ingenuo, discurre por las calles de Windsor pretendiendo seducir a mujeres honestas. Entre las señoras honestas y Falstaff aparece, como una Celestina, la señora Deprisa, chismosa hasta el delirio, enredadora, dispuesta a cualquier cosa con tal de complicar la trama social en la que se mueve como un pez en el agua clara.

Falstaff, prepotente, cree posible engañar al mismo tiempo a las señoras Ford y Page, pero resulta engañado por ellas, apaleado, lanzado al Támesis dentro de un cesto de ropa mugrosa y finalmente escarnecido, quemado, golpeado y pellizcado en el bosque a donde acude para gozar de las dos señoras que ya lo han hecho vapulear.

Falstaff es una figura importante, un símbolo de lo que podría llamarse “el falso amor”, ése que se finge, mediante retórica, para alcanzar solamente los fugaces deleites de la carne. Este falso amor es el amor de los vanidosos, que utilizan a las otras personas para sus propósitos y luego huyen, a buscar otros falsos amores.

De nuevo, como en *Los trabajos de amor perdidos*, vemos la adulación y la mentira como vía directa de acceso al corazón de la mujer. Pero ahora la mujer es menos maleable, pues está armada con la virtud.

SEÑORA FORD: Un sencillo pañuelo, sir John: a mi frente no le va bien otra cosa, y tampoco eso siquiera.

FALSTAFF: Eres una tirana por decir eso; harías una perfecta dama de Corte, y la firme solidez de tu pie daría excelente movimiento al andar en el semicírculo del guardainfante. Veo lo que serías si la Fortuna no fuese enemiga tuya, igual que la Naturaleza ha sido tu amiga. Vamos, no lo puedes ocultar.

SEÑORA FORD: Creedme, no hay tal cosa en mí [...] ¿Qué me ha hecho amarte? Que eso te convenza. Hay algo extraordinario en ti: vamos, yo no sé mentir, y decir que eres esto y lo otro, como tantos de esos susurrantes capullitos de espino, que parecen mujeres en traje de hombre, y huelen como la calle de los perfumes en la época de primavera. No puedo menos de amarte, sólo a ti, y tú lo mereces [...] No me traicionéis, señor: temo que amáis a la señora Page.

FALSTAFF: Igual podría decir que me gusta pasar por la puerta de la prisión por deudas, lo cual es para mí tan odioso como el olor de un horno de cal.

SEÑORA FORD: Bueno, el Cielo sabe cómo os quiero, y algún día lo veréis.

FALSTAFF: No olvidéis que lo mereceré.

SEÑORA FORD: No, os debo decir que lo mereceréis, y si no, no podría pensar de este modo.

Entre sus ficciones y desvaríos Falstaff pronuncia expresiones y frases interesantes: “Oh amor, culpa bestial”, “Ah, poderoso Amor, que en ciertos aspectos haces al hombre ser un animal; y en otros al animal ser hombre”.

La idea del engañador engañado que se presenta en esta obra, va más allá del nivel anecdótico e incurre en profundidades. Se trata, en realidad, de que quien engaña a otra persona, aunque logre aparentemente su objetivo, resulta perjudicado, pues está desnaturalizando su naturaleza, perdiendo autenticidad. Quien miente se miente. Quien roba se roba. Quien engaña se engaña. Quien baja, tarde o temprano tendrá que subir. Tales son las leyes más íntimas de la materia y del espíritu. Y no hay sustancia —¿cómo llamar al amor? ¿Sentimiento? No creo que la palabra baste. La palabra *sustancia* me parece más amplia, pues se relaciona con el substrato, con lo que subyace, con lo más íntimo e irreductible— que participa tan sutilmente del maridaje entre la materia y el espíritu, como el amor.

La introducción de este nuevo elemento, la virtud, en las obras de Shakespeare, las hace menos juguetonas, pues invita ya no sólo al juego de artificios, sino a la reflexión.

Mucho ruido para nada. Esta es otra comedia de enredo al estilo de *Los trabajos de amor perdidos*, donde un príncipe se dedica a armar matrimonios para su deleite. Aquí se trata de casar a Beatriz con Benedico, y a Claudio con Hero. Los dos primeros, verdaderos ejemplares masculino y femenino de seres extremosos y extravagantes. Beatriz es una escéptica en asuntos de hombres, una maldiciente, una maliciosa, una criatura exigente, intolerante, egoísta, semejante a la Catalina de *La doma de la furia*. Veamos su carácter pintado en esta escena:

- LEONATO: A fe mía, sobrina, jamás conseguirás marido si eres tan maldiciente de lengua.
- ANTONIO: A fe, es demasiado maliciosa.
- BEATRIZ: Demasiado maliciosa es más que maliciosa. De este modo, disminuiré lo que envía Dios, pues se dice que “a la vaca maliciosa, Dios le da cuernos cortos”, sino a una vaca demasiado maliciosa, no le da ningunos.
- LEONATO: Así, siendo demasiado maliciosa, Dios no te dará cuernos.
- BEATRIZ: Eso sí, si no me da marido, por cuya bendición le rezo de rodillas todas las mañanas y las noches. Dios mío, yo no podría aguantar un marido con barbas en la cara; preferiría dormir sin sábanas.
- LEONATO: Podrías encontrar un marido que no tuviera barba.
- BEATRIZ: ¿Qué iba a hacer con él? ¿Vestirle con mi ropa y convertirle en dama de compañía? El que tiene barba, es más que un joven; el que no tiene barba, es menos que un hombre; y el que es más que un joven, no es para mí, y el que es menos que un hombre, no soy para él.
- LEONATO: Bueno, entonces irás al infierno.

Otra vez se presenta el amor como batalla de contrarios. De nuevo se inclina Shakespeare hacia el lado de los hombres. A más de terca, maldiciente, rigurosa, Beatriz –cuyo nombre no sin sutileza usa Shakespeare, recordando sin duda a la de Dante– se muestra orgullosa en grado sumo:

- BEATRIZ: No, no iré al infierno. Sólo a la puerta, y allí el demonio me saldrá al encuentro como un viejo cornudo y dirá: “Tú vete al Cielo, Beatriz, vete al Cielo; aquí no hay sitio para vosotras, las doncellas” [...] Iré al Cielo. Allí San Pedro me enseñará dónde se sientan los solteros y allí viviremos alegres mientras dura el día.

Leonato insiste en que a pesar de la pesadez de su sobrina, espera verla “un día acomodada con un buen marido”. A lo que Beatriz responde:

BEATRIZ: No mientras Dios no haga a los hombres de otro elemento que la tierra... No, tío, no quiero: los hijos de Adán son hermanos míos, y de veras, considero un pecado casarme en mi parentela.

Con respecto a Beatriz, Hero, hija de Leonato y por lo tanto prima de la pretenciosa, dice:

HERA: La Naturaleza jamás ha formado un corazón de mujer con materia más orgullosa que el de Beatriz. El Desprecio y la Burla cabalغان centelleando en sus ojos, desdénando lo que miran, y su ingenio se tiene en tan alta estima a sí mismo, que para ella cualquier cosa parece floja. Ella no puede amar, ni aceptar forma ni proyecto de amor: tan ufana de sí misma está.

Se sigue de aquí que para alcanzar el amor es indispensable una dosis de humildad, una desvirtuación del amado, un sobajamiento.

Jamás he visto un hombre, por inteligente, noble, joven y de aspecto exquisito que fuera, que ella no le leyera las letras al revés: si era rubio, ella juraría que el caballero podría ser su hermana; si moreno, vaya, la Naturaleza, dibujando una caricatura había echado un borrón; si alto, una lanza de mala cabeza; si bajo, un camafeo mal tallado: si hablador, vaya, un vanidoso inflado por todos los vientos; si silencioso, vaya, un estúpido que no se movía con ninguno. Así a todos los hombres los vuelve del revés, y nunca accede a la verdad y la virtud lo que merecen la sencillez y el mérito.

Benedico, por su parte, es un burlador sin par, digno rival y pareja de Beatriz. Él se llama a sí mismo “declarado tiranizador de mujeres” y es un misógino confeso y orgulloso de serlo:

Que una mujer me haya concebido, se lo agradezco; de que me haya criado, le doy las más humildes gracias; pero que vaya a soplar el cuerno de caza en mi frente o colgarlo en una bandolera invisible me tendrán que perdonar todas las mujeres. Porque no quiero hacerles el agravio de desconfiar de ninguna, me haré a mí mismo la justicia de no confiar en ninguna: y la conclusión (que me hace más ilusión) es que viviré soltero.

El príncipe trama hacer enamorar a Benedico y a Beatriz. Dice: “La broma será cuando Benedico y Beatriz crean que el otro está loco de amor, sin que haya tal cosa”.

Benedico, como Beatriz, no está dispuesto a entregar su amor, puesto que todas las mujeres le parecen imperfectas:

BENEDICTO: Me extraña mucho que cuando un hombre ve lo tonto que es otro hombre cuando entrega al amor sus acciones, después de haberse reído de tan bobas locuras en otros, se convierta en el motivo de su propia burla enamorándose: tal hombre es Claudio.

Benedico y Beatriz se insultan en el primer acto y ya en el segundo comienzan a amarse, o a fingir que se aman, merced a los enredos tramados por el príncipe y sus amigos. La pareja comienza a ser urdida por el príncipe, aunque reconoce que “en cuanto llevarán una semana de casados, se volverían locos a fuerza de hablarse”.

Parecería imposible concertar una unión entre semejante pareja. Mas he aquí que Shakespeare encuentra la forma de hacerlo, y de manera muy convincente, eso sí, sin más razones que las sinrazones del amor: “Muchos cortejadores empiezan a hacer la corte

a mujeres a las que no creen dignas, y sin embargo cortejan y son capaces de jurar que aman”.

BEATRIZ: ¿Qué fuego hay en mis oídos? Puede ser cierto esto? ¿Estoy tan condenada por mi orgullo y desdén? Adiós desprecio, adiós orgullo virginal: a espaldas de ellos no queda viva ninguna gloria. Y tú, Benedico, sigue amando; corresponderé a tu amor, domesticando mi salvaje corazón a tu mano amorosa. Si amas, mi benevolencia te incitará a unir nuestros amores en sagrada ligadura. Pues otros dicen que tienes méritos, y yo lo creo mejor que de oídas.

El amor es mostrado aquí como una forma de la vanidad. El hombre comienza a amar cuando se supone amado y lo mismo sucede con la mujer. Se plantea aquí la vieja teoría de que el amor es un invento, un embeleco. Y esto estaría plenamente justificado por el hecho de que una palabra basta para derrumbar la construcción imaginaria.

Sueño de una noche de verano es una farsa, que poco tiene de trágica; es también una comedia de enredos, divertida, en la que sutilmente se reflexiona sobre los engaños y venturas del amor. Aquí el amor se presenta como un juego, en el que gana el más hábil. Esta obra está ambientada en la Atenas clásica y trata de nuevo de un conflicto amoroso en el que se entrecruzan relaciones: Hermia ama a Lisandro y es correspondida; Demetrio ama a Hermia; Helena ama a Demetrio; Teseo, duque de Atenas, ama a Hipólita. En el asunto intervienen los poderes, los intereses políticos y... los duendes y hadas, que todo lo tergiversan.

Un primer diálogo interesante se presenta cuando Teseo, duque de Atenas, abandona la escena, después de conminar a Hermia para que se case con su candidato, Demetrio. Quedan solos Lisandro y Hermia:

LISANDRO: ¿Qué hay, mi amor? ¿Por qué están tan pálidas tus mejillas? ¿Qué azar hace que sus rosas se marchiten tan de prisa?

HERMIA: Quizá es por falta de lluvia, que bien podría concederles con la tempestad de mis ojos.

LISANDRO: ¡Ay de mí! Por todo lo que he leído y he oído jamás en relato o historia, el camino del verdadero amor nunca avanzó con facilidad: pero, o fue diferente en la sangre...

HERMIA: ¡Ay de mí! Demasiado alto para injertarse tan bajo...

LISANDRO: ...o muy diverso en cuanto a la edad...

HERMIA: ¡Ah, dolor! Demasiado viejo para unirse a la juventud...

LISANDRO: ...o dependió de la elección de los parientes...

HERMIA: Entonces, si los verdaderos enamorados han sido siempre tan contrariados, está en el destino como una ley: enseñémosle pues la paciencia de nuestra prueba, porque es una contrariedad acostumbrada, como algo debido al amor, igual que los pensamientos, sueños, suspiros, deseos y lágrimas: pobres seguidores de la fantasía.

No descubre nada nuevo Shakespeare porque no hay nada nuevo que descubrir. Los verdaderos enamorados han sido siempre contrariados. La naturaleza, Dios y los hombres se oponen a él. De ahí su encanto.

Puesto que el duque de Atenas se opone al matrimonio de Lisandro y Hermia, ellos deciden escapar. Ya en el bosque, al caer la noche, Lisandro quiere dormir al lado de su amada.

LISANDRO: Dulce amor, te desmayas de tanto errar por el bosque, y, a decir verdad, he olvidado nuestro camino: descansaremos, Hermia, si te parece bien, y esperamos ayuda del día.

- HERMIA: Sea así, Lisandro: búscate un lecho, pues yo apoyaré la cabeza en este declive.
- LISANDRO: Una sola hierba nos servirá a los dos de almohada: un solo corazón, un solo lecho, dos pechos y una sola fidelidad.
- HERMIA: No, buen Lisandro, amado mío, por mi amor, échate más allá; no te tiendas tan cerca.
- LISANDRO: Oh, dulcísima, entiende el sentido de mi inocencia: el amor entiende el sentido, en la conversación del amor: quiero decir que mi corazón está entretejido con el tuyo, de modo que podemos hacer con ellos un solo corazón. Dos pechos encadenados con un juramento; de modo que son dos pechos y una sola fidelidad. Entonces a tu lado no me niegues sitio para acostarme, pues, al acostarme así, no es a tu costa.
- HERMIA: Lindos juegos de ingenio hace Lisandro. Pero mal quedarían mis maneras y mi orgullo si Hermia pretendiera decir que Lisandro la ha engañado. Sin embargo, dulce amigo, por amor y cortesía, tiéndete un poco mas allá, por pudor humano; tal separación, bien puede decirse, conviene a un soltero virtuoso y a una doncella. Quédate lejos por ahora, y buenas noches, dulce amigo: no cambies jamás tu amor mientras dure tu dulce vida.

He aquí el modelo del amor desde tiempos inmemoriales: la mujer pone los obstáculos y el hombre quiere saltarlos. Ella busca el acercamiento gradual al misterio; él intenta esquivar toda prueba concibiendo al amor como juego, carente de reglas, por lo tanto irresponsable. La mujer, más cercana a la teología, al mito; el hombre proclive al positivismo, a la ganancia inmediata sin medir consecuencias.

En el bosque Lisandro cae víctima de la travesura del Duende Berto. Éste unta unguento de flores en los párpados de Lisandro, quien se enamorará de la primera mujer que vea. Ésta resulta ser, precisamente, Helena, quien los ha denunciado y perseguido.

Las cosas se complican: al despertar, Hermia descubre que su amado Lisandro ya no la ama; Helena halla que Demetrio, que antes la repudiaba, la adora; la reina de las hadas, Titania, se descubre enamorada de un zafio con orejas de burro. Y todos esos enredos han sido motivados por Oberón, el rey de las hadas, y su travieso emisario el Duende Berto.

El *sueño de una noche* de verano consiste precisamente en un trastocamiento de los sentimientos de los personajes, en un cambio de afectos, que trastorna el ritmo de la vida cotidiana de los protagonistas.

Una vez que pasa esa noche de verano y que Oberón decide deshacer el hechizo, todo vuelve a la normalidad. Todo o casi todo, pues hay una variación. La única mujer que carecía de amor, ahora lo tiene: Helena descubre que, tras esa noche, Demetrio ha comenzado a amarla. Quedan así concertadas todas las parejas para una boda colectiva: Teseo, duque de Atenas, con Hipólita, reina de las amazonas; Lisandro con Hermia y Demetrio con Helena de Atenas.

Se puede decir que esta obra es un precedente de lo que se ha llamado *happy end*, y un alejamiento de la imaginería medieval, que coloca a la mujer muy lejos del hombre, como imagen divina, y por lo tanto intocable. La mujer ya no es Beatriz, sino La Alcanzable, La Posible, es decir, entidad de carne y hueso, como el hombre.

Veamos algunos diálogos interesantes:

OBERÓN: ¿Qué has hecho? Te has equivocado y has puesto el jugo de amor en los ojos de un fiel amante: por tu error algún amor verdadero se estropeará, sin que se haga verdadero ninguno falso.

DUENDE: Entonces el Hado impone su suprema ley: que por un hombre que mantenga su fidelidad, un millón falten a ella, confundiendo juramento con juramento.

OBERÓN: Por el bosque, ve más rápido que el viento, y trata de encontrar a Helena de Atenas. Está toda enferma de amor, pálida de tristeza, con suspiros de amor, que cuestan caros a la sangre fresca. Procura traerla aquí con algún engaño, y yo le hechizaré a él los ojos cuando aparezca ella.

Es muy interesante el planteamiento de una lucha entre el Hado, la fatalidad, el destino, y el mundo de duendes y hadas, que intentan favorecer a los amantes, aun en contra de las primeras fuerzas, que son, sin duda, más poderosas. Tal procedimiento shakesperiano nos recuerda su antecedente, el de la literatura griega –de Homero, particularmente–, en la cual algunos dioses tutelan y protegen a algunos hombres y tuercen sus destinos.

Demetrio, que antes aborrecía a Helena, ahora la idolatra, gracias al “jugo de amor” que le puso el Duende Berto en los ojos mientras dormía:

DEMETRIO: ¡Oh, Helena, diosa, ninfa perfecta, divina! ¿A qué compararé tus ojos, amor mío? El cristal es fangoso: ¡ah, qué maduros en aspecto, qué tentadores se ponen tus labios, esas cerezas besadoras! El puro blanco congelado, la nieve de Tauro, acariciado por el viento oriental, se vuelve cuervo cuando levantas la mano. ¡Ah, déjame besar esa princesa de puro blanco, ese sello de bienaventuranza!

Veamos ahora cómo se complican las cosas cuando los protagonistas descubren sus sentimientos tergiversados durante la noche de verano:

LISANDRO: Espera, dulce Helena, escucha mi excusa: mi amor, mi vida, mi alma, bella Helena.

Así le dice Lisandro a Helena, a quien antes detestaba.

HELENA: ¡Ah, estupendo!

HERMIA: Amado mío, no te burles así de ella.

Pues Hermia supone que Lisandro la sigue amando.

DEMETRIO: Si ella no sabe rogar, yo sé obligar.

LISANDRO: Ni tú puedes obligar ni ella rogar. Tus amenazas no tienen más fuerza que los débiles ruegos. Helena, te quiero, por mi vida: juro por la que quiero perder por ti, que demostraré la falsía de éste que dice que no te quiero.

DEMETRIO: Yo digo que te quiero más de lo que él puede quererte.

LISANDRO: Si eso dices, apártate y demuéstralo también.

DEMETRIO: Aprisa, vamos.

Los que antes detestaban a Helena, están a punto de batirse por ella, gracias al “jugo de amor” del duende.

HERMIA: Lisandro, ¿dónde va a parar esto?

LISANDRO: Quita allá, etíope.

El antes amantísimo, ahora llama a Hermia, su ex-amada, “etíope”, es decir, negra. Y luego le sigue endilgando una serie de epítetos poco gratificantes: “gata, basura, vil, serpiente, negra tártara, medicina aborrecida, potingue odioso”.

Tal vez aquí Shakespeare en forma poética nos quiso hacer notar la volubilidad de los amantes, que pasan del amor más idílico a los insultos menos pronunciables por un quítame allá esas pajas.

Y Hermia –que no está afectada por el “jugo de amor”–, se levanta indignada contra la que le roba el amor de Lisandro: le dice “ladrona de amor, saltimbanqui, devoradora de flores”.

Por fortuna Oberón, rey de las hadas, se compadece de los mortales y de su esposa, Titania, reina de las hadas, a quienes ha ocasionado confusos sentimientos y ha hecho amar sin motivo a quienes antes no amaban.

OBERÓN: Bienvenido, buen Berto: ¿ves qué dulce espectáculo? Ya me empieza a dar pena su locura.

Se refiere a la locura de Titania, reina de las hadas, que se enamoró de un tejedor con orejas de burro. Y es que Oberón se había enojado con su reina por haber raptado a un niño que halló en el bosque.

OBERÓN: Al encontrarla hace poco detrás del bosque, la regañé y me disgusté con ella, por buscar dulces favores de ese odioso imbécil (*se refiere al tejedor con cabeza de burro*) pues le había ceñido sus peludas sienes con una corona de flores frescas y fragantes; y el rocío que tantas veces se hincha en los capullos como redondas perlas de Oriente, ahora estaba en los lindos ojos de las florecillas como lágrimas que lamentaran su propia deshonra. Después de burlarme de ella a mi gusto, y de que ella me pidiera paciencia con palabras suaves, le pedí ese niño robado, y me lo dio en seguida, enviando a su duende para que me lo llevara a mi glorieta en el País de las Hadas. Y ahora que tengo al muchacho, desharé ese odioso extravío de sus ojos. Y tú, amable Berto (*se dirige al duende*), quita esa transformada pelambre de la cabeza de este estúpido ateniense, para que, al despertar a la vez que los demás, puedan volverse todos a Atenas sin pensar en lo ocurrido esta noche sino como la cruel molestia de un sueño.

La confusión entre sueño y realidad en esta obra es semejante a la de *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, donde el protagonista se duerme príncipe y se despierta miserable, y vive entre los dos mundos sin saber cuál es real y cuál ficticio.

Una vez que llegan Teseo y su amada Hipólita al bosque y conocen toda la historia de los cuatro confusos enamorados, en el acto quinto, se lleva a cabo este parlamento:

HIPÓLITA: Es extraño, Teseo mío, lo que cuentan estos enamorados.

TESEO: Más extraño que cierto. Jamás puedo creer esas fábulas viejas, ni esos caprichos de hadas. Los enamorados y los locos tienen mentes tan hirvientes, fantasías tan creativas, que captan más de lo que jamás comprenda la fría razón. El Lunático, el Enamorado y el Poeta están todos llenos de imaginación. Uno ve más diablos de los que puede contener el vasto infierno: es el Loco. El Enamorado, igual de frenético, ve la belleza de Elena en un rostro egipcio. Los ojos del Poeta, dando vueltas en alto frenesí, miran desde el cielo a la tierra, desde la tierra al cielo. Y, conforme la imaginación da cuerpo a las formas de cosas desconocidas, la pluma del Poeta las convierte en figuras, y da, a la aérea nada, una residencia en el espacio, y un nombre. Tales trucos tiene la robusta imaginación, que, sólo con recibir alguna alegría, concibe algún portador de esa alegría. Y en la noche, imaginando algo temible, ¡qué fácilmente se supone que un matorral es un oso!

El Lunático, el Enamorado y el Poeta están todos llenos de imaginación. Los tres entran en un estado alterado, en el que no domina su razón, sino la fantasía.

El final de la obra se desenvuelve entre festejos, bailes y jolgorios: tres matrimonios se llevan a cabo. Teseo, duque de Atenas, se casa con la reina de las amazonas; Lisandro con Hermia; Helena con Demetrio. Aparte de ello, Titania y Oberón se reconcilian. *Sueño de una noche de verano* es una obra festiva, en la que se reflexiona sobre el carácter voluble de los enamorados y las transformaciones a las que ellos están sujetos. Conocer estas transformaciones, soportarlas, incluso disfrutar de ellas, debe ser una parte importante de la educación sentimental de los enamorados.

Shakespeare, a la manera de un juego, de un sueño (el sueño es una forma del juego, pues libera al ser humano de las reglas) muestra las características del amor. Pero de un amor particular: el que es voluble, es decir, ese falso amor cuyo adalid es Falstaff.

Romeo y Julieta prueba la ya vieja verdad de que el verdadero gran amor es el amor imposible. Julieta es impulsada al matrimonio con Paris, un joven noble y de fortuna. Pero ante este destino anunciado se interpone Romeo, quien desencadenará la tragedia, y por lo tanto, el amor; o a la inversa, que en literatura casi son lo mismo tragedia y amor: recordar a Heathcliff y Cathy, a Efraín y María y a una cauda interminable de amores desventurados.

Aun antes de conocer a Julieta, Romeo anda trastornado. Su padre describe su situación:

Más de una mañana he visto a Romeo en el bosquecillo de sicomoros, aumentando con lágrimas el fresco rocío de la mañana, y añadiendo más nubes a las nubes con sus hondos suspiros; pero tan pronto como el sol, que todo lo anima, empieza en el más lejano oriente a descorrer las umbrosas cortinas del lecho de la aurora, mi melancólico hijo escapa de la luz a la casa, y se aprisiona a solas en su cuarto: cierra las ventanas, deja fuera la hermosa luz del día, y se hace una noche artificial. Negro y extraño ha de resultar este humor, a no ser que un buen consejo elimine la causa...

¿Cuál es el motivo de las tribulaciones de Romeo? No es amor, puesto que todavía no conoce a Julieta, sino un estado de ánimo propicio, una predisposición, un estado receptivo del alma, una susceptibilidad especial. Susceptibilidad que hallará su recipiente en Julieta. En cuanto logra verla —tras colarse disfrazado a una fies-

ta de los Capuleto— cae virtualmente fulminado de amor.⁴ Vale la pena reproducir la escena en plenitud:

ROMEO: (*En monólogo, en cuanto ve a Julieta*) ¡Ah, enseña a las antorchas a brillar claro! ¡Parece colgar sobre la mejilla de la noche como una rica joya en la oreja de una etíope! ¡Belleza demasiado rica para usarse, demasiado preciosa para la tierra! ¡Así parece una nívea paloma entre una parvada de cuervos, como esa dama por encima de sus acompañantes. Terminada la pieza observaré dónde se pone, y haré feliz mi ruda mano tocando la suya. ¿Amaba mi corazón hasta ahora? ¡Jura que no, vista mía! ¡Pues nunca he visto verdadera belleza hasta esta noche!

Es la belleza de Julieta la que enamora a Romero. Platón, en *El simposio* señala que en el camino ascendente hacia el amor, el hombre se ve atraído primero por lo exterior, y gradualmente se va elevando hacia otras esferas. Es por lo tanto, primero un encantamiento, un sojuzgamiento que la persona amada ejerce hacia el amado. Luego, con la interposición de obstáculos, el amor crece, como sucede en la leyenda de Tristán e Isolda: el amor cuanto más imposible, más se magnifica.

Los enamorados son pintados por Shakespeare como entidades duales: son santos y son demonios. La dualidad: he ahí uno de los secretos más grandes del amor.

Se inicia el juego del amor en el que el concepto de pecado se invierte. Gracias al pecado de haberle rozado la mano, Romeo se permite besar a Julieta. Y para borrar ese pecado, ahora será Julieta quien le pida un beso.

⁴ Christopher Marlowe, contemporáneo de Shakespeare y su maestro, acrisoló esta idea del amor a primera vista en una frase insuperable: “¡Quién que amó no amara a la primera mirada!”

JULIETA: Entonces mis labios tienen el pecado que han tomado.

ROMEO: ¿Pecado de mis labios? ¡Oh invasión dulcemente reprochada! Devuélveme mi pecado. (*La vuelve a besar.*)

Ahora Julieta demuestra que no es de ninguna manera novata en las lides del amor:

JULIETA: Besas conforme a las reglas del arte.

Según Romeo en uno de sus soliloquios, amor es:

Humo que sale del vaho de los suspiros [...]
Al disiparse, un fuego que chispea en los ojos de los amantes; al ser sofocado, un mar nutrido por las lágrimas de los amantes [...]
Una locura muy sensata [...]
Una hiel que ahoga [...]
Una dulzura que conserva ...

Romeo exalta a su amada: “El sol que todo lo ve nunca ha visto su parangón desde que empezó el mundo”.

La nodriza, hablando con la madre de Julieta, hace broma de las inclinaciones amorosas de la niña desde su pubertad:

SEÑORA CAPULETO: No tiene todavía catorce años.

NODRIZA: Apuesto catorce dientes a que no tiene catorce años. ¿Cuánto falta para el primero de agosto?

SEÑORA CAPULETO: Quince días y pico.

NODRIZA: Con pico o redondos, ese es el día del año: cuando llegue la víspera del primero de agosto por la noche tendrá los catorce [...] A los once años ya se tenía sola; ya lo creo, por la cruz, que sabía correr y patelear por ahí; pues precisamente el día antes se había partido

la frente; y entonces mi marido levantó a la niña: “Eso —le dice—: ¿con que te caes de cara? Te caerás de espalda cuando tengas más entendimiento: ¿verdad que sí, Juli?” Y, por Nuestra Señora, que esa granujilla dejó de llorar y dijo: “Sí”. ¡Hay que ver ahora, cómo una broma viene a cuento! De veras, que aunque viva mil años, nunca lo olvidaré: “¿Verdad que sí, Juli?”, le dice él, y ella, tontuela, se consoló y dijo: “Sí”.

¿Qué sugiere, o más que sugerir, dice, la nodriza? Pues que Julieta, desde muy pequeña, ya conocía, aunque de habladas, el destino al que están dirigidas las mujeres. Y no sólo lo sabía, sino que parecía comenzar a disfrutarlo desde entonces.

Al pasar frente a la casa de su amada dice Romeo: “¿Puedo pasar de largo si mi corazón está aquí?” Y al decirlo coincide con fray Luis de León, quien en su glosa al *Cantar de los Cantares* señala que el amado al amar, se pierde a sí mismo y a su voluntad.

Como vemos, Romeo pasa de una altísima metáfora (los ojos de su amada pueden hacer a los pájaros confundir la noche con el día) a una trivialidad, un lugar común.

JULIETA: ¡Ay de mí!

ROMEO: ¡Habla! ¡Oh, vuelve a hablar, claro ángel!, pues eres tan glorioso para esta noche, apareciendo sobre mi cabeza, como un helado mensajero del cielo ante los asombrados ojos en blanco de los mortales, cuando caen de espaldas al mirarle caminando por las nubes de perezoso paso, y navegando por los senos del aire.

Decía Dante de su Beatriz, que no parecía hija de mortales sino de dioses. Así, Romeo exalta a Julieta comparándola con un mensajero celestial, que dejaría pasmados a quienes la contemplaran. En el amor se da una magnificación del ser amado, una mitificación, una cortina de humo. Se niegan las pequeñeces y se engrandecen las virtudes.

El amor hace que el hombre reniegue de su pasado, que asuma una nueva identidad. Tal característica es notable en el siguiente pasaje:

JULIETA: ¡Ah, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres Romeo? Niega a tu padre y rehúsa tu nombre; o, si no quieres, sé sólo mi amor por juramento, y yo no seré más una Capuleto.

ROMEO: Te tomo por tu palabra: llámame sólo amor, y me bautizaré de nuevo; desde ahora jamás seré Romeo.

Cualquiera pensaría que las palabras de Romeo son retórica, música de palabras entre amantes que poco significado tienen. Pero si se piensan con detenimiento, se descubre la profunda verdad que encierran. En efecto, cuando alguien ama, más le valdría cambiar de nombre, pues en efecto ya es otra persona.

¿Quién duda que el amor es atrevido? Veámoslo en la obra:

ROMEO: Con las ligeras alas del amor sobrepasé estos muros, pues las lindes de piedra no pueden sujetar fuera al amor, y, lo que pueda hacer el amor, se atreverá a intentarlo el amor.

JULIETA: Si te ven aquí te asesinarán.

ROMEO: Ay, más peligro existe en tus ojos que en veinte de sus espadas: sólo con que me mires con dulzura, tengo armadura contra su enemistad.

El enamorado se cree invulnerable. Vive como un niño, con poca conciencia del peligro: por eso se aventura y por eso disfruta de la vida sin temores.

Hay una escena tenuemente erótica, en la cual, Romeo se lanza a solicitar una mayor intimidad:

ROMEO: ¡Ah! ¿Me vas a dejar así tan insatisfecho?

La respuesta de Julieta es a la vez sutil y cortante, asombrosa para una joven de su edad: “¿qué satisfacción puedes tener esta noche?”

En el juego de las palabras Julieta se muestra profunda como el más hondo de los poetas: “Sólo deseo lo que tengo: mi generosidad es ilimitada como el mar, y mi amor tan hondo como él: cuanto más te doy, más tengo, pues ambos son infinitos”.

Lo que Julieta le pide al amoroso que llega a su balcón es promesa de matrimonio. Honestidad, fidelidad, no juego vano, sino compromiso. Julieta desdeña las largas vías de asedio y da un salto brutal, en su segundo encuentro. Apenas si conoce la voz, y la silueta de su amado y ya solicita matrimonio u olvido: no es trágica sino implacable.

Fray Lorenzo afirma que el amor de los jóvenes reside en los ojos: es superficial, corresponde a la impresión que la belleza física ocasiona en quien lo sufre. Nos podemos preguntar si el amor de Romeo y Julieta no corresponde a este tipo de clasificación, puesto que muy poco es lo que han podido verse y mucho lo que se opone a la relación. Se repite la vieja certeza de que más se aprecia lo que se consigue con mayor dificultad.

Los griegos llamaban al enamoramiento “una especie de rabia o locura”. Shakespeare sin duda conocía los textos de los filósofos que lo precedieron.

“El loco de amor es como un idiota, que corre de acá para allá para meter su juguete en un agujero”, dice Mercucio, amigo de Romeo, que presenta la otra faceta del amor: un simple subterfugio que oculta que el precio de todo se reduce a la compra de la carne. Romeo no es tan casto como podría pensarse ni Julieta tan puritana como algunos quieren interpretar. Romeo quiere solución inmediata, pago pronto a las urgencias del amor; Julieta quiere someterse al rito religioso y a los subterfugios de cuerpo y alma. Romeo es prototípicamente hombre y Julieta esencialmente hembra. Shakespeare, profundo conocedor de la naturaleza humana y gran ironista, utiliza a Mercucio para jugar con el concepto de amor, que enloquece a los hombres y los pone inquietos, hasta que el amor se consuma de una forma puramente fisiológica: metiendo

el juguete en un agujero. Mucho se le ha reprochado al autor esta tendencia, frecuente en sus obras, a recurrir a palabras fuertes, a conceptos que aunque ruboricen y escandalicen a los pudibundos, resultan para espíritus leves ser estrictamente reales. Hay que recordar que el teatro de Shakespeare se escenificó fuera de las murallas de Londres, para esquivar los embates de la censura municipal, dominada por los puritanos y que sus espectadores eran gente basta, que exigía diversión e incluso realismo truculento. Era, por lo tanto, un teatro fuerte, atrevido, que disfrutaba criticando y haciendo uso de las debilidades humanas.

ROMEO: ¡Amén amén!, pero venga la tristeza que venga, no puede contrapesar el intercambio de gozo que me da un solo breve minuto de la vista de ella. Reúne nuestras manos con sagradas palabras, y luego que la muerte, devoradora del amor, haga lo que se atreva a hacer: ya es bastante solo que pueda llamarla mía.

FRAY LORENZO: Estos violentos deleites tienen fines violentos, y mueren en su triunfo, como el fuego y la pólvora, que se consumen al besarse: la más dulce miel empalaga en su propia delicia y echa a perder el apetito con probarla: así que ama con moderación: eso es lo que hace el amor duradero: quien se precipita llega tan tarde como quien va lento.

El consejo de Fray Lorenzo es digno de detenerse a meditarlo: *Ama con moderación, pues eso es lo que hace al amor duradero*. En cierta forma la pasión se opone al amor, pues siendo explosiva, cuanto más se eleva la temperatura de la relación, a más profundos abismos puede conducir a los amantes.

Quien ama podría cabalgar el hilo de araña que flota ocioso al capricho del aire de verano, y no se caería: tan leve es la vanidad.

En otras palabras, para quien ama, todo es posible. El amoroso es como el niño, cuya imaginación vence cualquier reto.

JULIETA: Buenas tardes a mi confesor espiritual.
FRAY LORENZO: Romeo te dará las gracias, hija, por nosotros dos.
JULIETA: A él igualmente, o si no, esas gracias estarían de sobra.

Este diálogo es más sutil —o grosero— de lo que parece. Romeo le dará a Julieta “las gracias” de su cuerpo y su espíritu. Eso dice Fray Lorenzo. Y Julieta, que no deja de ser aguda ni un solo instante, responde que si Romeo le da las “gracias”, también se las dará él mismo, pues al darle placer y felicidad a ella, se los dará a su propia persona.

ROMEO: Ah, Julieta, si la medida de tu gozo está tan rebo-
sante como la mía, y es mayor tu habilidad para
blasonarla, entonces endulza con tu aliento este
aire vecino, dejando que el lenguaje de la rica mú-
sica despliegue la soñada felicidad que ambos re-
cibimos en este deseado encuentro.

JULIETA: El pensamiento, más rico en materia que en pa-
labras, se jacta de su substancia, no de su orna-
mento: son sólo mendigos los que pueden contar
su haber, pero mi sincero amor ha crecido hasta
tal exceso que no puedo echar la cuenta ni de la
mitad de mi riqueza.

Exclama más adelante Romeo: “¡Ah dulce Julieta, tu belleza me ha hecho afeminado, y ha ablandado en mi ánimo la fuerza del acero!” , pues por su deseo de conciliar a Tebaldo y a Mercucio, termina por ser causante de la muerte del segundo, su amigo. Romeo se ve forzado, por “la fuerza del destino” a matar a Tebaldo, el primo preferido de Julieta. Los hilos de la tragedia se ven apretando. ¿Resultado? Que Romeo es desterrado y los recientes marido y mujer deben verse separados.

Pero antes de que Romeo parta, es indispensable una, por lo menos una noche de amor. La escena se inicia en el Jardín de los Capuleto, cuando Julieta convoca a su amado:

JULIETA: Corre tu espesa cortina, noche que realizas el amor, para que los ojos del día fugitivo cierren los párpados, y Romeo salte a estos brazos sin ser visto ni ser notado. Los amantes saben ver para hacer sus ritos amorosos a la luz de sus propias bellezas; o, si el amor es ciego, es lo que mejor le va a la noche. Ven, noche cortés, matrona de sobrio ropaje, toda de negro, y enséñame a perder una partida gananciosa...

Lo que perderá Julieta, será a su favor, pues dejando de ser niña, perderá la castidad, pero comenzando a ser ama, ganará el placer y el conocimiento.

...enséñame a perder una partida gananciosa, jugada entre dos virginidades sin mancha: recubre mi sangre desenfadada, que golpea mis mejillas, con tu negro manto, hasta que el tímido amor, haciéndose atrevido, considere el acto de sincero amor como sencillo pudor.

Aquí es notable lo que entre líneas se pregona: en la noche de bodas los valores de los amados se invierten, y lo que antes se consideraba impudor, a partir del connubio, será pudor. Todo podrán permitirse los esposos y no habrá quien tenga derecho a juzgarlos, sino sus propias conciencias.

Extraña a este lector una ausencia notoria en la escena en la cual Romeo se envenena, tras encontrar a Julieta (aparentemente) muerta en la tumba. Romeo en ningún momento invoca a Dios ni muestra alegría o esperanza alguna de imaginar la posibilidad de encontrarse con Julieta después de la muerte. Tal vez Shakespeare, que sabía sobre la vida e intuía sobre la muerte mucho más que la mayoría de los seres humanos, no quiso incluir en esta escena a Dios por una razón de orden dramático: para que la tragedia fuese definitiva, al ser la muerte irreversible.

Pero, paradaja, muerto Romeo, Julieta revive de su sueño cataléptico.

JULIETA: (*Despertando*). ¡Ah, padre consolador! ¿Dónde está mi señor? Recuerdo muy bien donde debía estar yo, y aquí estoy: ¿dónde está mi Romeo? [...] ¿Qué hay aquí? ¿Una copa apretada en la mano de mi fiel amor? Ya veo: el veneno ha sido su fin prematuro: ¡Ah, cruel! ¡Lo has bebido todo sin dejarme una gota propicia que me sirviera después! Besaré tus labios: quizá quede en ellos un poco de veneno, para hacerme morir con un cordial (*Le besa*). ¡Tus labios están calientes!

Cuando Julieta escucha ruidos, decide apresurar su fin:

JULIETA: ¿Qué, hay ruido? Entonces he de ser rápida. ¡Ah feliz puñal! [*Toma el puñal de Romeo y se apuñala*]. Esta es tu vaina: enmohécete aquí, y hazme morir. [*Cae sobre el cuerpo de Romeo y muere*].

Las palabras finales de la obra, pronunciadas por el Príncipe de Verona, dan cuenta del valor que Shakespeare asignaba a su tragedia. Sin duda *nunca hubo una historia de más dolor que ésta de Julieta y su Romeo*.

Esta obra es la de la imposibilidad del amor. Los personajes ya no son caricaturescos sino apasionados. El amor es para ellos un veneno, un fuego que a la vez que consume se consume. El amor es una condena, una persecución interminable, que no halla salvación ni siquiera más allá de la muerte. En esta obra encontramos un planteamiento más serio sobre el amor: los personajes no intentan burlar a nadie, no son falsos o excesivos. Esto demuestra que el verdadero amor sólo puede ser objeto de tragedia. El falso amor es propicio a la comedia, como hemos visto en las obras anteriores.

En verdad me parece ocioso sacar conclusiones de la lectura de las obras de Shakespeare. Tal vez algunas razones razonables hallemos. Intuiciones, lecciones de vida, gozo anticipado o revivido. Ello sin duda basta. No hubo ni quizás habrá mayor profundidad literaria en el sondeo del alma humana como la que William Shakespeare ofreció a la humanidad.

Un muerto sin estatua

Es menos desconcertante que te dé por el culo un viajante que un obispo.

AUDEN

Lo conocí en el Cine Radio, uno de esos sórdidos lugares que nunca faltan en cualquier ciudad, por recatada que parezca. Especie de palacio de ópera o de sala de conciertos, el Cine Radio en algún indiferente pasado tuvo su época de esplendor, en la que sin duda albergó orquestas sinfónicas, compañías de zarzuela y acaso a una María Callas o a un Beniamino Gigli.

El Cine Radio es el inevitable lugar común de los pueblos chicos que se convierten en ciudad: de mansión de arte a sala de pornografía. En la actualidad no es sino las ruinas de lo que fuera y su estructura grita al cielo la derrota de sus glorias.

No me tocó tener a Cervantes a mi lado en el gallinero del cine Radio (una especie de circo romano de dimensiones monumentales, con asientos de cemento, sumido en una oscuridad verdaderamente criminal), donde la acción era más cruda y cada cual se ocupaba más de los suspiros ajenos que de los propios y había muy poco respeto por las perversiones ajenas. Me tocó justo abajo, en platea, en medio del ágora, donde quien se considerara relativamente decente podía estar a salvo. (Era claro que ninguna persona que quisiera pasar por respetable —respetable del todo— se atrevía a franquear las enormes puertas del Radio.) Yo me había sentado muy lejos de todos, donde podría disfrutar con entera libertad. Acababa de rebasar la adolescencia y las mujeres de carne y hueso

simplemente no mostraban interés alguno por mi modesta persona —secretamente modesta: la verdad es que nadie tenía mejor opinión de mí mismo que mi propia conciencia afiebrada—. Trabajaba en el nuevo diario de la ciudad y lo mío era todo lo que no fuera Sociales. Al Radio iba en busca de mujeres extraplanas, quizás en venganza contra las de tres dimensiones, que me ignoraban arteramente.

Súbitamente fui consciente de que a mi lado había una presencia inquieta. Inquieta e inquietante. Lo supe porque sentí una respiración pesada y una especie de fetidez como la que emitiría una de esas entidades nunca definidas que sólo aparecen en los antros de la pesadilla. Imaginé que el hedor partía de un reptil, de una criatura que se acercaba a sus víctimas no con sigilo y entera seguridad, sino con torpeza de principiante. (Es claro que por esos días estaba intoxicado con todo tipo de literatura. Tal vez fuera Lovecraft el culpable de mis obsesiones y temores de entonces.)

Todo él era un acezar, un jadeo más animal que humano. ¿Qué buscaba ese hombre, esa criatura deplorable? No quise investigarlo. Me puse de pie rápidamente, salí, y eché a caminar. Cuando iba por el parque Juárez me di cuenta que un Ford negro, anticuado, casi de museo, brillante como una aparición, me seguía. Avancé por Úrsulo Galván, doblé hacia Los Lagos y llegué a la estatua de San Sebastián.

Súbete, muchacho, me dijo con voz temblorosa, yo te llevaré hasta donde quieras. Caminé más aprisa, tomé una calle en contraflujo y cuando creí haberme librado de él, me salió al frente y me cerró el paso.

—Quiero que escuche dos palabras —dijo tartamudeante—. Sólo dos palabras, por caridad. Sé quién es usted. Necesito contarle algo.

Lo empujé y seguí caminando.

Ya cerca del Monte de Piedad, subió el auto a la banqueta, me cerró el paso, descendió y casi suplicante me pidió que lo escuchara por un minuto.

Estuve a punto de ceder a su solicitud cuando vi sus ojos: unos ojos turbios y tristes, que daban lástima y espanto. Imaginé que quería sincerarse conmigo, contarme alguna historia terrible al amparo de unos tragos. Quedaba en mí la sospecha de que quisiera otra cosa. Y eso –tengo que aceptarlo– me asustaba.

La verdad es que mi espíritu cristiano es débil y yo tenía asuntos urgentes esa misma noche. Se trataba de una crónica de la que no vale la pena ni hablar.

—Sólo le pido 30 minutos de su vida –dijo con voz trémula.

Todavía nadie se había suicidado por mi culpa y no estaba seguro de querer iniciar la cuenta. Acepté.

Me llevó a la cantina del Tío Mikey, pidió una botella de Tequila 30-30 y se sentó al frente mío. No dijo una sola palabra. Sólo juntó las manos, como si estuviera rezando y me miró. Imaginé que con su mirada quería transmitirme todo lo que no se atrevía a decir. Yo, que soy, que era –lo que estoy contando sucedió hace quizás once o doce años– más escéptico que curioso, lo dejé disfrutar de su pena, me tomé dos tragos, dije que iba al baño y ya no regresé.

Semanas más tarde tuve noticias de Cervantes, del profesor Cervantes –pronto tuve información abundante sobre él–: fue también el relato de un abordaje. Un abordaje que concluyó de manera deplorable con toda esta historia. Reproduzco un texto periodístico:

Lo conocí en el Cinema Pepe cuando veía una película de terror. Se me acercó y me preguntó qué me parecía la película. Le contesté que bonita pero aburrida. Entonces el profesor me invitó a su departamento a ver unas películas francesas muy especiales. Cuando llegamos a ese lugar me dijo descaradamente que me bañara y luego me pidió que lo usara: Quiero que me uses, muchacho, dijo con toda confianza, y después quiero que me dejes usarte y que no protestes ni te quejes ni le cuentes a nadie lo que va a pasar. Si lo haces, nada te faltará. Te compraré ropa, comida, alguna propiedad, te buscaré trabajo, te daré educación. Eso me dijo.

El personaje objeto del abordaje se pregonaba pobre. Concluyó que el negocio era bueno. Que el trabajo no tan difícil y el dinero fácil. “Si lograba juntar un dinerito hasta podría casarme.”

Habría de decirse sin mucho aderezo que así como Cervantes tenía dos vidas perfectamente diferenciadas que salieron a la luz tras la tragedia, tenía dos casas completamente distintas. En su casa de Azueta vivía con su nana, una viejita de casi noventa años, a la que adoraba y quien nunca se enteró de los secretos de su ahijado. Allí nadie del ambiente nocturno lo visitaba. Sólo recibía a artistas, músicos, gente del arte, la ciencia y el poder. Allí estudiaba, escribía, manejaba sus negocios musicales y administrativos.

En su apartamento de Altamirano, por otra parte, disponía de una cama, un gran equipo de sonido, su televisión panorámica con pantalla gigante, una videocasetera. Todas las paredes estaban cubiertas por alfombras rojas, los cielos rasos con espejos, los armarios llenos de objetos propios para sus fechorías o deleites. (Todos estos detalles los tomo de recortes periodísticos del otro diario. Espero que sepan disculparme el abuso de confianza.)

Antes de que sucediera el infausto suceso que dará fin a esta historia, acepté reunirme con él por segunda vez. De nuevo en la cantina del Tío Mikey, de nuevo tequila 30-30, de nuevo silencio. Mi propósito de investigar su vida se vio frustrado. Tengo que confesarlo: la curiosidad no era malsana, simplemente profesional. Quería escribir un reportaje de altura. Nada tan conmovedor como los pecados ajenos. Se siente uno virtuoso al enterarse de ellos. Eso lo sabe cualquiera. Tengo una disculpa: en este pueblo los temas son escasos: la niebla, escándalos de corrupción política, algún conferenciante de segunda.

Lo miré casi con cariño, acaso con un poco de pena. Tez oscura y barba muy cerrada, cuyas sombras hacían pensar en un rostro mal lavado; ojos eternamente turbios, no tanto por su naturaleza, sino (conjeturé) por la interminable angustia de sus noches y las pasiones que le dejaban el blanco del cristalino inyectado en sangre.

Usaba anteojos de vidrio espeso, que velaban el hálito de maldad o inconciencia que emanaba de su mirada. Anteojos con marco de plástico negro, poco elegantes y siempre amarillentos. En el vestir no tenía estilo alguno. Más bien parecía usar cualquier cosa, siempre barata, como si le molestara ostentar algún lujo, cuando podría usar Armani, Pierre Cardin, trajes de cuatro o cinco millones, como el rector o como don Raciél, y nadie se lo habría reprochado.

(Eran los tiempos en que el rector de nuestra universidad usaba la Sinfónica para sus fiestas y en una sola caja de botellas de vino –Chardonais, creo que se llamaba uno bastante célebre– podía gastar lo que vale un buen auto. Quizás exagere. Lo apodaban Ludwing, el rey loco de Baviera...)

Perdón, regreso a mi historia.

Lo demás es una larga novela que tal vez algún día escriba. Si antes no sucede alguno de los acontecimientos que están haciendo que nuestro pueblo pierda su inocencia. Ya se sabe: a medida que se contamina el aire comienza a ennegrecerse la conciencia.

El profesor Juval Cervantes usaba guayabera, pantalón oscuro, zapatos negros. En su muñeca izquierda un reloj-calculadora de plástico. Esa era la única vanidad que exhibía. El pelo apretado como el esmeril. La nariz un puñito apretado, una especie de muñón sin forma.

Extraño es que aunque llegó a ocupar un lugar eminente en nuestra sociedad provincial –administrador y casi dueño de la Sinfónica– no cayera en la tentación de cambiar su imagen de don nadie. Nunca hubo mejor administrador y organizador. Aunque odiara a las mujeres (y lo pregonaba con absoluta seriedad), se valía de ellas para formar sus cuadros administrativos, que le obedecían militarmente. Con mujeres Cervantes alcanzaba altos niveles de eficiencia y se evitaba, de paso, la tentación de los mozalbetes, a quienes usaba solamente para sus negocios del cuerpo.

—El primer gran alboroto público en el que me vi envuelto fue motivado por una trampa que me tendió el dueño del viejo cine Lerdo—. Por fin escuché su voz, una voz semejante del todo a su figura: cascada, en derrota.

—¿El Cine Lerdo?

—Sí, ese fue el primer lugar donde nos encontrábamos los solitarios. Después, cuando lo rehabilitaron, nos pasamos al Cine Radio.

Juval Cervantes dijo que el dueño del Lerdo estaba hastiado de los ataques de don Raciél Valenti, el viejo moralista y poseedor del único diario por entonces del pueblo. Que el Lerdo era el refugio de las más grandes degeneraciones y aberraciones contra natura, escribía don Raciél en sus célebres Epístolas Profanas. “Y tanto insistió don Raciél, que el dueño del Lerdo me puso una trampa de alimaña en conciliábulo con un adolescente traidor y hermoso. La carnada coqueteó unos días conmigo y me ofreció con los ojos y el caminar lo que siempre buscaba”.

—¿Qué buscabas, Cervantes?

—No lo sé. Algo como la juventud, la fuerza, el poder de los muchachos —dijo secándose las manos sudorosas con una servilleta de papel—. Luego vinieron las palabras en la oscuridad y los roces. Hasta que un día el mancebo arregló todo. En el momento en que yo le estaba dando todo mi cariño, dejó caer unas llaves, se encendieron las luces del cine y me agarraron como a una rata royendo el queso. Tres policías me detuvieron, un notario dio fe del asunto y terminé en la cárcel.

De allí salió gracias a la señora O’ Donnel, eterna benefactora de la Sinfónica. Ella pagó una enorme fianza, indemnizó a los padres del afectado (aquí valdría la pena incluir un par de carcajadas) y se llevó a Cervantes a Sinaloa, donde lo convirtió en secretario privado del director de cultura. Pasados los meses, el recuerdo de su eficiencia hizo que se le llamara para rescatar a la Sinfónica, que había caído en un bache a causa de la deserción del director, un tal Lenormour. Regresó pues el profesor Juval Cervantes a administrar la Sinfónica y cumplió a cabalidad.

Con el crecimiento de su influencia y el manejo de excedentes del presupuesto, Cervantes logró tener a su merced no a uno o dos mancebos, sino a todo un harén de jóvenes, en general magníficos y atléticos, a los que trataba despóticamente, teniendo sin

embargo siempre preferencia por uno, al que pregonaba amor. Si fue fiel o no, se ignora. Las revelaciones que surgieron a raíz de su muerte hacen sospechar que lo suyo no era la fidelidad sino las vías retorcidas.

El criminal declaró, “ante la alta presión psicológica de los investigadores” –sobra hacer notar el eufemismo de los redactores de la nota roja...

que el Profesor había pedido que lo usara contra natura y que luego se negó a liquidar el pago de sus servicios. Cuánto se negó a pagar, preguntó el agente del ministerio público. Tres pesos, respondió el criminal. ¿Se arrepiente de haberlo hecho? No, dijo sereno, me siento feliz, orgulloso, y sé que muchos en secreto se solidarizarán conmigo. ¿Por qué? Porque el profesor me trató muy mal, era un déspota y yo ya había soñado con asesinarlo desde el momento en que por primera vez sucedió aquello. Después de que me usó, me sentí débil, vomité, dormí un rato. Y cuando desperté, no me quiso pagar.

No todo era sombra nefasta y eficiencia administrativa en Cervantes (doctor Jekyll y mister Hyde siguen recorriendo las calles de muchas ciudades del mundo). Su sensibilidad artística fue cantada por músicos de alcurnia. Llegó a escribir un libro ya clásico sobre Arthur Rubinstein, a quien siguió en sus giras por el mundo con celo de amante despechada.

Nadie como Juval Cervantes para escribir las crónicas de los conciertos, las entrevistas a los virtuosos que visitaron la ciudad, los programas de mano. Nadie como él para negociar con celebridades. El profesor Cervantes fue quien trajo a Emil Gilels, Pablo Casals y Rostropovich a la ciudad. El profesor fue quien los paseó por los alrededores, les cumplió sus caprichos, les gestionó los cheques extraordinarios.

También fue músico, pero esto es casi un secreto. Cervantes insistió en mantener ocultas sus dotes. ¿Cómo llegó a ser pianista? Con enorme esfuerzo, sin duda. Huérfano de padres desconocidos, fue abandonado a la puerta de la Casa Sol cuando tenía un mes

de vida. Poco se sabe de su infancia y adolescencia. Fue adoptado por una vieja dama, de esas de piano de cola y solfeo. El niño Juval Cervantes Duval –tal era su nombre completo o por lo menos el que usaba– comenzó a trajinar las teclas hasta que mostró instinto natural y la vieja dama supuso que no sería acción sin recompensa darle pinceladas de educación a aquella especie de criatura silvestre que parecía sublimarse frente al piano.

Imagino que en sus primeros años, todavía incierto de su rumbo sexual y de sus últimos placeres, pero con las tendencias ya definidas aunque no racionalizadas, Cervantes desfogaba sus pasiones en escalas infinitas. Conjeturo que llegó a un punto en el que tuvo que optar entre la apoteosis de los concertistas y las modestas labores de pianista de segunda. Apuesto que no pudiendo abandonar los reflectores, buscó un camino paralelo, como sería el de la difusión cultural, que le daría acceso a Menuhin, Abbado, Plácido Domingo, con quienes trató en confianza, pues su erudición en asuntos musicales y su don de gentes –siempre que estuviera lejos del Cine Radio y sus adictos– no eran cortos.

Que haya habido un autor intelectual tras el asesinato, es dudoso. Los detalles del hecho fueron tan poco elegantes que ningún asesino premeditado habría utilizado esas armas tan domésticas y primitivas: un cuchillo de mesa romo y dentado, y un bastón de bastonera de desfiles.

¿Es concebible que una persona que tuvo la sensibilidad y el don para encantar a Pablo Casals, Henryk Zseryng y Rostropovich, pudiera terminar su vida con los calzoncillos a media pierna, embarrado en sangre y mierda, apaleado hasta caer de hinojos, descalabrado con un bastón de bastonera y con la tráquea destrozada por un cuchillo de mesa, y ello solamente porque no quiso darle tres pesos a un albañil que estaba cobrando sus servicios sexuales?

Días antes de la tragedia, el asesino, quien tenía un horario de citas íntimas con Cervantes (sábados por la tarde, declaró a los periodistas –aquí las versiones se contraponen y lo mejor es dejarlas

así, pues, ¿de qué sirve la verdad, si no es para agregar miseria a la miseria?—) estaba sentado en el parque Juárez con su novia. La estaba besando, dijo, en el instante en que llegó el profesor, quien lo increpó. “Prostituto, homosexual y degenerado”, así me dijo el infame, declaró el futuro asesino.

Esa misma tarde el hombre fue a visitar a Cervantes para reclamarle. ¿Cómo es que usted, profesor, sí puede tener otros amigos y yo tengo que reservarme sólo para usted?, le preguntó humildemente. Cervantes le respondió: Porque yo tengo todo el dinero del mundo para comprarme todos los machos que quiera y tú eres un miserable albañil que me coge y a quien chupo la sangre por diez pesos. E inmediatamente le pidió que se bajara los pantalones, dulcificó la voz y le dijo humíllame, mi amor. El asesino, en lugar de hacerlo, empujó a Cervantes sobre la cama, le sacó un billete de la billetera y huyó. “Estuve tomando hasta el otro sábado, en que me tocaba visita conyugal con el Profesor. Cumplí la cita y pasó lo que pasó.”

Días después del asesinato el diario —el de la competencia— dio la noticia de que el profesor había padecido de una enfermedad incurable... incurable e innombrable. Los parroquianos se dieron a las conjeturas: ¿Enfermedad incurable? Obvio. ¿Conclusión? El asesino se había enterado de la enfermedad incurable. ¿Total? El móvil de la venganza estuvo más que completo. Las declaraciones de los asiduos al profesor se desencadenaron. Sí, el profesor había padecido de la enfermedad maldita, lo que en lugar de mitigar su ansia sexual, se la estimuló y la llevó más allá, hasta el punto en que se convirtió en una especie de insaciabilidad. Los vecinos señalaron que Cervantes recibía a grupos de muchachos que podían llegar a diez maleantillos y que en ocasiones éstos salían desnudos al corredor del apartamento en Altamirano.

“X”, uno de los ocasionales visitantes del profesor que dio declaraciones al programa *Evidencias*, de una cadena televisiva nacional, accedió a revelar detalles de la intimidad del hoy occiso. Lo primero que hacía el profesor cada vez que quería realizar sus desmanes, era poner música grandiosa, la obertura *Semiramis*, *Los maestros cantores*

de Nuremberg u otras de grandes coros y orquestas, cerraba los ojos y comenzaba a dar instrucciones, haz esto haz lo otro.

Esta ciudad le debe gran parte de su esplendor a Juval Cervantes. Fue él quien le llevó las mañanitas al Coronel Tejar con la banda municipal y quien le sugirió que financiara una orquesta sinfónica; fue él quien reclutó a Heralde de la Reguera y lo trajo con engaños desde Roma para que se hiciera cargo de la Sinfónica, que estaba a punto de caer en ruinas; fue él quien se dedicó a repartir bonos para sostener la orquesta cuando el gobernador decidió retirarle el subsidio de un millón de pesos anuales. El profesor fue el artífice de la primera interpretación de la Novena de Beethoven y de la Octava de Malher, ocasiones en que el público aplaudió ininterrumpidamente durante quince y veinte minutos, respectivamente.

La ciudad fue pacífica y culta, una verdadera Atenas, pero en los últimos tiempos ha habido una serie de crímenes atroces. El primero de ellos fue el del antropólogo Ferráez, que fue envuelto como un taco con una soga de muelle, amordazado y torturado, cubierto con una sábana y dejado a la intemperie, escurriendo sangre hasta la muerte. El segundo fue el de una lesbiana que recibió setenta puñaladas en el parque Bicentenario. Se conjetura que en la ciudad anda suelto un asesino de homosexuales, acaso una víctima del mismo Cervantes, que le dejó el obsequio de la enfermedad innombrable.

Habiendo sido tan adicto a los grupos de muchachos, no sería remoto que haya toda una corte de criatueros contagiados en la ciudad.

Don Raciél cayó en cama después del asesinato de Juval Cervantes y el viejo diario suspendió sus investigaciones en torno al caso del profesor. Parece que el prócer está con un pie en la tumba y que no quiere que nadie se le acerque, acaso porque, habiendo tenido tanto poder, se ha creído inmortal y no quiere que nadie lo vea con las sombras de la muerte en el rostro.

El tema de las dos vidas y los dos espacios de Juval Cervantes tuvo nuevas versiones. El diario *Política* publicó los siguientes datos:

En su casa de Azueta, un caserón viejo lleno de muebles antiguos, cortinajes, columnas y estatuillas —reproducciones de Rodin, casi todas ellas— se hallaba la parte divina de su vida. Allí almacenaba tres vehículos: un Rolls Royce impecable, que sólo sacaba cuando debía ir por los directores de la sinfónica o los solistas; una Suburban, para grupos selectos de gente, y un Ford antiguo, para la vida diaria. Su lugar preferido era una enorme sala en la que había instalado una televisión con sistema digital de pantalla gigante. Allí veía sus videos de las grandes orquestas en compañía de estudiantes de música y de amigos del mundo culto. En su apartamento de Altamirano todo era de una austeridad franciscana y de un mal gusto insuperable, agreguemos: apenas una sala mal acondicionada con asientos de vinil, y una recámara con una rústica y sólida cama extragrande. Sobre una mesa de madera de pino sin cepillar se encontraba el equipo de sonido, de calidad dudosa, y otra televisión gigante, para las películas que acompañaban a sus orgías.

Y así como era la división de sus espacios, su cielo y su infierno (afirma el periódico), era su vida: llegaba de un viaje a Bélgica, en el que se había entrevistado con los grandes directores de orquestas, e inmediatamente corría a buscar a sus muchachos, entidades con aretes, tatuajes, olorosos a sudor rancio y perfumes baratos.

Hay una anécdota iluminadora que sucedió en una de las giras provinciales de la Sinfónica. Fue en Chicontepec, durante un concierto en la Asociación Ganadera. Un perro, antes del inicio del concierto, insistía en entrar al escenario y no había forma de sacarlo. El director, Herralde de la Reguera, decidió tener la fiesta en paz. “Déjenlo pasar. También las bestias tienen derecho escuchar *La consagración de la Primavera*”, dijo. De modo que se dejó estar al perro. Éste volvió a entrar al escenario, caminó elegantemente y se echó al lado del podio. Allí escuchó el concierto mientras miraba atentamente al director. Cuando éste salió del escenario acompañado por los primeros aplausos, el perro lo siguió tras bambalinas. Y cuando Herralde de la Reguera regresó llamado por el público, el perro venía detrás. Una y otra vez perro y director de orquesta entraron tras bambalinas y volvieron al escenario e incluso cuando el director se inclinó para agradecer, el perro también lo hizo.

Como este perro fue Cervantes, que siguió a la orquesta por todo el mundo, con humildad, con cariño, cultivando como un huerto sellado una leyenda que guardó para sí, esa parte bestial, que desgraciadamente salió a la luz en sus últimos días. Tres pesos le hubieran bastado para conservar limpia su memoria.

Juval Cervantes ya no podrá tener estatua, como sí la tiene don Raciél Valenti, de quien se conocieron tras su muerte asuntos aun más atroces, que fueron sepultados bajo siete sellos —yo conocí a la persona que mes a mes le llevaba un gran cheque a Valenti, para que no denunciara a los que estaban desforestando el Cofre de Perote, nuestra montaña tutelar, fuente de agua y de todo esplendor—. Y, ¿saben quién era el presidente del Comité de Defensa del Cofre de Perote? ¿Es necesario escribir su nombre?). La leve diferencia entre Valenti y Cervantes es que nuestro estatuario prócer era propietario del único periódico que establecía los límites entre el chisme y la verdad histórica. El precio de un ejemplar de su periódico era de tres pesos. No deja de ser curiosa la simetría de los números.

Esta memoria no pretende rescatar a Cervantes ni condenar a Valenti. Si hay una justicia divina ella se encargará de arreglar las cargas que quedaron tan mal distribuidas en la memoria de esta ciudad.

La farsa y la gloria

Don Pedrolleras vive lleno de proyectos. Un viaje al Himalaya, por ejemplo. Cuando no resulta, sencillamente desaparece y hace creer –eso supone, el pobre tipo– a sus amigos que estuvo en cuerpo y alma en la cima del mundo. A nadie sorprende. A nadie engaña. Su farsantería es pública y se la soporta como se soportan los accidentes del clima. Por eso cuando recibió una invitación –una invitación auténtica– a dictar una conferencia en París, supo que había llegado el momento de la venganza. La hora de hacer justicia a la alta opinión que tenía de sí mismo y que no todos sus amigos compartían (lo que en verdad es, vale la pena revelarlo, un eufemismo: en la oficina donde trabaja –donde trabajamos– priva la idea generalizada de que Pedrolleras es, simple y llanamente, a más de un farsante de ley, un mediocre con aspiraciones, un platanazo, un pelmazo, un insufrible. Hay que hacer la salvedad de que tiene algunos méritos que por el momento vamos a soslayar). Hecha la dolorosa y sin duda insultante pero necesaria aclaración, procedamos. Antes hagamos una subaclaración: la palabra *amigo* en el diccionario y en el mundo del lenguaje cotidiano tiene un significado diametralmente opuesto para el común de las gentes al que le asigna don Pedrolleras. Para nuestro personaje *amigo* quiere decir “persona importante a la que yo en alguna oportunidad le hice un favor que tarde o temprano me va a pagar con creces”. (El favor naturalmente es ficticio, pero en la memoria inmediata de Don Pedrolleras, tan real como la existencia de la Tierra, y el pago que se le debe a tan ínclita persona, una especie de maldición

irredimible.) Entre sus *amigos* se cuentan los grandes nombres de la literatura, presidentes, gobernadores, rectores, senadores de la república y la plana mayor de la intelectualidad mundial.

Volvamos a París. Nunca se puso a pensar don Pedrolleras si en realidad tenía algo que decirles a unos señores que imaginaba encorbatados, con *gazné* de maricas o corbatines al estilo Turbay, envueltos en efluvios de colonias caras, bajándose de sus Rolls Royce o de sus BMW, tal vez con bastones con empuñaduras en forma de hocicos de perros y mujeres altas, hermosas y trastabillantes, ebrias de champaña y cocaína, eructando caviar y perdices afganas almendradas.

El único y poco leve inconveniente era el hecho de que –invitación algo extraña–, don Pedrolleras debía buscar financiación para los gastos de viaje, hotel y alimentación. Antes de haber conseguido los tres mil dólares que necesitaba, pregonó en la oficina lo del alto honor que se le hacía. ¡El Banco Interamericano de Desarrollo le pedía una conferencia en París! Sacó cinco fotocopias de la invitación y las colocó en carteleras. Comenzó su peregrinaje en busca de fondos. Visitó al director de investigaciones. El doctor Bontreris, su *gran amigo*, que había pasado la vida torturando conejillos de Indias con la intención de investigar en ellos por qué a veces los seres humanos se deprimen sin razón, fue el primero de la lista. El doctor Bontreris le dijo escuetamente que era imposible. Visitó al secretario del rector, quien muy amable, acariciando su mano paralizada, le dijo que se ocuparía personalmente del asunto, y de paso le pidió prestado un libro de Saramago porque su esposa estaba interesada en leerlo (Pedrolleras *siempre* tiene en su biblioteca los libros de moda. Eso se sabe). Pasaron los días, menudearon las visitas a los *amigos* y el dinero no llegó. Finalmente Pedrolleras rompió el cochino y logró juntar la cantidad necesaria. Tramitó la visa, que le fue concedida con enorme facilidad ante la pomposa carta del secretario del BID, Marcelo Ferdinand. Marcelo Ferdinand, que de anónimo corresponsal fue elevado a la dignidad de *amigo* de Pedrolleras, no escatimaba elogios a la alta investidura del intelectual y valor civil de nuestro personaje (hay formas de engañar

a distancia y don Pedrolleras, más que cualquiera, lo sabe: su página *web* no le pide nada a la de un premio nobel o a la del pícher de los yanquis de Nueva York). Arregló pues sus cosas Pedrolleras y tomó un avión de Air France, que lo puso en el aeropuerto Charles De Gaulle en diez horas de espléndido viaje en el que coqueteó ostentosamente con una azafata no del todo estropeada por los viajes y sus curiosos y no siempre refrescantes avatares. (Los detalles y los adjetivos provienen de las infidencias posteriores del aguerrido conferencista en una especie de rueda de prensa que ofreció a la hora del café.) Pedrolleras recurrió a los viejos casetes de la Alianza Francesa y durante todo el viaje estuvo practicando las frases más usuales. Antes, en su casa, había mandado varios *emilios* a sus amigos –dos atorrantes como Pedrolleras, que habían llevado su mediocridad hasta los bordes mismos del Arco del Triunfo– para que prepararan la recepción. La verdad, tuvo que confesarles Pedrolleras, es que no podía llegar a un hotel de cinco estrellas, ni siquiera de dos, sino que necesitaría de la misericordia de los amigos, de una esquinita en un sillón de la sala de la casa de Gerardo Martínez, corresponsal de AOL en París, o de una buena alfombra donde Eusebio Peláez, cuyo apartamento en la Rue de Saint Peres, podría ser un pequeño palacio o simplemente un cuarto de buhardilla. No se sabe. Solicitó encarecidamente a Gerardo y a Eusebio que lo recibieran en el aeropuerto. Ni uno ni otro se comprometió. Gerardo le contestó un *emilio* en los siguientes términos: “26 de febrero de 1999. Querido Pedrolleras: El tiempo pasa veloz. Esta ciudad está maravillosa, el clima cambia, es mucho más benévolo que en mis buenos tiempos. La vida intelectual es tensa y hay muy buena literatura circulando, tanta que no da tiempo para explorarla. A eso se agregan novedades y reediciones de todo tipo, que enloquecen a curiosos como tú y yo. De modo que mi cerebro está funcionando a marchas forzadas y renovado. Las muchachas que se ven por las calles son bastante efectivas, por decirlo de alguna forma, y capaces de ofrecerte el paraíso a cambio de una botella de White Label. Sus perfumes, sus abrigos y su ropa, sus rostros, sus cabellos largos, son una maravilla, un regalo para este exiliado

permanente que ve transcurrir sus años hacia el crepúsculo en la ciudad que más ama. Camino mucho tiempo por las calles llenas de leyenda, por las zonas históricas, embebido de pasado... Una ciudad totalmente literaria, apta para un paisa como yo. Voy a bares de moda y aunque ahora me porto mejor, siempre me pierdo... Cargo mi portafolios lleno de revistas y suplementos, obras inéditas y en proceso. ¿Ya leíste la novela que te mandé por correo electrónico? Espero tu juicio como el de Dios. La verdad es que esta profesión es bastante miserable: cuando crees que has tocado el cielo, descubres que sigues siendo un perro de carnicería o un pobre borracho bajo unas escaleras. Hablamos de ti con Eusebio Peláez en el café Le Nemours, cerca de Palais Royal y estuvimos de acuerdo en que seguimos esperando tu gran obra. Más allá de tus prólogos se adivina el parpadeo de la novela del siglo –Pedrolleras suspendió la lectura. ¿Estaría burlándose el buen Gerardo?– Sigue escribiéndome. Seguro te contaré muchas cosas.” Y eso fue todo. No dije que lo alojaría, *comme il faut*, previa recepción en el aeropuerto, en su casa. La respuesta de Eusebio Peláez fue más directa: “En cuanto a tu venida acá, siento que no dispongas de una invitación como la que mereces. Me parece que los del BID son unos tacaños. ¿Qué invitaciones son esas en las que no te pagan pasaje ni hotel? Respondo a tu pregunta: hay varias maneras de llegar a París desde los dos aeropuertos. Ya te explicaremos Gerardo o yo cuando llegue el momento. Una de las frustraciones de la vida parisina es que los apartamentos son muy pequeños; otra, la ausencia de esa maravillosa institución que se llama muchacha de servicio, y que en nuestro país hasta los pobres pueden pagar. Lástima que yo no disponga de un gran apartamento y de una de esas agraciadas y serviciales muchachas, circunstancias que me permitirían practicar las leyes de la hospitalidad como quisiera”. Fin.

De modo que sin guía, sin alojamiento y sin mapa fue llegando don Pedrolleras a las 2:30 de la tarde al aeropuerto Charles De Gaulle entre el encanto y el terror, y con los pocos dólares que había podido conseguir bien adheridos a la base del calcetín izquierdo, dispuesto a defenderlos hasta la muerte para que le dura-

ran exactamente quince días. Sabía que París además de ser una fiesta era una de las ciudades más caras del mundo, pero confiaba en su espíritu de proletario y en su reconocida capacidad para exprimir piedras. La vida lo había hecho subir poco a poco y ya tenía a su haber varias glorias: no sólo un buen cargo en la universidad, sino media docena de prólogos y casi veinte conferencias de los más variados temas. Tenía sus méritos. Hay que repetirlo. Y sin embargo seguía siendo soldado de infantería. En París no era o no iba a ser más que un inmigrante africano sin pan y sin lecho si pronto, muy pronto, no encontraba un abrigo generoso y quien lo alimentara sin preguntarle dónde estaba la gloria que tanto había pregonado en cartas y la fortuna que había cacareado por medio de correos electrónicos (la verdad es que la fortuna, la fortunita, existía, pero estaba hipotecada y a nombre de un sobrino solterón; don Pedrolleras por algún designio financiero o hacendario prefería no poner su nombre en ningún documento oficial. La fortunita estaba constituida por dos casas, una incluso impresionante, y dos vehículos, el Chevy del año y una vieja *pick up* marca Dodge). Incluso con todo ese aliño financiero en París no seguía siendo más que un pobre colombiano como tantos otros, un colombiano expósito, que podría terminar aterido de frío en una estación del metro si pronto no encontraba quien reconociera su gran talento viajero y le diera su lugar. ¿Lo primero? Encontrar a Gerardo o a Eusebio Peláez y esperar que ellos se adelantaran a ofrecerle su casa (tal vez se hubieran arrepentido de su parquedad). Con gran dolor y apretando las nalgas Pedrolleras cambió sus primeros dólares y tuvo en sus manos monedas para hacer las llamadas correspondientes. Buscó, haciéndose líos con sus maletas (¡el pobre!, siempre viaja, en la imaginación antes, y en la realidad ahora, como si fuera al fin del mundo, con cantidad enorme de zapatos, tenis, ropa abrigada, diez libros que ni siquiera ojea y una tablita de escribir para registrar los eventos de su vida cosmopolita. Muy en secreto lleva también pan de caja, mayonesa y jamón). Buscó, entre el desastre de ropas y libros, su agenda telefónica. Una vez que la tuvo en sus manos fue a la caza de un aparato y ya al frente de él, rastreó

la ranura que serviría como la llave de oro de París. No, no había ranura. Donde fueres espía lo que vieres, se dijo cediendo el lugar a una tipa de casi dos metros de estatura (don Pedrolleras mide un metro sesenta y cinco, pero con sus zapatos especiales, que son los que ahora monta, alcanza la respetable estatura de un metro setenta y cinco). La gigante tenía una nalga tatuada completamente expuesta en la que había una especie de poema de amor en inglés que habría traducido sin tener que inclinarse demasiado ostensiblemente si la letra del tatuador no hubiera sido tan retorcida (hay que decir que don Pedrolleras efectivamente habla inglés, aparte del francés del Método Aliance –aclaremos: podía hablarlo con la directora de la Alianza de Bogotá–. Pero una cosa era lo que imaginaba saber Pedrolleras y otra lo que en verdad sabía. Y una cosa era hablar con la directora de la Alianza, Ligye de Shuyter, y otra hablar con los franceses de la vida real que no tendrían miramientos ni observaban las reglas del correcto francés de academia). Observó cuidadosamente don Pedrolleras cómo hacía la gigante para llamar y vio que ella introducía una tarjeta en una ranura casi invisible. ¡Ah jumento!, si el teléfono era de tarjeta, de modo que con su maleterío a cuestas se dio al trabajo de buscar una tarjeta telefónica. Caminó y caminó por corredores y finalmente halló un sitio parecido a una farmacia. Vio a una linda francesita –ah, sería tan fácil enamorarse de una mujer así, tener un *affaire* de último tango y registrarlo en su tablita de escribir– con sus dientes de conejo Buggs y su masticar de chicle atendiendo en el mostrador y le dijo algo semejante a *vule vu me doner una carte telefonique*. La mujer como si hubiera entendido perfectamente levantó un dedo displaciente y señaló el horizonte, hacia el cual avanzó con alegría Pedrolleras sin saber a dónde iba. Cuando se percató de que iba hacia el horizonte pero que el horizonte era de nuevo un laberinto de corredores sin solución, supo que la individuo le había señalado otro teléfono. De modo que regresó a la farmacia y humildemente dijo *je ne parle pas fransuá* y luego en lugar de hablar, se transformó en mimo, puso su mano plana, la introdujo en una ranura aérea entre el dedo pulgar y la palma de la otra mano, luego levantó un ima-

ginario auricular y fingió hablar. La bella francesa —no podía ser otra cosa— sonrió, abrió las manos y dijo *hélas*, buscó la tarjeta y la entregó. Pedrolleras miró el precio y literalmente dejó escurrir el ánimo como una indiscreta meada de perro a sus pies. Si compraba la tarjeta podría garantizar el irremediable inicio de su muerte por inanición. Gota a gota se iría el dinero. Pero ¿qué hacer? La compró. Regresó pues al mismo teléfono de la gigante y suspiró: todo estaba bien, ¡adelante! Levantó el auricular, introdujo la tarjeta, marcó un número y escuchó una sarta de instrucciones que no logró comprender. Extrajo su tarjeta, respiró profundamente y volvió a intentarlo. Ignoró la voz y comenzó a marcar números. Esperó. De nuevo la voz incomprensible de una anunciadora de supermercado. Pudo sacar en claro que el número era incorrecto. Para entonces ya las reservas de la tarjeta comenzaban a bajar. Finalmente se comunicó, pero no logró hacerse entender y supo que había llamado de nuevo a un número equivocado. Retiró la tarjeta, cerró los ojos con fuerza, se sentó en las maletas y quiso llorar. Entonces recordó que no era un miserable meteco sino Pedrolleras el grande, cuyo currículum ocupaba cuarenta y cinco cuartillas a espacio sencillo. Levantó la frente. ¿Te acuerdas, Pedrolleras, de tus dos conferencias en la Escuela de Bachilleres Antonio Nariño y de cómo aquella concurrencia formada por la elite de los alumnos de aquel plantel permaneció estática escuchándote y luego te hizo preguntas durante dos horas? Pedrolleras infló su pecho y miró el río de gente que pasaba a su lado y súbitamente como una maldición y un rayo de luz vio a Renito Pardo, el escritor ecuatoriano que lo maldijo públicamente en un congreso en Tunja y que era un pobre, un miserable, un envidioso, pero hablaba español y francés y había hecho un doctorado en Toulouse (según supo de la lectura pública del currículum del renacuajo). Haciendo un esfuerzo de voluntad se humilló, le tocó el hombro y le preguntó ¿te acuerdas de mí? Sí, dijo Renito, eres el crítico colombiano que se atrevió a anunciar la muerte literaria de García Márquez argumentando “esclerosis adjetival”. Ese soy yo, dijo Pedrolleras conciliador, y quiero pedirte un favor, que me hagas una llamada telefónica. Renito es-

bozó una mueca de superioridad, introdujo la tarjeta, marcó el número y habló con una soltura asombrosa. Luego, dirigiéndose a Pedrolleras le dijo: “En la línea está un hombre que dice llamarse Eusebio Peláez, ¿a ése buscas?” Pedrolleras asintió y tomó el auricular, pero antes quiso poner una mano sobre la tabla de naufragio. Le preguntó a Renito a qué vienes. A la presentación de la traducción de mi novela más reciente. Pedrolleras asimiló el golpe casi inexpressivo. ¿Y dónde te quedas? En el hotel Montmartre. ¿Y tú? Vengo a dictar una conferencia ante la Asamblea de Gobernadores del BID. Una vez dicho lo anterior supo que había metido las patas hasta la coronilla: no podría pedirle asilo y ayuda a Renito. De modo que vio alejarse la mueca sarnosa de ecuatoriano por uno de los bruñidos corredores del aeropuerto Charles De Gaulle. Buena suerte. El maldecido de Renito arrastraba elegantemente dos carritos Samsonite de la más nueva generación.

Eusebio Peláez al teléfono: qué gusto de tenerte en París, ya te tocaba, con tantos honores que has cosechado, ahora debes conquistar la Ciudad Luz. Sí, Eusebio, ya me tocaba. A ver cuándo nos vemos, dijo Eusebio Peláez, yo tengo tres días muy atareados, pero si quieres nos ponemos una cita en el Café Royal el miércoles a las dos (y aquí dijo una dirección que Pedrolleras no pudo tomar porque en ese momento se ocupó de pensar que todo en París, todo, se llamaba Royal). “Qué pena”, respondió Pedrolleras, “a esa hora tengo que estar con Marcelo Ferdinand, el secretario del BID”, pensando que la cuenta del café tendría que pagarla con sus pobrecitos dólares. Entonces no dudes en volver a ponerte en contacto conmigo, dijo Eusebio Peláez, disculpa, están llamando a la puerta. Clang, teléfono colgado. La mitad de la llave de París estaba perdida. Pedrolleras se volvió a sentar en las maletas, entrelazó los dedos y cerró los ojos. Le quedaba una carta: quince minutos de tiempo en la tarjeta. Volvió a abrirlas y pensó que era una criaturita de la creación y que Dios (con quien tenía, naturalmente, alguna relación particular, por no decir una vieja amistad) no lo iba a abandonar. Se dedicó a mirar a los que pasaban y estuvo sondeando la posibilidad de abordar a otro pasajero. Vio a una adolescente de

pelo corto, tenis sucios, *jeans* rotos y bolsa de arpillera, gringa universitaria, se dijo. En un inglés bastante aceptable, con acento que quiso ser afectadamente londinense, le pidió que hiciera la segunda llamada. Respondió Gerardo, maessstro, gritó, dónde estás, en el aeropuerto de París, respondió, y más perdido que un pingüino en el desierto de Sahara. Toma un taxi y vienes a mi casa, te espero con una botella de champaña en la hielera. Es que, dijo, tengo poco dinero, ¿no habrá otro medio de transporte más económico? Gerardo explicó con detalle, mira caminas hacia La Gare Ouest y compras un tiquete de la ruta Strasbourg-Saint Germain y te bajas en la parada del Passage du Cerf, sales al Bar Royal (¡Royal otra vez!, debía ser una señal divina) y de allí vuelves a llamarme. Yo voy por ti. Pedrolleras siguió las instrucciones como si en ello le fuera la vida y pronto estuvo en los brazos de Gerardo. ¿En qué hotel te vas a quedar? No tengo hotel. Mira, en mi covacha no puedes quedarte porque estoy arrimado con mi hija en donde un africano que es muy celoso (¿querrá decir que mantiene relaciones inmorales con el africano? Pedrolleras no es moralista pero tiene noción de los límites de la elemental dignidad). Está a punto de mandarme a la calle. ¿Qué hacer? La Casa de los Inmigrantes. Yo te llevo, pero primero vamos por la botella de champaña. Compraron algo menos que champaña, sidra italiana, y la bebieron entre grandes celebraciones y añoranzas –los dos habían participado en el Taller Literario de Isaías en la Universidad Central, los dos compartieron la idea de ser genios en potencia.

Gerardo no dejó de lanzar exclamaciones, el grande, el coloso, el genial, el que se había enfrentado a los poderes infernales, ahora estaba en París. ¿Puedo ver la conferencia que vas a dictar? No la he escrito, dijo Pedrolleras, pienso improvisar. Siempre atendido a la diosa inspiración, mi coloso, dijo Gerardo. Luego lo llevó, pagando él un taxi destartalado, a la Casa de los Inmigrantes. Allí, entre africanos y turcos no muy bien encarados y que ni siquiera se ocuparon de mirarlo, Pedrolleras pudo dormir vestido y extenuado su primera noche de pulgas parisinas. Al despertar supo que de alguna manera tendría que hablar con Ferdinand para definir la hora

de la conferencia y explorar la posibilidad de un apoyo económico. La sede de la Asamblea de los Gobernadores del Banco estaba, por una milagrosa coincidencia, muy cerca de la Casa de los Inmigrantes. Pedrolleras planchó su traje grano de pólvora –regalo de su hermano rico– y buscó sus zapatos estelares (de triple tacón). Halló con terror que había desaparecido la maleta de los zapatos y que sólo le quedaban los tenis con los que había dormido. Así se dirigió a la sede de la Asamblea. Su figura no era elegante de ninguna manera, pero sí categóricamente llamativa. El traje algo grande, la camisa un poco raída en el cuello y las mangas, el ánimo ondeando como una bandera tricolor en la cima de la Torre Eiffel. Estuvo haciendo antesala en un enorme salón totalmente rodeado de columnas y armando su espíritu para mostrarse como lo que era, un guerrero de la pluma, un gladiador intelectual, que iba a dictar una conferencia ante los grandes de las finanzas latinoamericanas. Lo recibió el secretario del secretario, un costarricense amable, que hablaba en excelso diminutivo, y quien celebró la presencia de Pedrolleras. Ferdinand estaba muy ocupado con una comisión hondureña que había venido a pedir apoyo para la reconstrucción del país tras los pasados huracanes. De todos modos la cosa marchaba, su conferencia estaba programada para mañana a las doce del día en el Palais des Noséqué y la expectativa era grande. Le entregó un programa de mano, en el que figuraba su nombre escrito de manera extraña, la hora, la dirección del Palacio y el pomposo apelativo del un salón asignado. Mañana te esperamos, bienvenido, hablarás ante *la crème de la crème de la intelectualité*, dijo acompañándolo a la puerta, una puerta como de castillo, por la que podrían pasar tres Pedrolleras uno sobre otro. Nuestro personaje regresó eufórico a la Casa de los Inmigrantes, pagó un almuerzo económico en el Café de la Lune, acompañado por una mujer muy maquillada, que se pasaba la lengua con poca delicadeza sobre unos labios pintados de un horroroso color morado y que logró hacer que nuestro héroe le pagara dos rondas de Ricard. Tras rechazar elegantemente las insinuaciones de la mujer, Pedrolleras se sintió viejo parisino y decidió que todo marchaba de maravilla. Sobre la misma mesa

del café, utilizando su tabla de grandes eventos y su pluma imitación Montblanc, comenzó a tomar notas para su conferencia. El tema sería el papel salvador de la cultura latinoamericana al inicio del próximo milenio. Tres horas le bastaron para dejar a punto lo que iba a decir. La idea central era que la conservación de la especificidad cultural garantizaría un desarrollo particular en cada país y que habría un giro global desde el neoliberalismo hacia un humanismo integral. También agregó un punto polémico: la legalización de la droga serviría como una fuente de ingresos alterna y se llevaría a cabo una educación de los narcotraficantes para convertirlos en industriales. El papel de los artistas sería asesorar a los gobernantes para que comprendieran la función de apertura que la droga cumpliría. Pero no era esta idea la más agresiva, sino el remate de ella: la droga se convertiría en eje de la trascendencia: el hombre podría comunicarse gracias a sus efectos con el mismísimo Dios. Era un hecho: Dios estaría al habla cuando el hombre estuviese preparado. Con esta última idea Pedrolleras se aseguraba la atención de los medios de comunicación y posiblemente el acceso a algún tipo de comodidad. Tal vez podría cobrar unos francos por una entrevista exclusiva con *Le Figaro*. Quizá la editorial Grasset et Frasquelle quisiera financiar una gira de conferencias promoviendo al emisario de este nuevo Dios domesticado. Esa tarde y esa noche Pedrolleras sintió crecer su alma a un ritmo que no sabría si iba a poder controlar. Intuyó, sincerándose consigo mismo, que en el puro fondo no era lo que todos creían: un farsante, un esquemático y risible fantoche. Empezó una de sus tradicionales expediciones –cada vez que estuviera en una ciudad desconocida se había prometido a sí mismo caminaría horas y horas, hasta apropiarse de la ciudad– que lo llevó a recorrer los Campos Elíseos de cabo a rabo. Entró a todos los museos que eran de acceso gratuito y recordó que una semana le había bastado para recorrer entera la isla de Manhattan, y pensó que toda esa experiencia le iba a servir de material inmejorable para sus notas autobiográficas –Pedrolleras opinaba que todo hombre grande, tarde o temprano, debía tener la humildad de sentarse a hacer un balance escrito de su vida–. El he-

cho de que en realidad no hubiera estado nunca en Manhattan en cuerpo y alma, pero sí en la imaginación, no afectaba en un ápice su experiencia de la isla ni el mundo que adquirió en la fabricación de los detalles que le sirvieron para narrar su iluminador viaje. Así, con la conciencia tranquila y los pies ardiéndole y un hambre feroz, siguió caminando ya al borde de la alucinación. Súbitamente se percató de que estaba en el punto donde se había encontrado con Gerardo Martínez: la calle Strasbourg-Saint Denis. Le regocijó saber que esa era la segunda vez que pasaba por el mismo sitio, lo que le proporcionó un sentimiento de pertenencia. Poco faltaba para que fuera ya un parisino hecho y derecho. Caminó con indiferencia muy profesional frente al Bar Royal, entró al Passage du Cerf, una calle empedrada que reflejaba los relámpagos de las luces de las *sex shops*. Un aire fantasmal rodeaba a mujeres de todas las nacionalidades que ofrecían crípticas caricias por cien o doscientos francos. (La frase es literal. La pronunció en la oficina sin rubor alguno en su conferencia de prensa a la hora del café.) Entró a la intersección de la rue Beauregard y Saint-Denis. Se detuvo bajo un enorme arco de los tiempos de Napoleón Primero. Sintió aquella edificación como una aureola, como una corona de olivos, como la definitiva exaltación de su persona.

Contar la forma en que a partir de entonces pudo llegar a la Casa de los Inmigrantes, sería dispendioso y tal vez echaría a perder lo que ya llevaba ganado nuestro protagonista. Baste decir que estuvo perdido durante cinco horas, en las que pasó seis o siete veces por el mismo arco y que cuando encontró su nido de pulgas parisinas pudo dormir como un cosaco tras la batalla. A la mañana siguiente lo despertó Gerardo, quien lo llevó a desayunar como un auténtico sultán en un restaurante no del todo limpio. Si sabes vivir en París, puedes hacerlo con poco dinero, dijo el amigo. Regresaron a la Casa de los Inmigrantes, Pedrolleras vistió su traje grano de pólvora y juntos emprendieron camino hacia el Salón Oval del Palacio de Cornualles. Vas a ser testigo de mi conferencia, dijo ensanchando el pecho de paloma Pedrolleras. Pero no fue así. A la puerta un tipo inexpresivo –un ujier, aclaró el informante– le

impidió el paso a Gerardo. Al ver el gafete de Pedrolleras, inclinó la cabeza y señaló el camino. Entonces Pedrolleras sintió que el corazón le pesaba mucho más que el alma y que comenzaba a escurrírsele por el pecho hasta la cintura y el suelo. De todos modos sonrió con aires de suficiencia y le dijo a Gerardo espero que mañana me veas en los periódicos. Y se despidió. Pasando una segunda puerta, un hombre de ademanes tan elegantes y ridículamente vestido como el anterior, lo tomó del brazo, le dijo *mesié Perulleró* como quien pronuncia el nombre y el año de un buen vino, y lo acompañó a una tercera puerta, donde un nuevo individuo lo recibió sonriente y lo llevó hasta una nueva puerta, incluso más estrecha. Allende ella estaba el hombre que había visto en internet, con su biografía, su foto y su currículum. Era, ni más ni menos, Marcelo Ferdinand, Secretario General del BID. Lo abrazó con una efusividad muy chilena, le plantó un par de besos muy franceses y le dijo estaba seguro de que no nos fallarías. Luego, tomándolo del brazo, lo llevó hacia una nueva puerta, apartó una cortina y dijo, adelante. Tal vez Dante ante el desfiladero desde el cual se contemplaban los abismos del infierno no se hubiera sorprendido tanto como se sorprendió Pedrolleras (textual, en su posterior relato.)

Ante él había un podio iluminado por reflectores a los que poco a poco fue acostumbrándose y cuando pudo hacerlo vio un salón inmenso, colmado de personajes, entre los cuales, por inferencia no muy brillante, pudo concluir que estaban los gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo, los magnates, los dueños de millones de dólares y estalló la sala en un aplauso ensordecedor y una voz en *off* anunció la conferencia magistral de Juan Miguel *Perulleró*, uno de los intelectuales más brillantes de la nueva generación que estaba emergiendo en Latinoamérica, autor de libros imprescindibles, traducido a todos los idiomas cultos.

“Ese no es mi apellido y ese no es mi currículum”, se dijo Pedrolleras, pero siguió sosteniendo la caña de pescar ante un pez más gordo de lo que había imaginado. Los aplausos se prolongaron lo suficiente para que Pedrolleras viviera un mundo de emociones que lo llevó desde el fracaso de su primera conferencia en la Libre-

ría Bucholz, a la que no asistió ni una sola persona, pasando por sus irresponsables discursos ante las señoras de la Mesa Latinoamericana y los caballeros del Club de Leones y llegando a la exitosa presentación del libro *Meditaciones Colombianas*, del eterno candidato a la presidencia Matías Jaramillo López, para desembarcar, como por un desagüe, en ese enorme salón donde doscientos anteojos con aros de oro, cien rolex, cien *lap tops*, cien celulares y cuatrocientos ejecutivos del más alto nivel —el número era variable en la imaginación de don Pedrolleras, podemos fácilmente disculparse—, estaban prestos a escuchar lo que podría ser el discurso del siglo.

Pedrolleras recurrió al viejo truco de sacar sus papeles, leer la primera línea y luego dejarse llevar por los caminos de la improvisación. La verdad es que tenía un solo discurso armado, en el que repetía siempre lo mismo sobre la vida, el neoliberalismo, las mujeres, el destino del mundo, el papel del arte, la identidad latinoamericana, pero lo tenía tan bien armado, tan sabido, que bastaba tomar el hilo de la madeja y dejarse llevar hasta el fin, que era siempre un golpe abrupto, un corte de la realidad, exactamente cuarenta minutos después de haber iniciado, en el que, mediante una frase lapidaria, lograba amarrar todo lo anterior y dejar en el aire la idea de que había más, mucho más, secretos no dichos pero sobreentendidos, secretos que los agudos miembros del auditorio debían intuir.

Nunca había escuchado Pedrolleras un aplauso tan entusiasta, unos bravos tan conmovedores ni se había sentido a tal punto acosado por brazos abiertos, fotógrafos, cámaras de televisión, hermosas hembras de altos muslos y alientos dudosos, sintió que aquella era precisamente la gloria como la que había imaginado: su rostro reproducido en fotos en diarios con los que se limpiarían el trasero los transeúntes de los autobuses que viajaban entre Bogotá y Cartagena. Pidió un instante para retirarse tras bambalinas y allí fue recibido por Ferdinand quien lo abrazó como quien abraza a un hijo perdido y le dijo *Perullero* querido, me vas a disculpar, pero ahora nos perteneces. Le entregó una agenda en la que estaban

planeados los siguientes cinco días hora por hora: entrevista con *Le Monde*, con *Le Figaro*, con *La Revue Française*, meeting con el board de editores franceses, cena con *monsieur le Ministre* de cultura...

Pedrolleras pidió un instante para ir al baño, orinó generosamente, siguió preguntándose a qué obedecía ese cambio de nombre y de currículum, buscó una ventana propicia y huyó.

Los cinco días siguientes logró sobrevivir gracias a Gerardo, que le ofreció un menú diario de arroz con huevo y mal vino, y a Eusebio Peláez, que lo llevó a comer en un gran restaurante y le dejó un billete grande dentro el manuscrito de su novela más reciente, dizque finalista en el Premio Anagrama e inmaculadamente inédita quizás hasta el fin de los tiempos.

Cuando Pedrolleras desembarcó en el aeropuerto de Eldorado, respiró el dulce aire de los eucaliptos a sus anchas, tomó un taxi desvencijado—había perdido el noventa por ciento de su equipaje y regalado todos sus libros a los latinoamericanos que se le atravesaron y se sentía amparado por una frase hallada en un libro de Saragamo: *A los dioses pido sólo que me concedan no pedirles nada*—llegó a la su casa y supo que todo estaba bien en su vida. No había sido la primera ni la menos importante de las invitaciones, pero la había vivido con dignidad. Había hecho un mutis espectacular.

Su sobrino lo recibió con una lista de deudas y una sonrisa sardónica. Pedrolleras aceptó su derrota: Miguelito era menos sabio pero más feliz: no creía en la gloria, creía en el dinero. Quienes sí lo recibieron, lo recibimos, confesémoslo, como héroe, en broma, naturalmente, fueron los compañeros de oficina. Cuando se sentó en la silla giratoria de su cubículo como en un trono, volvió quizás a pensar que la gloria de su rostro reproducido en fotos de los diarios con los que se limpiarían el trasero los viajeros de los autobuses de tercera clase, era asunto en extremo intrascendente y que él prefería pasear por los parques en lugar de convertirse en bronce defecatorio. De una u otra forma, gloria o ignominia, todo había quedado registrado en su tabla de eventos y algún día tendría con qué alimentar su autobiografía. Todo hombre grande, tarde o temprano, debería tener la humildad de sentarse a hacer

un balance escrito de su vida. Pedrolleras no tenía por qué ser la excepción.

Fingimos creerle todas y cada una de sus palabras. Al fin y al cabo la vida en la oficina ese día y todos los demás habría sido infinitamente más aburrida sin él. Y después de todo: por qué tendría que haber mentido. En esta historia de Pedrolleras había por lo menos un elemento que nos hizo sentir que por primera vez había sido lo que de verdad quería ser.

El tratamiento de Aladino o la historia de Plinia

Cada vez que me doy una ducha –asunto frecuente, pues con los años la andropausia me ha causado una cantidad de malestares, el menor de los cuales es una sudoración constante, sudoración limpia, sin duda, pero no por ello menos molesta, imaginen que cada noche debo cambiarme de camiseta (duermo con camisetas cien por ciento algodón, no soporto otra cosa) tres o cuatro veces, mi esposa, con todo tacto, me ha solicitado que duerma en el estudio, pues la pobre amanece ensopada–, cada vez que me doy una ducha, decía, utilizo mis manos para frotar amorosamente mi aparato reproductor, cómo llamarlo al pobre, no con la insana intención de alcanzar el clímax solitario y vergonzoso –sí, es vergonzosa o por lo menos digna de lástima la masturbación, digan lo que digan los psicólogos, pues la recompensa es solitaria, sin público, breve y excesivamente orgánica, mientras que el acto compartido tiene algo de carrera o competencia, es decir, en el acto de amor hay un testigo, que disfruta de nuestro triunfo a la vez que puede gozar del propio, ustedes me entienden, y además hay algo de espíritu, como un angelito que flota sobre la cama atisbando el muy bandido las cabriolas de los amantes y que no queda satisfecho hasta que la pareja llega a su meta, se abrazan, se dan un beso y se entregan al bendito sueño–. Me explico para evitar malas interpretaciones: desde hace más o menos seis meses los asuntos en la cama con mi mujer no resultan.

Ella dice que yo tengo la culpa porque soy un apresurado. “En todo eres un loco, sin paciencia, ni siquiera en el amor te detienes, vas a lo que vas y adiós.” Lo que es falso. Cuando mi pistola, pongámosle nombre para evitar sinónimos ridículos: “Plinia”. Cuando Plinia levanta cabeza –lo que hace con frecuencia inusitada, no hay mañana en que no amanezca como el puño derecho de un campeón mundial– no lo hace por diez, quince o veinte segundos, sino que permanece apuntando al sol durante dos, tres y hasta cinco minutos, tiempo que aprovecho para magrear a mi mujer por todos los flancos, preparándola como un buen guiso, con paciencia de alquimista, o como un contrincante al que hay que darle el *knock out* definitivo. Mi bella consorte se deja hacer con algo de displicencia, a veces la muy caricaturesca tararea una canción o se lima las uñas mientras mira la televisión para fingir indiferencia, cuando la verdad es que le hierve la sangre, si la volteo al derecho y al revés, parece uno de esos papeles que se utilizan en papiroflexia, que se pueden transformar en papagayo, dinosaurio, castillo o lo que sea, así mi mujer en mis manos, en la punta de mi lengua, respondiendo a las artes que llevo años estudiando en todas las fuentes posibles. No exagero al decir que un acróbata o un contorsionista se vería en aprietos para repetir las posiciones que el cuerpo de la criatura asume en mis manos de artista. Artista del amor, me gustaría llamarme a mí mismo. Llevo años estudiando el tema y me atrevo a decir que nada de lo que se pueda hacer en la cama me es ajeno. Me refiero, naturalmente, a lo normal, que no es lo mismo que lo convencional y que es muy diferente a lo pernicioso. No excluyo una dosis de perversión, de transgresión, pero jamás, óigase bien, jamás, lastimaría a mi mujercita. Si en alguna oportunidad le dije mi amor tratemos por la vía estrecha y ella estuvo dispuesta –eso me encanta de Veleida, que siempre está dispuesta– y explico lo anterior, que podría parecer una tautología o repetición viciosa: mi esposa difícilmente puede hacer un espacio en su vida cotidiana para que lo dediquemos al deleite de los cuerpos: siempre tiene algo más importante que hacer o por lo menos un dolor –lo

de los dolores es toda una historia: mi mujer en el curso de 365 días tiene por lo menos 700 dolores o enfermedades, reales o imaginarios da lo mismo, el caso es que tales dolores le vedan cualquier interés amoroso—, siempre tiene un dolor o algo más importante que hacer, pero cuando toma la decisión de entregarse, ¡cuidado!, se convierte en una campeona mundial del amor. Y aquí está el problema: que ella quiere que todo acto sea perfecto, ultraperfecto, de modo que lo prolonga hasta lo indecible y el resultado es que Plinia de un momento a otro, y sin consultar mi opinión, dice ya basta, decide acabar el asunto y ¡plas!, llega a la meta, dejando a la otra participante chiflando en la loma y diciendo ¿qué pasó?, ¿qué pasó?, ¿otra vez? Para luego lanzarse a una perorata: “Cariño, ya te dije que abandonemos esta actividad, ¿no ves que no lleva a nada?, es una pérdida de tiempo y de energías. Acéptalo, ya estás viejo, gastado, ya disparaste con otras más de la cuenta y a mí no me han quedado sino las balas de salva. Resígnate, hombre, es hora de poner como don Quijote la lanza en astillero”. ¿A los cincuenta años? Tas loquita, amor, yo tengo cartuchos hasta los noventa. ¿No has oído hablar de la sexualidad de los ancianos? Mira mi cuerpo, ¿te parece decrepito? Vele me mira con superioridad, con gesto maternal, desnuda es una maravilla mi esposita, su cuerpo brilla en la oscuridad sin vulgaridad alguna, es sin duda una obra de arte a sus cuarenta años (de bicicleta, pesas, trote, tenis, sauna, aeróbicos, lo juro, sin una sola cirugía), se envuelve en las sábanas, me da la espalda y dice a dormir, hombre, a dormir, olvidemos el asunto, aquí no ha pasado nada, yo ya no necesito gastarme en estos menesteres. Y le creo: por alguna razón que no me explico a Vele le pueden pasar los meses sin que se le ocurra tender la mano en la oscuridad en busca de Plinia, mientras que yo no puedo dejar una sola noche de buscar sus pechos de amazona o el vértice de mis ansiedades, cuya temperatura siempre está por encima de todas las razones de su propietaria. Ella se deja hacer y así se duerme. Eso sucede, naturalmente, cuando tengo el alto deleite de dormir con ella, generalmente mi mujer me manda a dormir al estudio por

lo que les conté. Quiero, antes de seguir adelante con esta confesión, confidencia o carta íntima –no sé para qué escribo esto, supongo que para explicarme a mí mismo lo que me sucede: lo que pasa es que soy un ente altamente racional y creo que todo, absolutamente todo, puede solucionarlo uno mismo si tiene las fuentes de información adecuadas o si el azar lo favorece– aclarar la razón por la cual le doy cada vez que me ducho, su ración de mano a Plinia (repito, sin culminación alguna, se trata simplemente de hacerla crecer, de darle confianza en sí misma): vamos por partes: hace un par de semanas, cuando estaba en mi estudio antes de dormir solito, vi en la televisión una entrevista que le hicieron a un sexólogo que vendía bombitas de vacío para estimular a plinias perezosas. El aparato me pareció risible y el precio doblemente risible. Imaginé a un pobre tipo en el baño introduciendo su Plinia en el tubo de vacío, para que éste se la succionara, de modo que él saliera rumbo a la cama donde lo esperaba su dama quien admiraría su Plinia como uno de esos arietes medievales para tumbar portones de castillo inexpugnables. Triste el asunto. Pero lo importante de la entrevista fue una frase del doctor X, que me pareció totalmente obvia y absolutamente sabia: órgano que no se usa, se degenera. ¡Claro! Eso le estaba pasando a mi Plinia: el hecho de que Vele no le permitiera lucir su autoaprecio sino una vez al mes, le había causado un complejo de inferioridad y el resultado era que puesta a prueba, fracasaba una y otra vez. La solución era elemental: hacerla crecer todos los días. Y heme ahí en el baño, jugando a los dados, tres veces al día. Recuerdo que vi una película en la que un hombre, un pobre hombre, antes de salir rumbo a su trabajo se masturbaba. Amarga escena, amarga y enfermiza. La mía –tres veces al día, sin consumación, repito– no era triste sino gloriosa: ¡había llegado a reconocer que mi hermosa amiga no era otra cosa que un músculo, y que como tal, si se le proporcionaba ejercicio, iba a florecer y a dar frutos. Había que ver con cuánto orgullo salía yo del baño, mi Plinia todavía rozagante, voluminosa. Orgulloso me sentía, sí señores. Y lo mejor, no me lo van a creer. Ha dado resultado, un

resultado extraordinario. Les voy a contar un secreto: mi mujer y yo, que a lo largo de los años hemos experimentado todos los placeres y excesos en las diez o veinte camas domésticas y en las cien de hoteles decentes, hemos redescubierto la posibilidad de tener una aventura sin ser infieles. Se trata de salir el sábado por la noche, sabiendo que al día siguiente no habrá deberes, tomarnos unos tragos, hablar y luego visitar un sitio que se nos ha hecho familiar: el hotel El Arco de Eros. Uno o dos años de practicar esas infidelidades a nuestras rutinas han llegado a convertir a ese hotel en nuestro segundo hogar. Claro, hemos visitado otros –Gran Hotel Constellation, Hotel Afrodita, La Pagoda, El Templo, Acuario del Amor– y hasta nos hemos quedado a dormir en otro, el Trotacalles, pero en ninguno nos hemos acomodado con tal confianza: hay discreción, limpieza absoluta (las sábanas, las toallas, todo es nuevo), se entra y se sale con tranquilidad, el precio es accesible. Confieso que tenemos una toalla del Eros por cada visita y supongo que eso va incluido en el precio. Es como un recordatorio, como las muescas en la cacha del arma de un pistolero famoso. Después de un mes del tratamiento de Aladino, llamémoslo así por obvias razones, invité a mi Vele al Eros y ella respondió ¡vaaamooooos!, prolongando las vocales, lo que significaba un claro entusiasmo, y sí, fuimos, nos tomamos unos tequilas, ¡apunten, fuego!, hubo un detalle desagradable y fue el hecho de que nos tocó exactamente al lado de la entrada, de modo que debimos escuchar el arribo de cada auto, los rings del teléfono, las conversaciones de los empleados, pero en fin, el enardecimiento era grande, y le entramos con apetito de amantes poco frecuentes. Vele como de costumbre estudió el terreno antes, revisó las toallas, destendió la cama –toda una cancha de fútbol para solo dos jugadores–, anduvo olfateando aquí y allá para buscar huellas de pasados encuentros, pero no los halló: los encargados de limpieza eran unos magos auténticos, el sitio parecía del todo flamante, y es que amor, cada vez que hacemos cositas, sé que no me lo vas a creer, yo pienso que es la primera vez, y el menor detalle fuera de lugar puede echarlo todo a perder, de modo que

una vez que el árbitro hizo su evaluación del terreno, sonó el pitazo inicial y nos desnudamos, eso fue, amigos, dos horas, dos horas de magreo intenso, sin restricciones, y Plinia, la querida y heroica Plinia se mantuvo en alto, sin flaqueza alguna, hasta que mi Vele quedó ya cansada de gemir y suspirar. Y aquí hay que hacer una alta loa a las películas pornográficas que exhiben en las casas de citas: los suspiros caricaturescos de las actrices ocultan los suspiros reales de los huéspedes ocasionales y las damas, las mujeres de la vida real, pueden explayarse gritando a su antojo, cosa que no pueden hacer ni por asomo en su propia casa, pues imaginen, no sólo los hijos sino los vecinos, y vaya vecinos que tenemos: además de ser compadres y pedagogos, es decir, gente mediocre a más no poder, don T y la señora A no tienen otro objetivo en la vida que estar pendientes de lo que sucede en la calle y nosotros tenemos la desgracia de vivir al frente, y la habitación conyugal de ellos está a una distancia de quince o veinte metros: imaginen a mi Vele gritando su placer a las cinco de la mañana. Pues no. Tiene razón mi dueña: el amor, como la música, deben ensayarse con paredes acolchadas o en sitios distantes. Gimió y gimió mi Lula bajo el yugo de la cruel Plinia y cuando pidió cacao, es decir, ya ven, mi amor, vente, la Plinis entró y convirtió a mi linda mujer en una seda, que terminó durmiendo vencida, a pesar de los ruidos de las actrices pornográficas que succionaban como tubos neumáticos y de los empleados del Eros que iban y venían y de los autos que entraban y salían de los hipócritas o discretos garages. Y este es el mensaje que les doy a todos los maridos que tienen el mismo problema, al que llamo muy filosóficamente (¿les dije que estudié una licenciatura en filosofía aunque no la practique sino en mis reflexiones íntimas?) el Problema del Punto y la Raya. Paso a explicar antes de irme: el punto es el hombre, que quiere ¡ya! o por lo menos pronto. La raya es la mujer, que desea alargar el asunto todo lo que se pueda. En cuestiones de amor la mujer es artística, el hombre artesanal. Hay que aceptar: la mujer es la mente *supeliol* en este caso. Para que se dé un encuentro es necesario que mente *infeliol* se supedite a mente *supeliol*. ¿Cono-

cen el chiste? Trata de un pez que es mirado por un un hombre que pega el rostro al acuario y dice: mente *supeliol* domina a mente *infeliol*. Resulta que el hombre termina boqueando como un pez fuera del agua. ¿Entienden? Mente *supeliol* domina a mente *infeliol*. Bueno, carece de importancia. La mujer, cualquier mujer, tiene mucho que enseñarle al hombre en temas de amor. Por eso digo que el hombre es el punto y la mujer la raya, el hombre el presente y la mujer el infinito. Sobran explicaciones, supongo.

Todas las mujeres son santas.

El caso Passeiro

Conocí la historia confidencial de Marietta Passeiro a retazos, de perfil, casi sin quererlo y se convirtió para mí en una especie de diversión, de rompecabezas que el tiempo y mi paciencia han ido armando. Desde que intenté suicidarme cortándome los tendones tras las rodillas, no hago otra cosa que leer novelas policiacas y mirar por la ventana con mis binoculares. No pregunten lo del suicidio ni la inspiración que me llevó a hacerlo de forma tan particular. Es parte de mi intimidad. Diré, para cerrar el asunto, que quedé casi paralítico. No puedo agacharme y camino como un soldadito de plomo o como los guardias del Palacio de Buckingham.

Los chismes que escuché, aun en contra de mi falta de interés –apócrifa, naturalmente– y la inevitable vecindad (los invasores se establecieron en las orillas del río, robándome con su casa parte del paisaje del macizo de liquidámbar) hicieron que el asunto se inmiscuyera en mi vida, convirtiendo a Marietta en imaginaria integrante de mi familia. El hecho de que una bestia coprotagonice este relato le da tintes grotescos e incluso inverosímiles, tal vez parabólicos. Se trata de un caballo que visita mi plantación de verduras para hollarla y recuperar los mejores retoños –que son, si he de ser sincero, casi lo único que me importa, incluso me conmueve, en este mundo de causas perdidas.

Supe de Marietta cuando habitaba con sus padres en una de las mansiones más recientes. Todavía no había sufrido ninguna de las

evitables tragedias que la orillaron a ser lo que es ahora, cuando parecía una adolescente convencional, es decir, aparentemente feliz pero en realidad al borde de la esquizofrenia. Era, recuerdo, de una belleza torpe y mal llevada. Parecía una de esas princesas rebeldes que aparecen en las revistas europeas. Me encapriché con su historia como se apasionan los aficionados a sus equipos y oscuramente intuí que iba a pasar algo digno de larga memoria. En realidad me interesan todas las historias, y recuerdo puntualmente rostros, fechas, nuevos vecinos, sin que persiga otro deleite que el de creer saberlo todo. Es un compasivo juego de paralítico nada más. Nunca he tenido que mover un dedo para procurarme nada. Al morir mis padres me dejaron más dinero del que podría gastar. No he querido indagar las fuentes de tal prosperidad y a ello atribuyo mis humildes aspiraciones, mis etapas de desesperanza y mis temores: me he limitado a conservar el ranchito, la plantación, algunas inversiones del todo sanas y criados tan fieles como mayordomos ingleses.

Antes de que yo cometiera el yerro de soñar con Marietta (y tal movimiento llevado a los hechos habría sido un error craso, si tomamos en consideración la forma en que evolucionaría su personalidad hasta terminar siendo la de una delincuente moral) se casó, es decir, fue casada, con un hombre que aunaba dos o tres defectos a la virtud menos elogiable que pueda tener un hombre: una fortuna que le vedaba cualquier contacto con los sentimientos, y sobra decirlo, con la mugre de las uñas. (Esta es una zona de ricos, donde cada casa es una villa extravagante, un capitolio o un templo griego. El que no tiene corceles de pura sangre, dispone de una cancha de golf, una piscina olímpica, un helipuerto, lagos con cisnes y góndolas o bosques perennifolios trasplantados por medio de maquinaria pesada. El origen de las fortunas sólo adquiere interés cuando alguno de los vecinos es requerido por la justicia, lo que no es infrecuente. Los campesinos que nos liberan de la parte vulgar de la vida son limpios y humildes. Ello no excluye, naturalmente, las murmuraciones e infidencias, que desempeñan un papel importante en este relato.)

Afortunadamente el marido murió pronto, en una forma a la vez violenta y merecida, que acaso tuvo relación con el lazo afectivo que unía y sigue uniendo a Marietta con un caballo. Que cada quien teje su propia mortaja, no hay duda. La prueba: el caballo, un pura sangre marroquí tan hermoso como una alucinación, le fue obsequiado a Marietta por su esposo, que compraba sus escasas sonrisas con regalos cada vez más desproporcionados. La bestia prácticamente no conoció a otra madre que a su ama. Es lógico que sólo se dejara montar por ella. De ahí que, sin tejer demasiado fino, el decir que Nemesio la mañana misma de la tragedia permitió de forma calculadora y artera que el hombre le colocara los aperos, no sea una conjetura desquiciada. Las bestias excesivamente mimadas adquieren las costumbres de sus amos y pueden convertirse en instrumentos de sus designios. Hasta el nombre mismo es parte del destino y el del caballo le fue impuesto por Marietta, que algo debía saber de mitología griega. Etcétera.

El final era previsible y por eso me excuso de contarlo. El cuerpo del desventurado consorte, hecho un guiñapo, fue reconstruido por un abnegado practicante de medicina, que lo entregó a la sepultura en una sola pieza.

La mañana del infortunio —yo mismo vi cómo progresaba la escena desde mi silla de ruedas en el balcón privilegiado de mi cuarto— regresó Nemesio con paso triunfante a la cerca de los Passeiro. Allí lo esperaba Marietta con la sonrisa más inocente que se pueda imaginar, un pedruzco de sal y una cubeta del agua maravillosa que da el Briones.

Nada pudo la justicia contra la mujer. Tampoco contra la bestia, que amparada en su condición de bruto, siguió pastando en mi huerta (la verdad es que nunca he querido levantar un muro definitivo entre la propiedad Passeiro y la mía. Los elementales alambres de púas y la lozanía de mis verduras son puentes de alianza entre mi vecina y yo).

No faltó quien sugiriera el tiro de gracia, pero unos pocos miles de pesos valieron más que las costumbres bárbaras según las cuales pesa más la vida de un hombre que la de un bruto.

No terminó aquí la historia. Ocho meses más tarde apareció un hijo, presumiblemente, del finado. Marietta ocultó su embarazo hasta el final y ello hace suponer que el estado de gracia no la hacía muy feliz. Es fácil conjeturar que el hombre llegó a usar a su mujer, persuadiéndola de no dormir en la caballeriza, como acostumbraba. Incluso tras el matrimonio ella prefirió la compañía de la bestia que la de su esposo. (No pido disculpas por una presunta falta de verosimilitud. Todo lo que no sé por haberlo visto, lo imagino, y estoy seguro de no estar inventando.)

Nació el niño, más parecido al padre que a la madre y el corto trayecto de su existencia fue vivido más bajo el instinto tozudo que todas las mujeres tienen, que amparado por el amor que dicen natural en toda madre. Marietta se ocupaba fundamentalmente del cuidado de Nemesio. El cadáver del infante sufrió la correspondiente autopsia llevada a cabo por el mismo practicante de medicina, ya exaltado a la condición de médico semirural. Puedo afirmar casi con certeza que el celo del galeno se vio cobijado por otros miles de pesos. (En esta zona, lo saben todos, no hay casi nada que comprar—el único supermercado fracasó. La gente prefiere hacer sus compras en Xalapa o en Coatepec— y a pesar de ello circula mucho dinero, las fortunas se juegan a golpes de dados y Marietta derrocha a veces sin medida ni prudencia.) Dicen—lo escuché en La Strega, el único lugar donde se puede conseguir compañía y tragos, un buen queso y hasta un azadón— que el niño tenía la cara hecha pedazos y que los estropicios no parecían precisamente mordeduras de ratas.

Perseguida por las murmuraciones y tal vez por su propia conciencia, Marietta comenzó a enfermar, o a fingir enfermarse, de la cabeza. Todas las noches, en un espectáculo que se tornó aburridor, visitaba la tumba de su hijo, se dice que dormida o sonámbula. Al lado del sepulcro pasaba las horas lamentándose, mientras el caballo la esperaba a la puerta del cementerio. (Sé que todo este cuento es excesivo, trágico, tirando al *kitsch*, algo semejante a una mala imitación de Poe. ¿Qué hacer? Me limito a narrar lo que sucedió.)

Mujer sola al fin y al cabo supo cercarse de manías que le hicieron más llevadera la vida. La de visitar el cementerio no fue la

menos particular. Otra fue la de indagar –que es una forma de hacer público– todo lo referente a sus paseos nocturnos y afirmar que tanto ella como Nemesio sufrían del mismo mal.

A mí no tenía que convencerme de nada. Yo viví aquello como una especie de novela por entregas, sin juicios o ganas de obtener reivindicación alguna que no fuera la paz espiritual de estar bien informado. Se trataba de seguir su destino con una especie de cariño, de expectativa. A quienes había que calmar y dar explicaciones era a los campesinos, ávidos de justicia, tal vez porque no les había tocado nada en la repartición de los dones del muertito, o por esa bondad empalagosa y falsa que dan el cristianismo y la pobreza, que vienen siendo lo mismo en esta parte del mundo. A los ricos de los alrededores les importaba un pepino lo que les sucediera a sus vecinos. Cada quien tenía su diablito doméstico.

Se supo que Marietta Passeiro había hecho venir de la capital a un individuo –no sabría decir si psicólogo clínico, psiquiatra o abierto farsante– para que tratara su problema. El sujeto hizo los estudios correspondientes y puso a circular una especie de diagnóstico o informe que supongo muy pocos entendieron y del que se saca en claro que la verdadera sonámbula no era inicialmente el ama, sino la bestia. Entresaco apartes:

Paciente Marietta Passeiro. Nivel de ilustración equivalente a universitario, con estudios privados y ninguna escolaridad oficial, pero con abundantes lecturas, antecedentes familiares de alcoholismo y diabetes, casada, con relaciones de pareja aparentemente inarmónicas y anacrónicas, pues su esposo le llevaba treinta y cinco años, viuda reciente, hijo muerto al poco tiempo de nacido, su esposo poseía un rancho en una zona residencial lujosa, ella aficionada a los caballos de carreras desarrolló un afecto desproporcionado por uno que padecía de crisis convulsivas y cuando éstas se aproximaban el caballo buscaba ayuda de su dueña quien lo golpeaba con una toalla mojada, mediante lo cual las manifestaciones convulsivas, a decir de la paciente, desaparecían. Cuando la paciente contaba treinta años de edad, una tarde, a las 18 horas, el animal enfermo buscó ayuda, pero la señora Marietta, sin prestarle atención entró a la alcoba, el caballo derribó la puerta y la siguió, la bestia sufrió un ataque y le dio una coz en el cráneo a su ama, ambos perdieron la conciencia vígil y cayeron al suelo.

Leyendo lo anterior uno se percató de que el autor del informe no debía de ser un farsante, por lo menos un farsante iletrado, aunque tuviera pésima redacción y una ignorancia supina sobre la función represiva de los signos de puntuación.

Los cuerpos del caballo y su ama fueron encontrados inconscientes, ella totalmente cianótica bajo el peso del animal. Al día siguiente, a las nueve horas ella comenzó a presentar paroxismos de hipertonia muscular de más o menos 2-3 minutos de duración, luego palidez extrema, hipotonía muscular y sueño profundo, repitiéndose más o menos cada doce horas durante cinco días.

Describe luego cómo fueron espaciándose los ataques, cómo se transformaron en el sonambulismo que ya he mencionado y cómo Marietta alcanzó una especie de normalidad o de equilibrio, en el cual el caballo es pieza fundamental. Vale la pena rescatar un par de líneas más del largo informe que terminó por confundir a quienes buscaban en la condena de Marietta Passeiro una salvación a la vacuidad de sus existencias o, por lo menos, una entretención barata. No hay nada tan divertido como el mal ajeno:

A partir del accidente, con relativa frecuencia, por segundos “la mente” le queda “en blanco”, “al recuperar las ideas” siente como si se balanceara con impresión de caer hacia atrás... después de alguna situación difícil (especialmente si es de carácter frustrante), presenta estados de ansiedad con sensación de opresión en la región torácica, un nudo aparece en su garganta y permanece allí mientras ella no logre llorar y durante esos estados suele experimentar deseos de correr sin parar hasta perderse en el infinito, sensación de presión en región occipital y globos oculares, que llega a convertirse en dolor que solamente cede cuando se aprieta la cabeza con un trapo mojado.

Conocí meses después de los acontecimientos que relato al doctor Verástegui. Estaba en La Strega, que hace las veces de centro social de nuestra comunidad y puedo dar fe de que es un profesional. Lo curioso del caso es que habiendo permanecido en la localidad casi un mes, nadie le hubiera informado de los antecedentes “criminales” del caso que estaba tratando.

Retorno al asunto de las salidas nocturnas. A veces era ella la que caminaba como alelada, con el cuerpo rígido, y la bestia detrás, rumbo al cementerio. En ocasiones era el caballo quien avanzaba maquinalmente, mientras la mujer lo cuidaba.

Conozco todo lo que se rumora sobre esa extraña pareja y no estoy dispuesto a avalar nada. Sé que hay afectos sobre los cuales no debe haber juicio alguno. A quien afirme que soy imaginativo en exceso, lo remito al consultorio del doctor Verástegui, cuya dirección puedo proporcionar al interesado. El doctor regresa a la localidad cada cinco o seis meses, a indagar nuevos datos sobre el caso. Parece que quiere escribir un libro en el que estudia las relaciones entre el sonambulismo animal y el humano. Yo le ayudo, pero me guardo unos cuantos datos. Si él llegara a publicar el libro e informara al mundo con veracidad y justicia sobre los resortes secretos de esta tragedia, yo sentiría que me está robando una parte importante de mi vida. Los informes del banco y las plantaciones de verduras no son razones suficientes para seguir viviendo. Hay que ser cómplices por lo menos de un crimen, aunque este sea imaginario.

La felicidad en el fondo del mar

Mi maestro José Antonio Laclete apuntó con su índice hacia arriba y vi un panorama como jamás lo había visto y como supongo jamás lo volveré a ver en el resto de mis días: un millón, dos millones, el infinito completo de peces plateados de diversos tamaños tapizaban el horizonte formando una nube que resplandecía, iba y venía, danzaba, frente a mis ojos extasiados.

Estábamos cincuenta pies bajo la superficie del mar, recorriendo el Arrecife del Ahogado, frente a las costas del puerto de Veracruz. Habíamos descendido asidos a la cuerda porque el arrecife se halla en una zona de corrientes submarinas que pueden arrastrar mar adentro a los buzos a velocidades sorprendentes. Súbitamente los buzos se pueden hallar a enormes distancia de la embarcación madre. Ha habido casos en los que cinco o seis buzos desaparecen junto con su guía bajo el agua y nunca se vuelve a saber de ellos.

Cinco días antes yo no sabía absolutamente nada sobre el buceo. Fui invitado por mi hermano Marco Antonio, quien es buzo certificado, y naturalmente acepté. No ha habido empresa que me haya causado temores y si en esta vida no he tenido por ejemplo la experiencia de correr una maratón, de ir al espacio o tirarme en paracaídas, es porque la oportunidad no se me ha presentado. Tal vez por irresponsabilidad, tal vez por vanidad o porque en el fondo creo en Dios y supongo que me cuida como a sus borrachos, he emprendido empresas locas como atravesar a nado el lago Calima en el Valle del Cauca o el lago que aloja el cráter que se encuentra en el centro de Managua, viajar en globo largos trechos sobre

el estado de Veracruz, leer todos los filósofos importantes desde los presocráticos hasta Hegel o leer en buseta los 25 tomos de la obras completas de Freud –dos horas de viaje de ida y vuelta desde el centro de Cali hasta la Universidad del Valle durante varios años, diariamente–, cruzar a nado ríos tan contaminados como el Coatzacoalcos o dedicarme a escribir una novela en cinco volúmenes de 400 páginas cada uno. Me mueve un sentimiento de grandeza, una megalomanía, una irresponsabilidad, una egolatría. No sé que. El caso es que ese soy yo. Si ese no fuera yo ese no sería yo.

Es por ello que acepté con toda la alegría del mundo ir a bucear aunque no tuviera noción alguna de ello. Había visto en las películas que los buzos se equipan con mil cosas antes de lanzarse al mar. Luego supe ya en la práctica que se ponen un traje ceñido de neopreno, nombre algo pomposo del elemental e insustituible y auténtico caucho proveniente de los árboles. El traje los cubre de pies a cabeza. Luego unas pesas, que sirven como lastre para que el buzo se hunda. Después el chaleco inflable y los tanques de oxígeno. Finalmente la máscara, cuyo visor debe ser limpiado con saliva o líquido especial y luego con agua de mar. Se pone uno el *mouth piece* en la boca, las aletas. Se coloca de espaldas al mar, con la mano izquierda sostiene el visor y el *mouth piece*, y se deja llevar por la gravedad, arrastrado por el peso de los tanques, hacia atrás, hacia el mar, el mar.

La primera vez que lo hice estaba tan tranquilo que no tuve apuros. Simplemente abierto a la vida. Me hundí y luego salí a la superficie empujado por el chaleco inflable. Y listo.

Naturalmente que el mérito no había sido mío, sino de mi hermano Marco Antonio, que me había llevado de la mano el día anterior, alquiló un tanque, me llevó a bucear a la piscina del Hotel Hawaii, donde nos alojamos. Estuve respirando con el tanque bajo el brazo casi una hora en la piscina, de modo que cuando llegué al mar mi respiración era natural.

Bucear no es difícil. Es infinitamente fácil. Sólo se requieren una habilidad y dos virtudes: saber nadar, tener una serenidad absoluta y una confianza ilimitada en el guía. Con José Antonio

Laclete me sentí inmediatamente en confianza. Es un hombre maduro, agradable, con sentido de la autoridad. Un hombre que ha aprendido del mar la lección de la paz. Bastaba verlo avanzar a mi lado, flotando a media agua, con las manos enlazadas a la altura de vientre, moviendo ligeramente las aletas, para saber que para él el mar era una especie de Dios. Laclete: un hombre que practica el buceo como si practicara la más placentera religión del mundo.

Y es que bajo el mar todo es diferente. No hay prisa alguna. El placer es absoluto, perfecto, la contemplación de la obra artística más perfecta, más variada, más sutil, los colores más inconcebibles, las formas de vida menos imaginables, todas discurriendo lenta, sabia, armoniosamente. Nunca, nunca en mi vida olvidaré estar frente a frente con un pez de un color azul encendido, totalmente plano, con un borde amarillo luminoso como línea divisoria de las dos secciones de su cuerpo. Verlo ahí, a dos centímetros de mi visor, sabiendo que él también contemplaba mis ojos y que de alguna incomprendible manera estaba disfrutando de mi presencia allá en su territorio, fue una experiencia inefable. Sabía que el momento era mágico, perfecto, y que si quería prolongarlo, debía permanecer inmóvil, y nunca, jamás, extender mi mano para querer tocarlo. Era una experiencia de vida sin comparación alguna. Una metáfora que trataba de explicar la forma más conveniente de disfrutar de los dones que nos ofrece la existencia.

Vi que Laclete con gesto amable me instaba a seguir adelante. Con sus manos decía: No te preocupes, verás tantas visiones de éstas como quieras. Y así fue: súbitamente, después de haber nadado sobre una superficie relativamente plana y con rocas y algunas formas elementales de vida como un paisaje lunar, nos encontramos en el borde de un acantilado, bajo el cual se abría una especie de valle que tal vez tuviera otros veinte o treinta metros de profundidad. Emprendimos el descenso con cautela. Cada dos o tres metros ecualizábamos. Es decir, nos tapábamos la nariz con los dedos, cerrábamos la boca y hacíamos fuerza con el aire. Ello destapa los oídos y restablece algún equilibrio que no entiendo ni sé explicar. Esa es la clave para un descenso submarino sin riesgos:

ecualizar de acuerdo con ciertas reglas. La clave del ascenso seguro es subir por etapas, sobre todo cuando se ha descendido a más de cincuenta pies.

El segundo día ya estuve seguro de que el fondo del mar era mi espacio. Avanzábamos al lado de un muro de arrecifes, a cincuenta pies bajo la superficie del mar, y lo hacíamos asiéndonos de las rocas. La corriente submarina era demasiado fuerte. Yo me sentía como ropa tendida en medio de un vendaval. Laclete iba por la parte exterior sin ayudarse con las rocas, protegiéndome. En un momento me sentí lo suficientemente fuerte y seguro como para soltarme de la roca y afrontar la corriente submarina con mis fuerzas. Me solté y me puse en la parte exterior, al lado de Laclete. Mi maestro se dio cuenta del movimiento pero no me reconvino ni hizo gesto de advertencia alguno. Sabía que la prueba de avanzar contra corriente era difícil pero también conocía mi naciente habilidad y mi confianza. En aquel momento Laclete era mi madre y estaba dejándome caminar sin su apoyo. Lo logré con facilidad, con felicidad. Aceleré el movimiento de las aletas. Doblamos un cabo y seguimos avanzando. Luego regresé a asirme de la roca. Vi que Laclete sonreía orgulloso. De regreso simplemente nos dejamos llevar por la corriente que nos arrastró a gran velocidad hacia el sitio donde estaba la cuerda del ancla. Por ella ascendimos con sosiego, satisfechos.

No se crea que cualquier persona puede bucear inmediatamente y sin preparación. No. Antes de hacerlo debe tomar un curso. El curso para personas que sólo quieran hacer turismo y no volverse buzos se llama *resort* y cuesta aproximadamente 350 pesos. Esto incluye lancha, equipo, guía e instrucción básica.

Si uno quiere bucear más seriamente y con frecuencia, debe certificarse, lo que es mucho más complicado, e incluye pruebas como nadar cien metros en mar abierto. Sólo a los buzos certificados se les permiten ciertas libertades bajo el agua. Los guías no son tan cuidadosos con ellos. Cuando la persona toma un *resort*, tiene siempre a su lado un guía, que es el responsable de la vida de un principiante.

Debo decir que mi caso fue excepcional. Al tercer día ya estaba sesenta pies bajo el agua, nadando sin usar las manos, respirando con absoluta regularidad y con tanta seguridad, que quería dedicarme a perseguir peces, a meterme en cavernas y a nadar contra las corrientes submarinas. Pero ahí estaba Laclete, con su dedo de negador ordenando, sugiriendo, que siguiera el rumbo indicado.

Cada vez que Laclete colocaba el dedo pulgar hacia arriba, indicando que era hora de salir, yo lanzaba un suspiro. Al tercer día, que sería el último, tuvimos dos inmersiones de cuarenta minutos. Antes de la segunda inmersión me sentía tan cansado que dudé en lanzarme al agua. Además había cometido el error de tomar una Coca-Cola. Ya en el fondo del mar sentí agruras y ganas de vomitar. Pero no angustia. Si estás en el fondo del mar y quieres vomitar, te quitas el aparejo de respirar y vomitas. Si quieres mear, lo haces. Y punto. La clave está en respirar con sosiego y saber que todo se arregla. Y si no se arregla, se arregla definitivamente. Nunca jamás inflar el chaleco pues ello lo sacaría a uno fulminantemente hacia la superficie. Si sales disparado hacia arriba, simplemente te explotan los pulmones.

Así que paciencia, tranquilidad, sosiego. Es la ley. Así de fácil. Se entra con sosiego y se sale con sosiego. El mundo exterior queda afuera. Entrás al reino de la serenidad.

Marco Antonio, gerente de mantenimiento de Ingersoll Rand para Latinoamérica y mi mecenas de buceo, dice que bucear es como hacer el amor: mucho tiempo preparándose y un instante de placer. ¡Pero cuánto no aporta a la vida ese breve instante, un instante de iluminación, de humildad ante la belleza, la armonía y la paz, un momento de respeto al mundo natural, de solidaridad en el fondo del mar! Un instante feliz que durará toda la vida en la memoria y que te acompañará hasta el día de la muerte.

Si la muerte fuera ese ir bajando al fondo del mar (y debe serlo cuando se ha vivido a plenitud y a conciencia) y si los seres humanos supiéramos que eso era la muerte, con seguridad nos acercáramos a ella como al momento más feliz de la vida.

Visita a Gabo en casa

No había visto a García Márquez desde hacía quince o veinte años. Se me metió en la cabeza que mi esposa debía conocerlo. Ella es su gran admiradora. Entre sus obras preferidas están *El amor en los tiempos del cólera* y el cuento “El rastro de tu sangre en la nieve”. Leticia dice que ningún escritor tiene el encanto de García Márquez. Muchos lectores comparten esta opinión. Yo lo admiro pero tengo mis reservas.

Reconozco que estoy obsesionado por su figura o tal vez por su fama. Aunque en verdad debo decir que no envidio su vida, eternamente acosado. Si hay algo que aprecio es que no me llamen a deshoras, que no me acechen en la calle, que no me pidan autógrafos. Un autógrafo de vez en cuando, pero no diez en línea. Unas cinco o seis invitaciones nacionales y dos al extranjero al año. No veinte o treinta diarias, como le sucede a él. Hay claras diferencias entre él y yo: Gabo es tímido, yo atrevido; Gabo es reservado, yo exhibicionista. Gabo poco adicto al deporte; yo fanático. Desde que le dieron el Premio Nobel se volvió inalcanzable. Antes lo vi cinco o seis veces: en Bogotá, Xalapa, el DF (la primera vez en el *Sanborns* de Las Lajas; la segunda en una taquería de Coyoacán). Cuando se descubrió que tiene una enfermedad grave, se recluyó con mayor reconcentración. Declaró que ya no iba a aceptar más premios, reconocimientos ni invitaciones. Dijo que ni una entrevista más. La publicación del primer tomo de sus memorias *Vivir para contarla* no tuvo el estruendoso éxito que se esperaba. A mí particularmente me dejó un sabor agrídulce, sentí una especie de

falta de sinceridad, me molestó el excesivo autoelogio, y así lo manifesté en un artículo en la revista *Crítica* de Puebla, artículo que titulé “Crónica de lectura de *Vivir para contarla*”. En ese texto yo sostenía, obviamente de manera aventurada y provocadora, incluso despiadada, que las verdaderas memorias de García Márquez no eran esas, sino otras, que debía de tener guardadas en una caja fuerte. Me atrevo a suponer que García Márquez no siguió escribiendo sus memorias porque prefirió tener una vejez tranquila, al lado de Mercedes (es curiosa esa relación de Gabo con su esposa: ella siempre ha estado a la sombra tal vez porque esa ha sido su opción de vida. Mientras él habla sobre libros –sobre sus libros–, ella conversa sobre sus compras en las grandes tiendas de París). Pues como se me metió en la cabeza que mi esposa debía conocer a Gabo, un día decidí caerle por sorpresa en su casa en la Calle Fuego. Resulta que, o Gabo no estaba o no quiso recibirnos. De todos modos le dejé el manuscrito de una de mis novelas inéditas, *Agua clara en el Alto Amazonas*, y nos tomamos fotos frente a su puerta. El fin de semana pasado decidí insistir, ya solo, sin mi esposa. Tardaron mucho en atender el llamado del timbre. Una ventanita se abrió a la altura de mis ojos y una mujer de aire juvenil, demasiado joven y guapa para ser sirvienta, me preguntó qué deseaba. Quiero ver a don Gabriel, soy su compatriota, me apellido Garramuño. Los ojos de la muchacha se iluminaron: ¿El de los cuentos? Le respondí que sí, tratando de entender una complicidad que sospechaba pero de la cual no estaba seguro. Evidentemente no era una asistente doméstica o una secretaria. Tal vez se trataba de una sobrina o de una hija de su hijo Gonzalo.

—Mire, no sé si quiera recibirlo. Hay orden de no recibir a nadie. Lo voy a anunciar sólo porque me gustaron sus cuentos.

—Nada más dígame mi apellido, mi segundo apellido, Garramuño, el de la novela de todas las cosas. Dígame así: “Garramuño, el de la novela de todas las cosas”. Si no quiere recibirme, me lo dice y me voy.

Volvió a cerrar la ventanita. Me apoyé en la puerta, levanté una pata y la puse contra ella, crucé los dedos. Me fumé un par

de cigarrillos –llevo años tratando de abandonar el vicio pero no lo logro. En realidad es uno de los dos vicios que me quedan. Es decir, soy casi un santo–. Escuché una discusión. Creí escuchar la palabra “nadie”, pronunciada casi a gritos por otra voz femenina. Debe de ser Mercedes, pensé. Mercedes, la que me debe una invitación a comer, me dije. No sé si le simpatizo a la esposa de García Márquez. Pienso que no. En las pasadas entrevistas –que le hice a la traición a Gabriel– de alguna manera me burlaba. Decía que yo iba a ser mejor escritor que él, que *El otoño del patriarca* era una novela indigesta, que Gabo escribía cuentos de hadas, que *Ojos de perro azul* era un libro que me avergonzaría firmar, que Gabo se exhibía como seductor ante las cajeras del Sanborns. Pasaron varios minutos. Finalmente se abrió la puerta y fue el mismo Gabo quien apareció. No andaba con bastón, sus ojos se veían brillantes. No estaba encorvado. No era un hombre derrotado por la enfermedad. Más bien parecía un monje budista sorprendido en el momento de conquistar la serenidad. En lugar de estrecharme la mano me abrazó, como la segunda vez que nos vimos en el Hotel Xalapa.

—No conozco a nadie tan terco ni tan pesado como tú, Marco Tulio, qué quieres. Hace más de treinta años me dijiste que te ibas a casar...

—Y tú me dijiste: “Ya te jodiste”.

—¿Te jodiste?

—No. Estoy bien.

—Tienes razón: no te jodiste. He recibido tus libros uno tras otro.

—¿Y qué te han parecido?

—Ya te dije hace muchos años que no voy a hablar de tus libros. Una palabra mía alabando lo que has escrito bastaría para joderte el resto de la vida.

—¿En privado no me podrías decir qué te han parecido mis libros?

—No –dijo enfático, casi enojado–, que te baste con saber que no los he tirado a la basura.

Atravesamos dos salas, una estancia con marquesina y muchos helechos, entramos a un jardín, en el que había una fuente y una especie de arroyuelo que no logré ver dónde se perdía. Entramos a una cabaña de madera rústica. Mi estudio, dijo. Se suavizó. Dijo que guardaba mis libros con cariño, e incluso me llevó al librero donde estaban. Allí los vi, bien alineaditos: *Breve historia de todas las cosas*, *Alquimia popular*, *Mujeres amadas*, *Paraísos hostiles*, *Las noches de Ventural/Buenabestia*, *La hermosa vida*, *La pequeña maestra de violín*, *Cuentos para antes de hacer el amor*, *Cuentos para después de hacer el amor*, *Eroticón frenáptero* (inconsegurable en México), *El pollo que no quiso ser gallo*, *El ojo en la sombra*, *El amor y la muerte*, *Poéticas y obsesiones*, *Los placeres perdidos*. Todos estaban dedicados, con dedicatorias a veces insolentes, a veces llenas de afecto. Incluso tenía libros que yo ya no tengo, como *La cuadratura del huevo* y *El arte como problema*. Mis libros estaban al lado de los de Álvaro Mutis. Entonces era cierto lo que me había contado Fabio Jurado, ex director de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional de Colombia: que en sus librerías Gabo privilegiaba los libros de Mutis y los míos.

—¿A qué viniste?

—Quiero verte antes de que te mueras o antes de que me muera yo. Eres como mi madre: por tu culpa empecé a escribir y siempre me han comparado contigo, para bien y para mal.

—¿Y para qué diablos quieres verme?

—Porque eres el único genio literario vivo y yo soy tu sucesor. ¿Sabías que estoy escribiendo una parodia de *Cien años de soledad*?

Gabriel fermentó una larga sonrisa no sé si de menosprecio, superioridad, comprensión, piedad o rencor. Recordó varias escenas: cuando nos conocimos en el local de *Alternativa* y yo le dediqué mi primera novela así: “Para García Márquez, a quien pienso matar literariamente”; cuando nos vimos en el Hotel Xalapa y él prefirió reunirse con una apetitosa y gordita periodista (recuerdo su nombre, Rosa Elvira Vargas, ahora trabaja en *La Jornada*) en lugar de cumplir una cita conmigo (recuerdo que yo me enojé y quise regañar a Gabo: él me respondió así: Cachaco tenías que ser);

cuando me invitó a comer en una taquería de Coyoacán junto con varios colombianos; cuando me defendió de los personajes que querían expulsarme del país por pornógrafo...

—¿Así que estás escribiendo una parodia de *Cien años de soledad*? ¿Crees que tienes los huevos de dinosaurio que se necesitan para lograrlo?

—La historia me juzgará —dije melodramático. Gabo soltó una carcajada.

—Eso es lo que me gusta de Colombia: produce unos locos de miedo.

Continúo relatando mi visita a García Márquez en su casa. Nos quedamos en que Gabriel me llevó a su estudio, al fondo del jardín, me ofreció un tequila y me invitó a sentarme en un profundo sillón de cuero blanco. Él lo hizo en una mecedora de abuelita, frente a mí. Mercedes, la *Gaba*, andaba rondando como una gata en celo y cada cinco minutos se asomaba al estudio y le decía a su marido: Recuerda que necesitas reposo, ¿ya te tomaste tu medicina?, es hora de tomar la presión, ¿no tienes frío?, ¿tienes hambre? A mí me ignoraba por completo, lo que yo debía entender como una invitación a ahuecar el ala. Le pregunté a Gabo si ya había leído *Poéticas y obsesiones*, en el que reúno las entrevistas que le hice.

—¿Las entrevistas a la traición? —preguntó.

—Eso, las entrevistas a la traición —dije. Como la que te estoy haciendo ahora.

—No la leí. Tengo libros más interesantes que leer. Por lo menos hay treinta libros que quiero leer antes del tuyo. Además esas entrevistas ya las habías publicado en veinte partes y son la culminación de tu vanidad. Me utilizas a mí para hablar de ti mismo.

—Tú también te autopromocionaste en el pasado. Recuerdo que en una reunión con Gustavo Sáinz inventaste una historia para promocionar un libro tuyo. Inventaste que el manuscrito te lo habían robado. Yo asistí al invento y a la planeación de la promoción. En esos días Sáinz era el papa de la cultura de México. Era director del Instituto Nacional de Bellas Artes.

—No me gusta cómo has movido tu carrera. Con premios literarios uno tras otro.

—Tú también hiciste lo mismo. Comenzaste ganando el Premio de Novela Esso en Colombia, luego ganaste otros, y cuando ya eras muy famoso dijiste no quiero más. Yo he participado en concursos y he ganado varios para salir adelante. No tuve un grupo de amigos talentosos que apoyara mi promoción. Trabajé solito, desde la periferia, ciudades de provincia. Tú formaste una rosca de gente muy talentosa: Fuentes, Cortázar, Vargas Llosa, Donoso —que por cierto siempre te tuvo mucha envidia (fui jurado con él en un concurso y me hablaba no muy bien de ti, pero la que hablaba peor era su mujer, Pilar).

García Márquez insistió en que no le interesaba leer las entrevistas que le hice. Dijo que abominaba de todo lo que fuera divulgación de su imagen, de sus opiniones.

—Ahora mi vida es escuchar vallenatos, Brahms, Bartok, cuidar a mis nietos, leer...

—¿Escribir?

—Eso es asunto privado. Si no supiera que eres chismoso podríamos hablar de todo. Ya sé que vas a escribir minuciosamente todo lo que yo diga o haga. Apuesto que ya me contaste las manchas que tengo en la cara, el temblor de mis manos, ya anotaste cómo estoy vestido. No dudo que me hayas olido a fondo cuando cometí el error de permitir que me abrazaras.

—No fui yo el que te abrazó, Gabo.

—No serás el mejor escritor de Colombia y del mundo pero sí el rey de los vanidosos.

—Mis defectos son mis virtudes. Soy el que soy porque soy como soy.

—Esa frase es mía, Garramuño.

—Hace años también dijiste que yo te había robado un título: *Cuentos para antes de hacer el amor* —dije.

—...y me lo robaste.

Ya no quise seguir discutiendo.

—Y esa novela que va a ser mejor que *Cien años de soledad* de qué trata.

—De la vida en un pueblo más divertido que Macondo. Un pueblo lleno de putas y de beatas, de bobos y de locos, de judíos, españoles y gringos.

—Si tiene putas va a ser una novela divertida.

Cambié de tema. Le pregunté que cómo estaba.

—Si algo quisiera en la vida en este momento es no ser nadie, salir a la calle y que todo el mundo me ignorara. ¿Quieres un consejo? Abandona la literatura y dedícate al basquetbol o a pescar en algún pueblito costero de Veracruz.

Hay otros detalles del encuentro que recuerdo pero prefiero no registrar.⁵

⁵ Lo que acaba de leer el paciente lector es un encuentro imaginario con Gabriel García Márquez. Los encuentros mencionados al principio de este texto fueron reales y su crónica está incluida en mi libro *Poéticas y obsesiones*, Editorial Universidad Veracruzana, colección Biblioteca, Xalapa, México, 2007.

Índice

Prólogo.....	7
Fábula del mar en los ojos	13
La mujer y el pintor.....	14
El señor de los sueños.....	17
Fábula del periodista que se convirtió en perro	19
El cielo de Rafaelli.....	22
Una semana en el Amazonas.....	24
Arte combinatoria	81
¿Qué es una mujer?	93
Esposas de escritores.....	94
El sentido de la melancolía	96
Sergio Pitol: el arte de la fuga de la escuela diaria y constante de la vulgaridad.....	110
El amor en Shakespeare	117
Un muerto sin estatua	151
La farsa y la gloria.....	163
El tratamiento de Aladino o la historia de Plinia.....	179
Todas las mujeres son santas. El caso Passeiro	186
La felicidad en el fondo del mar	193
Visita a Gabo en casa.....	198

Siendo rector de la Universidad Veracruzana
el doctor Raúl Arias Lovillo,
Maelström. Agujero negro de Marco Tulio Aguilera,
se terminó de imprimir el 28 de agosto de 2009,
en Editorial Ducere S.A. de C.V. Rosa Esmeralda 3 bis,
Col. Molino de Rosas, México, D.F.

La edición consta de quinientos ejemplares, más sobrantes para reposición.

Se usaron tipos AGaramond de 12/14 y 14 puntos
Formación: Guadalupe M. Q. Edición: Leticia Cortés.